

@ValentínCarrera



130 días en la Antártida

Bitácora 2016–17

A bordo del *Sarmiento de Gamboa*
y del BIO *Hespérides*

Pocos días antes de zarpar...

Octubre 19, 2016



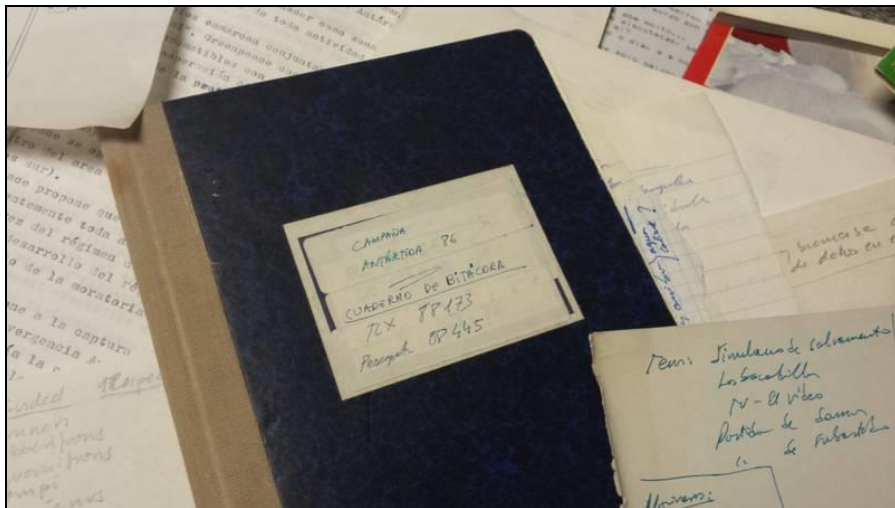
La impaciencia, la tensa espera. Los preparativos se acumulan y las tareas pendientes saltan por entre los papeles. Ya está todo casi a punto, apenas quedan quince días para emprender esta gran aventura.

Muchas despedidas, felicitaciones y palabras de ánimo: como solo cuento la parte buena del asunto, todo es “me iría contigo”, de modo que voy aclarando a mis amigos y amigas:

—No voy de vacaciones, voy a trabajar, es mi obligación, como la de los científicos o los marineros con los que voy a compartir los próximos meses. Y, aunque apasionante, va a ser un trabajo duro,

muy duro. Pero agradezco el privilegio de tener este trabajo y la felicidad de hacer lo que realmente me gusta: «Viajar para ver, ver para comprender y comprender para compartir».

Límites



Horizonte Antártida. Espero regresar, pero nunca se sabe: «De estas calles que ahondan el poniente, una habrá (no sé cuál) que he recorrido ya por última vez, indiferente y sin adivinarlo»

Apenas quedaban 24 horas para zarpar... me acompañan en este viaje —me acompañáis todos— dos amigos argentinos: Borges y René Lavand. Dos magos de la palabra.

Esa noche alguien se acostó siendo ministro del Gobierno de Su Majestad y se habrá levantado siendo ex—ministro; a su vez, alguien fue a la cama sin serlo y se levantó siendo ministro: «Baraja las cartas la mano de dios», dice Lavand. «Para siempre cerraste alguna puerta y hay un espejo que te aguarda en vano —añade Borges—. Del alto de libros que una trunca sombra dilata por la vaga mesa, alguno habrá que no leeremos nunca».

Creemos escribir el guion de nuestras vidas sin saber quién baraja de verdad las cartas del destino. Mi viaje tenía un rumbo: ayer ha cambiado y volverá a cambiar una y mil veces sobre la marcha. No existen los rodeos ni los atajos: el camino mismo es atajo y rodeo, pero nunca sabremos a dónde nos lleva, simplemente vamos. El poema de Borges se titula Límites. Anoche, revolviendo carpetas de hace treinta años, que imaginé no

volver a leer nunca, encontré mi Cuaderno de Bitácora del primer viaje a la Antártida en 1986. No viajará conmigo esta vez, nostalgias las justas. Escribiré para todos ustedes uno nuevo: Horizonte Antártida.

Espero regresar, pero nunca se sabe: «De estas calles que ahondan el poniente, una habrá (no sé cuál) que he recorrido ya por última vez, indiferente y sin adivinarlo».

Adiós y bienvenida en el Espigón 4

Día 1, sábado 5 de noviembre de 2016, puerto de Vigo

Adiós, hasta pronto, familia y amigos: embarco la noche anterior en el buque oceanográfico multipropósito *Sarmiento de Gamboa* rumbo a la Antártida. Zarpamos del puerto de Vigo a las 13 h., tomo precauciones para el mareo mientras me instalo a bordo. Grata bienvenida del capitán y la tripulación. Me he puesto las zapatillas. Estoy en casa.



En la foto, el autor con Miki Ojeda, responsable de la campaña (CSIC), y el capitán del barco, el leonés Pablo Fernández

Adiós, Lisboa

Día 2, domingo 6 de noviembre de 2016, 38° 27 N 10° 45 W



Calma chicha, a 12 mph, doblando el cabo de san Vicente, a bordo del buque, donde Toni Padín ya ha comenzado el trabajo científico. En estas mismas aguas portuguesas murió navegando, el 17 de julio de 1592, el cosmógrafo pontevedrés **Pedro Sarmiento de Gamboa**, que da nombre a nuestro barco, compañero del almirante berciano **Álvaro de Mendaña** (natural de Congosto), y de su esposa, la almirante **Ysabel Barreto**, descubridores de las Islas Salomón y Marquesas. Una historia fascinante que recuerdo leyendo un clásico de Robert Graves: *Las islas de la imprudencia*. Por la noche leo a Shackleton y pongo la cabeza en orden.

Fresas en noviembre

Día 3, lunes 7 de noviembre de 2016, 33° 58 N, 12° 49 W



Alguien pensará, “este ve la Antártida por todas partes”, pero, ¿no os extraña ver esta fresa de mi huerto (sin riego ni invernadero, cerca de Santiago), a comienzos de noviembre?

Desconozco si es una señal, pero sí es un motivo de reflexión sobre el cambio climático. ¿Qué está pasando en el planeta Tierra?

Repostando en Las Palmas

Día 4, martes 8 de noviembre de 2016, 29° 30 N, 14° 47 W



Al anochecer entramos en el gigantesco puerto de Las Palmas, a través de un paisaje de plataformas petrolíferas y buques de un porte que supera diez veces el nuestro. "En altamar todos son pequeños", dice Manuel.

La historia se repite: hace treinta años, de camino a la Antártida con la Primera Expedición Científica Española 1986/87, el *Pescapuerta IV* hizo escala de un día en Tenerife. Se acercó al puerto la novia de mi amigo Héctor, Maica, una belleza canaria, a quien conocía de Pontevedra, y me invitó a tomar papas arrugás.

He repetido el ritual de despedida: papas y unas cervezas en el malecón, esta vez en compañía de Toni Padín, Antonio Sandoval y su colega del CISC, Dulce, que ha sido nuestra samaritana por unas horas, mientras repostaba el *Gamboa*.

Pesca al curricán

Día 5, miércoles 9 de noviembre de 2016, 26° 31 N, 15° 54 W



Doy por finalizada la aclimatación a bordo. He conocido cruceros y barcos de recreo: este buque es un lujo. La primer oficial, Lucía, que es de Mondoñedo, como don Álvaro Cunqueiro, me acompaña en una visita guiada por todas las cubiertas. Hay un pequeño gimnasio, biblioteca, sala de tv, bar. Estamos salvados.

Para matar el tiempo, lanzamos unas *liñas ao curricán* por la popa y cogemos media docena de pulpos. Paqui los echó a cocer, pero estaban un poco duros. Debe ser cosa del cambio climático. A ver si mañana entran unas nécoras.

Hasta los topes

Día 6, jueves 10 de noviembre de 2016, 22° 21 N, 17° 50 W



Intento pasear por cubierta, pero no hay manera. Vamos cargados hasta los topes. Varios contenedores y material de construcción para ampliar las bases españolas en Livingston y Decepción, motos de nieve, equipos técnicos para los proyectos científicos. La marabunta. Todo trincado de tal modo que para llegar a popa hay que ser saltarín del Circo del Sol. Para colmo, el diseñador del *Sarmiento de Gamboa* se olvidó de dejar un pasillo de ronda alrededor del puente y solo se puede acceder a proa desde el interior. En vez de pasear, contemplo el mar. A veces de un costado, y a veces del otro: dentro de pocos días ya sabré distinguir babor de estribor, tarea más fácil para uno del Bierzo que diferenciar *this* y *that*.

[Foto Antonio Sandoval, del CSIC].

Se “cayó” el satélite

Día 7, viernes 11 de noviembre de 2016, 18° 06 N, 19° 42 W.

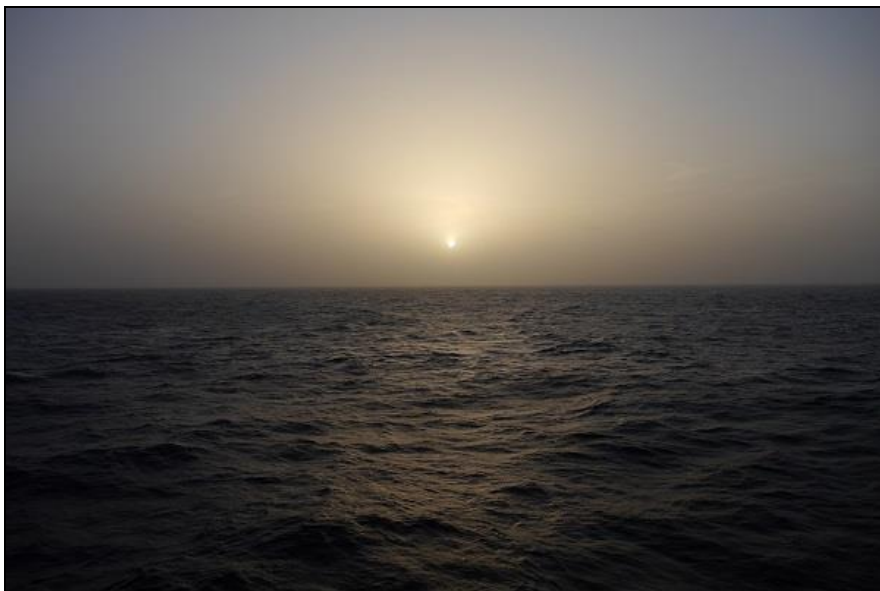


Primer intento fallido: teníamos una entrevista en directo prevista en el programa *Área Pública* de TVG, que dirigen dos estupendos profesionales, mi exalumno, el periodista Carlos F. Amado, y la incisiva presentadora Susana López Carbia, cuyas tertulias echo de menos.

Para la ocasión, montamos en el comedor del barco un plató de campaña. Nuestro informático del CSIC, Antonio Sandoval, asumió con entusiasmo la tarea de iluminador y realizador. El capitán me dejó un polo con el emblema del *Sarmiento de Gamboa*, y Toni Padín hizo la fotofija. No les diré quién fue el marinero encargado de peluquería y maquillaje. Las pruebas salieron estupendamente, pero cuando llegó el momento de entrar en antena, el satélite se cayó y nos quedamos colgados. Cosas del directo.

Amanecer en la costa de Cabo Verde

Día 8, sábado 12 de noviembre de 2016, 13° 53 N, 21° 27 W.



Amanecer navegando en el pasaje entre las islas de Cabo Verde y la costa de Mauritania. Ahora, latitud 13°45, longitud 21°30 W, más o menos, porque esto se mueve.

La mar está en calma y la temperatura muy agradable: hoy saldremos a tomar el sol en "la playa" del *Gamboa* y haremos planes para la noche del sábado. Hay dudas entre ir al cine o pasarnos por algún magosto de Ourense a celebrar san Martiño.

Peces voladores

Día 9, domingo 13 de noviembre de 2016, 09° 45 N 23° 05 W.



He pasado un buen rato en el costado de estribor, cámara en ristre acechando a los peces voladores, pero son más rápidos que el obturador de mi *Lumix*. Quizás sea mejor a primera hora del día, pero hoy es domingo y tocaba relax.

A mediodía nos han invitado por megafonía a un aperitivo, y allí nos hemos presentado buena parte de la dotación, a compartir el pisco-labis, rompiendo la rutina. Es grato ir entablando conversación con unos y otras, y saber de dónde es cada uno.

—Si eres de Esteiro, conocerás a Romaní.

—¿Cuál de ellos? Son muchos.

—Rodrigo, el músico, el que toca el arpa; y Ana, que es poeta y trabaja en la radio galega.

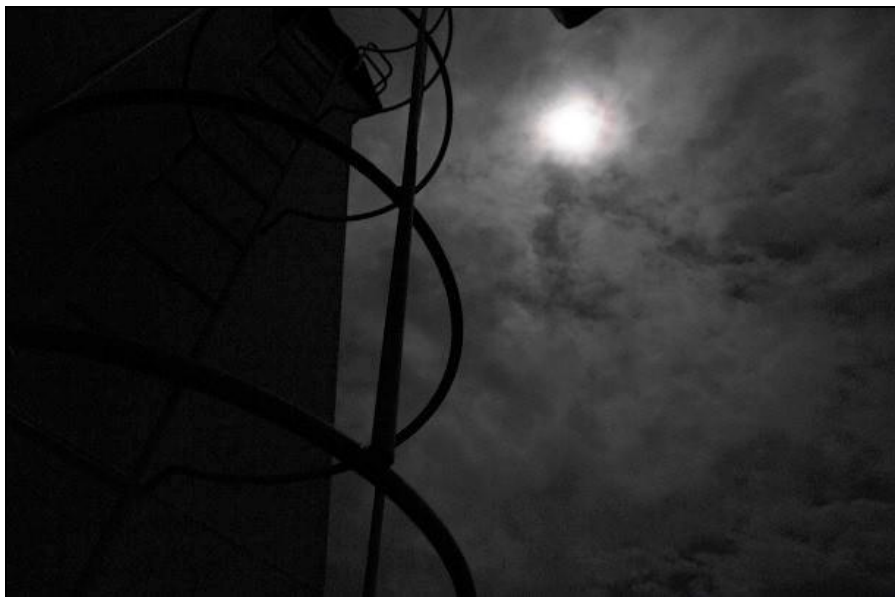
—¡Claro! Trato más a un hermano pequeño.

Vamos completando mentalmente el mapa afectivo de Galicia: O Grove, Arteixo, Bueu, Beluso, Esteiro, A Pobra, Pontevedra... Galicia mariñeira por los cuatro costados.

Después del vermú, me he comido de una sentada una chuleta de 400 gr, como si fuera de Bilbao. Si esto sigue así, en cuanto pasemos el ecuador me hago vegano.

Superluna

Día 10, lunes 14 de noviembre de 2016, 05° 53 N, 24° 35 W.



Esta noche el astrónomo Pedro Sarmiento de Gamboa hubiera gozado a bordo contemplando el perigeo lunar, el momento de más aproximación de la Luna al planeta Tierra, un instante que no se repetirá hasta el año 2034.

Mi hija mayor, Zoraida, me recuerda desde Ourense que siendo niña vimos juntos en la playa de Combarro una superluna: "Entonces no salía en las noticias, pero era una superluna, lo recuerdo perfectamente —dice—. Fue el mismo día que echamos al mar una botella con un mensaje..."

Contemplando la superluna en la cubierta del *Gamboa*, en el décimo día de navegación, tengo este pensamiento: "Nada más duro que un mal recuerdo infantil. Nada más hermoso que un buen recuerdo infantil". En esta travesía, a través de este blog, de las redes sociales, de las ondas ionosféricas y de la telepatía que nos une a todos como seres humanos, solo quiero dar al mar botellas con mensajes que os lleven buenos recuerdos.

Huesos de ballena

Día 11, martes 15 de noviembre de 2016, 01° 42 N, 26° 11 W.



Esta imagen hecha por la bióloga Ana Ramos es espectacular. Es de la Primera Expedición Científica a la Antártida. Fijaos bien: en primer término, huesos de ballenas, luego la peligrosa banquisa cubre toda la bahía de Ferraz donde están fondeados, entre glaciares e icebergs, los dos pesqueros vigueses, el *Pescapuerta IV* y el *Nuevo Alcocero*. Todo era nuevo y diferente a nuestros ojos.

No sé qué encontraremos treinta años después, pero llevo la misma ilusión que los pioneros de la Campaña 86/11. Me preguntan en las redes si ya estamos en la Antártida: zarpamos hace once días, y hemos de recorrer 14.000 kilómetros, de manera que *step by step*. De momento, hoy cruzaremos el ecuador y, para celebrarlo por todo lo alto, encetaremos un jamón gallego, regalo de Galicia Calidade a la tripulación del *Sarmiento de Gamboa*; pero de eso hablaremos mañana...

El Bautismo del Mar

Día 12, miércoles 16 de noviembre de 2016, 02° 49 N, 27° 55 W.



Ayer al atardecer tuvimos una inesperada visita a bordo: por la megafonía del *Sarmiento de Gamboa* se anunció la llegada del dios de los mares, Neptuno, para una inspección rutinaria. El problema fue que encontró a cinco novatos que surcaban sus dominios sin la preceptiva documentación, de modo que el Capitán ordenó que fueran bautizados de inmediato, conforme a las ordenanzas. Concluido el penoso asunto, Neptuno se quejó de que no le iba bien la wifi y regresó a su conocida mansión en el fondo del mar.

Los detalles los contaremos en la próxima crónica; hoy traemos a esta bitácora un aperitivo: la foto de familia de la tripulación al acabar la ceremonia.

La navegación transcurre con gran calma, dentro y fuera del casco: nos acompaña buena mar, temperatura agradable y magnífico ambiente a bordo. Tanto que se han sumado cinco polizones: cinco garzas blancas de patas de alambre, que se han instalado sobre los contenedores y nos entretienen con sus vuelos acrobáticos. La Patrulla Garza.

En negro contra a violencia

Día 13, jueves 17 de noviembre de 2016, 06° 42 N, 29° 24 W.



Navegando, un día tras otro y una noche tras otra, hay mucho tiempo para pensar, y las olas, el viento, las pocas aves marinas que vienen a cortejarnos, las personas a bordo, la familia, los amigos, la distancia... todo invita a reflexionar.

Hoy mi reflexión necesita pocos rodeos y ninguna lírica: es cruda y solo admite, más allá de la indignación, tomar partido contra la violencia de género. Lo hago desde altamar, con los pies en la tierra, sumándome a la campaña [#CompostelaEnNegro](#) [#Ennegrocontraaviolencia](#).

Gracias, [Uqui Permui](#), por hacerme partícipe de tu sensibilidad, y ánimo a todxs los que estáis trabajando por un mundo en igualdad.

Dos mensajes de Bertrand Russell, surcando este mar de plata

Día 14, viernes 18 de noviembre de 2016, 10° 55 N, 31° 03 W



Navegando estos mares de plata, leo dos mensajes que el pensador Bertrand Russell legó a las generaciones futuras en una entrevista en la *BBC*, en 1959, dos buenos consejos para esta aventura: "No te dejes arrastrar por lo que te gustaría creer. Céntrate en los hechos". "El amor es sabio, el odio es estúpido".

Transcribo el fragmento de la entrevista, tomado del blog *Principia Marsupia (Público)*:

John Freeman [BBC].— Una última pregunta: Suponga que nuestros descendientes descubren esta entrevista dentro de 1.000 años, como uno de esos pergaminos del Mar Muerto. ¿Qué cree que debiera decir a esas generaciones futuras sobre la vida que usted ha vivido y las lecciones que ha aprendido?

Bertrand Russell.— Me gustaría decirles dos cosas: una intelectual y otra moral. El asunto intelectual que querría decirles es el siguiente: cuanto esté estudiando cualquier tema o considerando cualquier filosofía, pregúntate a ti mismo solamente

cuáles son los hechos y cuál es la verdad que se deriva de esos hechos. Nunca te dejes arrastrar por lo que te gustaría creer o por lo que piensas que tendría beneficios sociales si fuese creído. Céntrate sólo en cuales son los hechos. Esa es la idea intelectual que me gustaría transmitirles.

La idea moral es muy simple: el amor es sabio, el odio es estúpido".

Dos buenos mensajes para lanzar al mar en una botella, ahora que navegamos con día soleado y viento suave, frente a la costa de Brasil, a bordo del *Sarmiento de Gamboa*, donde también está a punto de empezar el ¡feliz viernes!

Anticipo para impacientes

Día 15, sábado 19 de noviembre de 2016, san Crispín, 15° 10 N, 32° 42 W.



Tengo la sensación de que ahí, en Tierra, el tiempo transcurre más rápido. Hoy se cumplen quince días de navegación desde que el *Sarmiento de Gamboa* zarpó del espigón de Vigo el 5 de noviembre, y son muchos los amigos, amigas y allegados que de todas partes me preguntan, "¿Ya estáis en la Antártida?". ¡A modo!

La cosa va con calma, a doce millas por hora: si aparece sobrevolando el puente un skúa o una garza, viramos rumbo y vamos detrás; si se avecina una tormenta, la esquivamos. Todo *a modiiño*. Tenemos que recorrer 14.000 km hasta los mares de las Shetland del Sur donde se encuentran las bases científicas españolas, y como buenos argonautas, nos vamos aclimatando al frío pasando primero por los 30° del ecuador y sus aguas de peces voladores, por las que navegamos este fin de semana.

Bautismo del Mar con jamón de Galicia Calidade

Día 16, domingo 20 de noviembre de 2016, san Nersas, 15° 55 N, 34° 20 W.



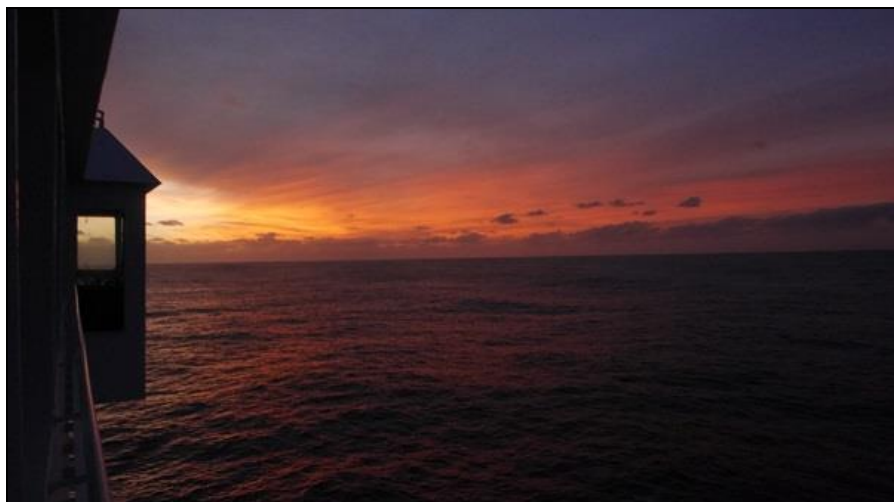
Navegamos estos días por las aguas del Trópico de Capricornio, con destino a Punta Arenas (Chile), a donde esperamos llegar a primeros de diciembre tras surcar el Estrecho de Magallanes. Navegamos aún por aguas cálidas, recién atravesada la línea imaginaria del ecuador, donde celebramos el tradicional **Bautismo del Mar**, con presencia del mismísimo dios Neptuno, acompañado de su corte de tritones y de algún que otro pirata. Para festejar la ocasión, el cocinero del Sarmiento de Gamboa, Primitivo, plantó en el comedor un espléndido jamón tradicional gallego, obsequio de Galicia Calidade, que acompañamos con unas copas de albariño y mención Rías Baixas.

No se merecía menos un barco galaico por los dos costados: construido en 2004 en los astilleros Freire de Vigo y coparticipado por la Xunta de Galicia, formó parte de la Expedición Malaspina y de la campaña Gran Burato. Lleva a bordo científicos del CSIC Galicia que estudian el comportamiento de la captura de CO₂ en los océanos, y una tripulación casi enteramente gallega, salvo la Oficial 1ª, que es de Mondoñedo.

La pata de jamón yace ahora en el comedor, ofrecida al cuchillo de cuantos quieran alejar la morriña, con unas lonchas que nos hacen sentir como en casa. Nos espera, sin embargo, una larga navegación hasta las Shetland del Sur, donde hemos de desembarcar los contenedores y material para la ampliación de las bases científicas, tarea compleja, no exenta de peligros en aguas cubiertas por la banquisa polar.

Variaciones celestiales

Día 17, lunes 21 de noviembre de 2016, san Eutiquio, 21° 56 S, 36° 31 W.



La delgada línea roja que separa el Cielo del Infierno en la mar gira a cara o cruz, como voltea una moneda en el aire; hoy han salido caras, y la imagen de Neptuno, acuñada en bronce, nos ha hecho un guiño. El *Sarmiento de Gamboa* sigue su rumbo esquivando una enorme borrasca que los meteorólogos anuncian cien millas al sur.

Los trenes de olas que nos asediaron ayer frenaron la marcha del buque, aún con la máquina a tope, y hemos perdido cuarenta millas. El Capitán ha variado el rumbo: nos hemos desviado de la línea recta que puede trazarse entre Canarias y Buenos Aires para cortejar la costa carioca. Pero no avistaremos tierra, acaso alguna boya y luces muy lejanas. Nada impedirá que invite a bordo a *garota de Ipanema*, para contemplar juntos desde el puente atardeceres celestiales como este que comparto, que nos ha llenado el alma y los ojos de belleza y serenidad.

Una paz deliciosa, rota a la cena por una vehemente discusión entre uno de Beluso y otro de Bueu sobre si el pescado frito era gallo o rapante, debate que continúa a estas horas en el hangar, con mal pronóstico.

Un buque felino con uñas retráctiles

Día 18, martes 22 de noviembre de 2016, san Filemón, 24° 40 S, 40° 43 W.



El *Sarmiento de Gamboa* es un felino de movimientos lentos, musculoso y algo cabezón: la estructura troncal es hercúlea. Con 70,5 metros de eslora y 15,5 de manga, lleva tres motores *Wärtsilä* de 1.440 kW, tres generadores de 1.750 kVa a 690 V y dos motores propulsores eléctricos 1.200 kW, que digo yo que parece bastante. Una descomunal hélice de cinco palas gira sin cesar creando en torno al casco un remolino de espuma y burbujas. Avanzamos.

Con un laboratorio de casi cien metros cuadrados, además de laboratorios de análisis, químico y de disección, y un parque de pesca, el *Sarmiento* es un buque concebido para el trabajo científico a bordo, con capacidad para 25 investigadores y 16 tripulantes. Cómodo, moderno (construido en 2006, tiene apenas diez años) y funcional, aunque los ingenieros diseñadores olvidaron comunicar la popa con la proa por el habitual paseo exterior.

Es un barco felino, que acecha las borrascas en silencio y las esquiva, y tiene bajo el abdomen dos uñas retráctiles: las quillas que se emplean en las campañas para instalar equipos, cableado, robots. Hoy, de sorpresa en sorpresa, me he asomado a la barriga del *Gamboa* y me ha dejado ver sus quillas retráctiles.

Del mar y las bellas artes

Día 19, miércoles 23 de nov. de 2016, san Asclepiodoro, 27° 09 S, 45° 00 W.



La contemplación del mar es mi pasatiempo favorito a bordo: el paisaje es siempre monótono, el mismo; y siempre, incansablemente cambiante, distinto. La proa del *Sarmiento de Gamboa* rasga la lámina de agua y crea un mini tsunami de caballitos de mar, miles de pequeñas olas que se resuelven a sí mismas, como si la fórmula del H_2O se desintegrara en espuma, formando círculos, amebas, paramecios flotantes, manchas blanquecinas.

A medida que el casco avanza, el cortejo de caballitos de mar que acompaña nuestro paso, se difumina y desaparece. Una mirada por popa confirma que todo vuelve a estar como antes: la mar engulle la espuma con indiferencia, y el casco rojiblanco del *Gamboa* vuelve a crear a cada segundo otro ejército de olas y espumas. Pero, cuando levanto la vista del agua, encuentro también la belleza en las pequeñas cosas, como este bodegón de trancas tendidas al sol. Una instalación a bordo improvisada: en el MOMA de Nueva York sería arte de vanguardia.

La caja negra de nuestras vidas

Día 20, jueves 24 de noviembre de 2016, san Bálamo, 30° 31 S, 48° 29 W.



Es evidente, por más que os empeñéis en decir que es roja, que esta es la "caja negra" del barco, y no pienso distraer un segundo en la discusión: a bordo las grandes verdades se relativizan y encogen a medida que el mar se ensancha. ¡El mar, qué inmensa facultad de Filosofía!

He pensado estos días sobre algo que le ocurrió hace años a mi compañero de curso, y sobre todo Amigo, José Miguel Sagüillo, gran profesor de Lógica y actualmente Decano de la Facultad de Filosofía de Santiago: vaya este recuerdo para él y para todos los colegas, compañeras y profesores de entonces (Uxía, Nieves, Chis, Alfonso, Ángel, José Luis, Rosa, Maite, Villegas, Guillermo, Marcial...). Con ellos aprendí lo poquito que sé de filosofía, pero me regalaron lecciones más valiosas.

En 1977, el entonces joven Sagüillo, brillante becario en USA, debía coger un avión en Tenerife, y con gran disgusto vio que se cerró el embarque y quedó fuera con su billete en la mano. Esa estafa consentida que las compañías llaman overbooking. Antes de que se le pasara el enfado, aquel Boeing 747 se estrelló en Los Rodeos y murieron 583 pasajeros. ¡Bendito overbooking! Sagüillo

cogió el avión siguiente, donde la vida le regaló un viaje inolvidable, pero esa es otra historia.

La pregunta es ¿quién sabe qué vuelo o qué barco nos conviene? Me lo pregunto cada día, acodado en el Sarmiento de Gamboa, a medida que nos acercamos a Punta Arenas: ¿me conviene seguir en el Gamboa, saltar al Hespérides, quedar un par de semanas en Tierra de Fuego? Desde el minuto cero, tengo la certeza de que es un viaje abierto, cuyo timón no pretendo manejar. En la novela de Jules Verne, Dos años de vacaciones (un grupo de escolares naufraga en un islote cercano al estrecho de Magallanes), leo:

"—Es una contrariedad que no se haya mantenido todo el día la brisa —dijo Briant.

—Hubiera sido peor que se nos volviera contraria —respondió Mokó.

—Eres un filósofo, Mokó.

—No sé qué quiere decir esa palabra —dijo el grumete Mokó—; pero, pase lo que pase, nunca me desanimo.

—Pues eso es filosofía".

¿Qué barco o qué camino conviene a mi vida? La filosofía de Mokó tiene la respuesta. Para todas las demás respuestas, los detalles están en la caja negra de nuestras vidas, que, como todos sabemos, es roja.

Feliz fin de semana.

Aguas turbias en Río de la Plata

Día 21, viernes 25 de noviembre de 2016, Sta. Jocunda, 33° 52, 52° 04 W.



Las aguas están turbias, la desaladora del barco produce un 30% más de agua potable que ayer y las sondas que el CSIC lleva en el casco del *Sarmiento de Gamboa* han detectado un brusco cambio de salinidad: hasta aquí, a doscientas millas de Buenos Aires, llega la lengua chocolatosa del Río de la Plata, el estuario formado por los ríos Paraná y Uruguay, considerado el río más ancho del mundo. Una boca al mar de 219 km, cuyo aliento dulce y vegetal se adentra en el Atlántico cargado de nutrientes, limo, arcilla. Un continente disuelto que se mueve: 160 millones de toneladas de sedimento cada año. A este Nilo sudamericano se asoman, cómo no, dos ciudades míticas, literarias, Buenos Aires y Montevideo, que no visitaremos, pero las sueñan en la distancia.

Sí las visitó Darwin en 1833, mientras el *Beagle* exploraba la costa, y quedó extasiado por las mujeres españolas: "Lo siento por todas vosotras. Os haría muchísimo bien venir a Buenos Aires", escribió a sus hermanas. Durante una excursión a Santa Fe en busca de fósiles (480 km, como quien se peina), Darwin enfermó de fiebres, posiblemente malaria, escribe su biógrafo Moorehead: "Le aplicaron extraños remedios, como una compresa de frijoles

picados enroscada a la cabeza y otros demasiado repugnantes para mencionarlos".

En aquel periplo, Darwin fue testigo de la campaña de exterminio de los indios, ejecutada por el general Rosas. "¡Cuánto más horrible es el hecho cierto de que se da muerte a sangre fría a todas las indias que parecen tener más de veinte años! Y cuando yo, en nombre de la humanidad protesté, se me replicó: "Sin embargo, ¿qué otra cosa podemos hacer? ¡Tienen tantos hijos esas salvajes!", escribió Darwin en su *Diario*.

Me quedo con nostalgia de no anclar en la bahía de Montevideo y dedicar dos o tres meses a buscar fósiles en el Paraná. El *Sarmiento de Gamboa* ni se ha inmutado y sigue navegando rumbo Sur. A bordo, la tripulación se ocupa en tareas de maqueo y mantenimiento: solo la presencia de algunas aves marinas delata nuestra cercanía al delta del Río de la Plata.

El Antropoceno global

Día 22, sábado 26 de noviembre de 2016, san Alipio, 37° 21 S, 55° 56 W.



La vida a bordo coge ritmo de crucero: nadie recuerda una navegación tan plácida, y todos cruzamos los dedos para celebrar tranquilos el fin de semana y lo que venga. Leo en el blog [Pañol Grande](#), de Mario Palacio, que el *Sarmiento de Gamboa* lleva diez años navegando sin un solo accidente ni incidente. "¡Que continúe así!", rubrica el capitán Pablo Fernández, el joven leonés que lleva el timón de la nave. Bromeamos durante la comida:

—Pues a mí me vendría bien un naufragio, aunque fuera pequeñito.

El grovense Toni Padín, con sorna galaica:

—Pues te dejamos ahí 24 h., con la duda de si volveremos o no a por ti.

He preferido seguir a bordo: el naufragio que quiero contarles es el del planeta llamado Tierra si esta especie depredadora que somos los humanos no corregimos el rumbo. He ocupado estos días en el estudio del cambio global, el cambio climático, el calentamiento y todo el impacto que nuestra desatada civilización y modo de vivir y consumir están produciendo, en este nuevo

período geológico bautizado como Antropoceno. A medida que indago un poco en la complejidad del cambio global, tomo conciencia de hasta qué punto la Antártida es un valioso laboratorio, también global, al que estamos impacientes por llegar.

Primera conclusión provisional: no hay soluciones parciales. No puede salvarse el primer mundo y perecer de hambre el cuarto mundo. El cambio climático no distingue nivel de vida ni fronteras, pienso contemplando este esqueleto de ballena azul, fotografiado por Colón en 1986 en Isla Decepción, cuya orilla espero volver a pisar pronto de nuevo, si nuestro *Gamboa* sigue su derrota sin novedad, con este meneo sandunguero.

Juan Salvador Gaviota y sus amigos

Día 23, domingo 27 de noviembre de 2016, san Desiderio, 40° 22 S, 59° 26 W.



Entramos en los rugientes 40: la franja terrestre entre los paralelos 40°S y 50°S se conoce entre los marineros como "los rugientes". Luego vendrán, los 50°S silbantes y los 60°S tronantes. Pero en esta derrota la mar apenas ha rugido, como una gata dormilona molestanda por algún ruido. Que siga así.

No hemos visto muchas aves marinas: media docena de garcetas emigrantes, ¿de dónde vienen, a dónde van?, que hicieron escala en la popa un par de días, recobraron fuerzas con unas migas de pan que les echó el capitán, acogedor, y un amanecer habían desaparecido. Enigmas de la mar, incansable.

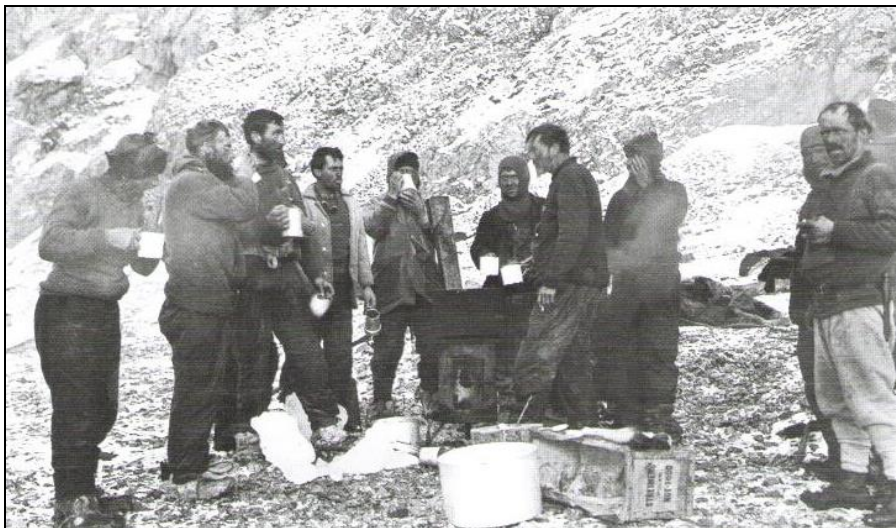
Desde que navegamos a sesenta millas de la costa argentina, entre Río de la Plata y Puerto Deseado, nos sigue también incansable un cortejo de petreles, admirables por su vuelo, esto sí que es ergonomía y aprovechamiento de la energía, diseño divino para los creyentes, la perfección evolutiva, diría Darwin. Supongo que la NASA habrá copiado más de un detalle del vuelo de los

petreles. Desafían las corrientes de viento, se elevan sin esfuerzo, se dejan llevar, y de pronto caen describiendo un amplio círculo y planean sobre la lámina marina, ayer encrespada y rugosa, hoy tranquila. Parece que van a estrellarse contra el agua, que ni siquiera rozan, ni les salpica, si ellos no quieren posarse, y ya vuelven a estar en la popa del Sarmiento de Gamboa, entreteniendo nuestro viaje, compañeros de fatigas. Me recordaron a [Juan Salvador Gaviota](#), una fábula de trasfondo religioso, casi una homilía, sobre la superación personal y cómo perder el miedo a volar. Hoy, contemplando a los petreles, recuerdo un pensamiento de aquel libro, que leí en la adolescencia: **"La única ley es la que guía a la libertad"**.

[La foto es del biólogo Philip Miller, tomada durante la última campaña del *Gamboa* en aguas de Uruguay].

La taza de té de Shackleton

Día 24, lunes 28 de noviembre de 2016, santa Quieta, 43° 28 S, 62° 43 W.



No quiero desmitificar la conquista de la Antártida, cada expedición y cada viajero tienen valor propio, acorde con su época; pero convengamos que nuestro viaje en 2016 es más cómodo que el de los primeros exploradores de la «época heroica», pródigo en momentos terribles y modelos de conducta que sobrepasan lo humanamente posible.

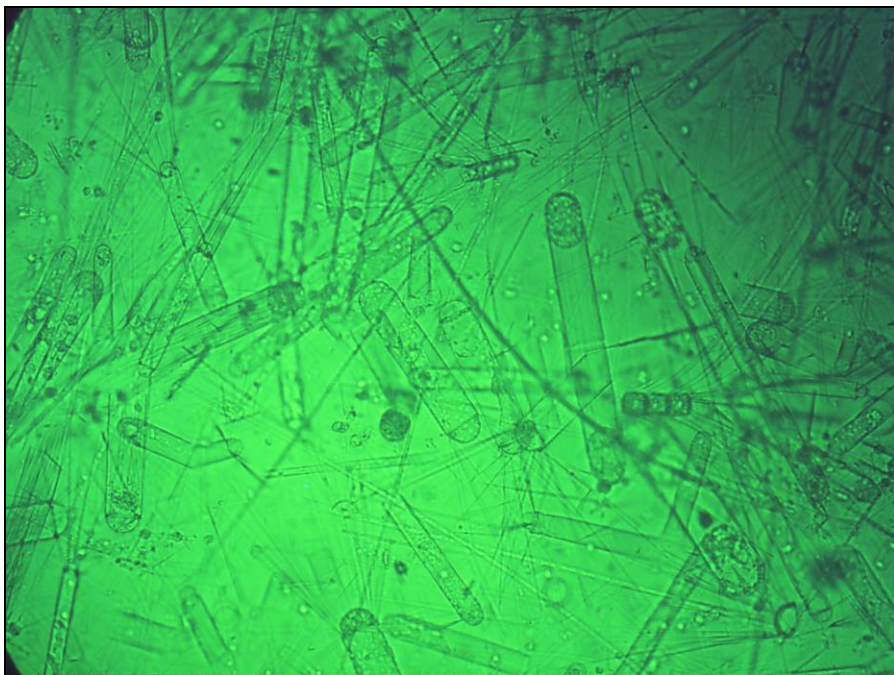
El más destacado es el viaje de Shackleton en 1914, quien regresó con todos sus hombres a casa después de perder el *Endurance*, atrapado en la banquisa de hielo, y sobrevivir más de un año en un iceberg, donde instalaron el campamento Paciencia.

Además de pensar en cómo salir de aquel témpano, en Paciencia una preocupación diaria era la comida, no morir de hambre ni de asco. El cocinero Green construyó un fogón que funcionaba con grasa de ballena, y el variado menú incluía carne de foca y de pingüino. A medida que pasaban los días, la leche y las galletas se iban acabando y hubo que racionarlas; pero, como buenos ingleses —Shack era irlandés—, nunca les faltó el té.

He estado contemplando la taza de té de Shackleton, que se conserva en su museo, mientras me tomaba mi propio Té&Chocolate, de [lateteraazul](#), y he brindado, con aromas de cacao y nueces de macadamia, por aquellos exploradores de los tiempos heroicos, a los que nunca faltó el momento inspirado del té, a veces alegre y compartido, a veces pensativo y solitario...

En busca de las diatomeas

Día 25, martes 29 de noviembre de 2016, san Sisinio, 47° 23 S, 64° 51 W.



La travesía que estamos realizando desde que el Sarmiento de Gamboa zarpó de Vigo el pasado 5 de noviembre [hemos recorrido ya 6.311 NM, 11.687 km], es una derrota clásica entre los navegantes que cruzan el Atlántico en dirección Sur desde el siglo XVI. Vigo, o Cádiz, Canarias, Montevideo, Puerto Deseado: podría decirse que hay una autopista del mar, un surco labrado en el agua por miles de barcos desde entonces. Algunos navegantes se detienen más y visitan el Teide o las Rocas de san Pedro y san Pablo, como Darwin o Humboldt, cuyo móvil era científico. Otros van al grano de la conquista marítima, como Álvaro de Mendaña o Gamboa. Casi todos tocan puerto en Montevideo —Monte vidi, adjudica la leyenda a Magallanes—, donde los marineros desertan, de puro miedo, antes de poner rumbo al Cabo de Hornos. Malaspina hubo de recurrir a la leva forzosa de vagabundos. Tras

dejar atrás Río de la Plata, el último asidero continental se llama Puerto Deseado, que pasamos hace dos días, antes del abismo. La proa del Gamboa enfila ahora el faro de Cabo Vírgenes — también bautizado por Magallanes, que llegó aquí el 21 de octubre de 1520, festividad de las Once Mil Vírgenes—, donde emprendaremos la travesía del Estrecho de Magallanes. Como dice una amiga desde Vigo: ¡Qué emocionante!

En verdad me emociona pensar que en dos singladuras estaré cruzando el paso descubierto por los primeros navegantes que dieron la vuelta al mundo, y que tengo la obligación y el privilegio de contarlo y compartirlo. Me gustaría que estas postales que escribo cada atardecer, notas de bitácora, os saquen unos minutos de la vida cotidiana y os transporten a bordo para compartir las inquietudes de esta XXX Expedición Científica a la Antártida, que navega ya, microscopio en ristre, en busca de las hermosas y fantásticas diatomeas.

[Foto: Ana Ramos, Diatomeas al microscopio, Campaña 8611].

Pigafetta

Día 26, miércoles 30 de noviembre de 2016, san Euprepes, 50° 48 S, 66° 52 W.



Cuando estamos a pocas horas de enfilar el Estrecho de Magallanes, el cuerpo (en su acepción más corporativa) me pide hablaros de Pigafetta. No del portugués Hernando de Magallanes, Capitán Mayor de la Armada, ni del vasco Juan Sebastián Elcano, que se reparten los méritos de haber dado la primera vuelta al mundo, no sin antes comer ratas asadas y descuartizar a alguno de sus propios oficiales amotinados. No.

Prefiero hablaros del modesto cronista que llevaban a bordo, el italiano Antonio Pigafetta: inscrito en el rol de la nao *Trinidad* como Antonio Lombardo, en la categoría de sobresalientes, entre criados y pajes del capitán. Si no hubiera sido por Pigafetta, no conoceríamos las gestas heroicas, y alguna que otra barrabasada, que hicieron Magallanes y Elcano. Su relato es tan fresco y verdadero que lo tomo como modelo y me produce envidia: no del hambre que pasaron, sino de cómo anota y recoge cada detalle.

La [Relación](#) de Pigafetta narra los tres años de circunnavegación y no escatima las intrigas y traiciones, las enfermedades, las

penurias. Baste esta perla: “...completando nuestra alimentación los aros de cuero de buey que en el palo mayor protegían del roce a las jarcias; pieles más que endurecidas por el sol, la lluvia y el viento. Poniéndolas al remojo del mar cuatro o cinco días y después un poco sobre las brasas, se comían no mal; mejor que el serrín, que tampoco despreciábamos”. Las ratas, un manjar, se vendían a bordo a medio ducado; con eso queda todo dicho.

Y con esta dieta cruzaron el Estrecho de Magallanes, el miércoles 28 de noviembre de 1520: tal día como hoy de hace 496 años. Mientras esperamos al práctico para cruzar el Estrecho, le he pedido a nuestros cocineros Paqui y Primi que pongan a remojo unas cinchas de cuero, que traemos trincando las motos de nieve, por averiguar qué gusto tienen.

Imagen: Primer mapa del Estrecho de Magallanes, 1520, [Library of Congress \(USA\)](#).

Punta Arenas

Día 27, jueves 1 de diciembre de 2016, san Próculo, 52° 27 S, 69° 50 W.



Hoy ha sido una singladura extraordinaria, sin duda la más emocionante desde que partimos de Vigo: durante 26 días hemos cruzado el Atlántico embelesados con amaneceres de plata y atardeceres de oro, con peces voladores, cogiendo el ritmo de la vida a bordo, celebrando el Bautismo del Mar, al paso del ecuador, o haciéndome un hueco en el corazón inmenso de la tripulación del Gamboa.

Pero hoy, desde primera hora, ha sido distinto: al doblar el Cabo Vírgenes, dejamos el rumbo Sur y el barco puso proa hacia el Oeste, como buscaban en el siglo XVI todos los navegantes antes de encontrar el Pacífico, curioso nombre para un mar tempestuoso. Fue así como Magallanes encontró el paso que hemos surcado hoy, la proa enfilada a Poniente y el sol naciendo por la popa.

Mientras contemplaba los duros acantilados del Estrecho, secos, estériles, sin un solo árbol ni apenas vegetación, traté de imaginar qué pasaría hace 500 años por las mentes de aquellos marineros rudos, analfabetos, hambrientos y desesperados. ¿Qué aventura les ofrecía la vida y qué vida y familias dejaban atrás para aventurarse en esta antesala de la *Terra Australis*?

He disfrutado cada momento de la travesía del Estrecho, que les contaré con detalle en la próxima crónica, saboreando el paisaje y las maniobras indicadas por el Práctico para llevar el Sarmiento de Gamboa a buen puerto, que no estaba fácil. Al final, para vencer un viento de más de 30 nudos que alejaba el casco del muelle, el Pelicano nos dio un par de besos en la proa, y nos dejó amarrados a la bita 4.

Pichiqueiro: la moneda universal

Día 28, viernes 2 de diciembre de 2016, san Cromacio, Punta Arenas.



—¿Cómo andas de pichiqueiros? —desjarreta Toni Padín, camino del mercado de Punta Arenas, cercano al puerto, donde tenemos cita con unos ojos de diosa, una empanadilla de centollo y un par de cervezas Austral, made in Patagonia. Aquí todo es patagónico y austral, a gusto de viajeros y turistas; solo falta que aparezca Chatwin con su sombrero.

—¿Pichiqueiros?

—Sí, hombre, la moneda única que cotiza igual en todos los puertos del mundo. Cuando un marinero gallego llega a cualquier puerto no cambia en dólares, pesos, soles, rupias, dinares, yenes o dracmas. Cambian siempre en pichiqueiros. Una copa vale tantos pichiqueiros.

Cae la empanadilla de centollo, exquisita, caen un par de cervezas; y los ojos de diosa, atentos al lance, traen la cuenta:

—Son 4.000 pichiqueiros.

Le silbamos [una de Amaral](#), “...estoy aquí, mi estrella fugaz, uhh... dónde andaras. ¿Por dónde andarás? Si me pides un deseo, dame por patria el mundo entero...”, y nos vamos con las manos en los bolsillos, a jurar amores eternos en Punta Arenas.

—¡Volveremos, Pichiqueiro! —exclamamos ante el indígena de bronce que se estira indolente en la plaza, ofreciendo a los visitantes el dedo gordo del pie derecho para que todos se lo besen. Limpio su uña reluciente con mi pañuelo de tela, bordado por mis queridas monjitas de clausura del Reloj, y beso la reliquia como un fetichista adora un tacón de aguja. En Florencia hay que tocarle el colmillo o el hocico a un jabalí también de bronce, Il Porcellino; beber en la fuente de las Ramblas en Barcelona o echar una moneda en la Fontana de Trevi para volver a Roma. Besos, monedas, mantos, mantras para el regreso: ritos universales, pichiqueiros.

¡Volveremos a Punta Arenas, aunque solo fuera por el choripán, las empanadillas de centolla, la cerveza Hernando de Magallanes, y tus ojos de diosa!

Despedida de Punta Arenas

Día 29, sábado 3 de diciembre de 2016, santa Hilaria, Punta Arenas.



Mientras los forofos veían en algún pub de la ciudad el derby Madrid-Barça, que al parecer se ha disputado en alguna latitud lejana, en el buque Sarmiento de Gamboa recibimos a bordo la visita oficial del Vicecónsul Honorario de España en la Región de Magallanes y la Antártida Chilena, Rodrigo Jaime Fernández Dübrock.

“El segundo apellido es alemán”, añadió con una sonrisa nuestro representante en la zona, donde residen más de trescientos conciudadanos con pasaporte español, cuyo origen se reparte a medias entre gallegos y asturianos. La comunidad se amplía a más de dos mil españoles, hijos o nietos, con origen directo.

En su visita al Sarmiento de Gamboa, el Vicecónsul fue recibido por el Capitán, Pablo Fernández, con quien aparece en la foto del día, acompañado del Jefe de Máquinas, Benjamín Lecuona, y el Jefe de Expedición, Miguel A. Ojeda, de la UTM del CSIC.

Entretanto, en el hangar y en cubierta finalizaban las maniobras de carga de los últimos pertrechos: desde lechugas, y abundantes frutas y verduras frescas para las neveras de la Base Juan Carlos I,

hasta la barcaza de siete toneladas de peso, que nos servirá para transportar todas las mercancías a tierra firme, atravesando la banquisa que en estas fechas, con toda seguridad, encontraremos cerrando el paso.

Nos despedimos así de Punta Arenas, la ciudad austral donde cada día se viven las cuatro estaciones, cargados hasta los topes de materiales de construcción, equipos, laboratorios y lo que el lector pueda buenamente imaginarse; pero más cargadas aún las pilas de ánimo y ganas de emplearse a fondo, si somos quién de sobrevivir a la travesía del Paso Drake, que el parte meteorológico pronostica muy complicada.



Nos despedimos de las últimas flores que veremos en muchos días —ya es primavera en el Corte Inglés de Punta Arenas—, de los árboles, de los pubs acogedores, como El Colonial, y de sus jarras de cerveza de calafate dulzona, decorados ya con ambiente navideño; nos despedimos de los coches y semáforos, que tampoco volveremos a ver en tres meses, de los chilenos amables y de las chilenas que saludan solo con un beso. “En España, la costumbre son dos, uno en cada mejilla”, protesto. “¡Si te dieron dos, tuviste suerte; prueba la próxima vez que vuelvas a Punta Arenas!”, sonrío Ingrid convirtiendo el adiós en un hasta pronto.

Hasta pronto, Tierra de Fuego. Zarparemos esta madrugada, sigilosamente, sin despertar al viento del Suroeste que puede complicarnos la vida. Próxima escala: Isla Livingston.

91 AÑOS

Punta Arenas, 3 de diciembre de 2016, a bordo del *Sarmiento de Gamboa*.



Mi suerte ha girado hoy varias veces: como podéis entender, las circunstancias de este viaje a la Antártida son muy complejas; todo es difícil, extremo. El riesgo, el viento, los cambios bruscos. El plan de viaje ha cambiado ya varias veces: es cuestión de flexibilidad y capacidad de adaptación al medio. Puro darwinismo.

Esta madrugada zarpamos hacia el Sur y cruzaré por vez primeras el temible Paso Drake, y en tres singladuras más estaremos fondeados ante la Isla Livingston, donde se halla la Base Juan Carlos I.

Antes de zarpar, he hablado hoy con mi padre, Tomás, que cumple hoy 91 hermosos años, con una sonrisa de felicidad. Sé que se siente orgulloso de su hijo, como yo profundamente orgulloso de mi padre y de su ejemplo. **En lo más íntimo de mí, este viaje está dedicado a mi padre.** Sé que comprendéis el alto compromiso que eso significa para mí.

El vuelo de una mariposa en Kiev produce efectos en la Antártida

Día 30, domingo 4 de diciembre de 2016, santa Bárbara, lat. 52° 25 S, Lon. 68° 47 W.



Hoy se cumplen treinta días desde que el buque oceanográfico *Sarmiento de Gamboa* zarpó del puerto de Vigo rumbo a la Antártida. Treinta días de adaptación a la vida marinera, atravesando el océano Atlántico de un tirón, tras hacer combustible en Las Palmas; en los que hemos recorrido más de 13.000 km, hemos surcado el mítico y emocionante Estrecho de Magallanes, y permanecido tres jornadas atracados en el muelle de Punta Arenas, capital de la Patagonia chilena.

Treinta días en los que he sentido el afecto del capitán, “¡Hace un día espléndido, Señor!”, y de toda la dotación del *Gamboa*: ayer miraban sorprendidos mis maletas, dispuestas por si era necesario desembarcar por exigencias logísticas. Una expedición a la Antártida es algo complejo, delicado, no exento de riesgos. Por fortuna, carambolas de la vida, el cierre del aeropuerto de Kiev dejó en tierra a cuatro expedicionarios, y pude ocupar uno de los puestos. Estaba prevista mi reincorporación a mediados de diciembre; y luego pasaré al buque polar *Hespérides*, que zarpa la

próxima semana desde Cartagena. Pero el mal tiempo en Kiev me ha permitido seguir a bordo, y no faltó un solo compañero del *Sarmiento de Gamboa* que no me haya expresado su alegría al ver cómo deshacía el equipaje en mi nuevo camarote, compartido con dos electricistas valencianos, Cristóbal y Juan.

Que una tormenta en Kiev altere de este modo el rumbo de mi viaje, y de mi vida, es la metáfora perfecta de ese «Efecto Mariposa» que en la Antártida se percibe con más intensidad: habitamos todos esta casa y nos afecta el mismo cambio global. No sirve de nada ponerse de perfil.

El afecto sentido a flor de piel redobla mi compromiso periodístico con la campaña y mi energía para estar a partir del miércoles en primera línea de hielo, cuando lleguemos a Isla Livingston, para contaros un reto apasionante: la apertura de la Base Juan Carlos I.

Al finalizar cada verano austral, las bases científicas se desmantelan, allí no queda nada, salvo la estructura, que resiste el duro invierno polar; y cada primavera hay que desembarcar de nuevo todo: gasoil para encender los generadores que nos den luz y calor, y agua, víveres, varios contenedores de material de construcción para ampliar la base, y los equipos técnicos y de laboratorio de todos los científicos, que también vienen a bordo, alborotando y llenando de colorido humano la sala de informática y el comedor, hasta ayer bendito remanso de paz.

Para abrir la base, lo primero que se habilita es una gran barcaza, que fue la última carga ayer en Punta Arenas: una plataforma de siete toneladas, partida en dos mitades gemelas que luego se unen y el experto de la UTM Luis Ansorena me asegura que flotan... El proceso de carga fue delicado, medido al milímetro, tecnología de diseño propio UTM, probada en decenas de campañas anteriores.

La experiencia acumulada allana el camino de nuestra XXX Expedición Científica Española a la Antártida, en la que el buque *Sarmiento de Gamboa* tiene esta vez la alta responsabilidad de abrir las bases. Vendrán luego semanas de intenso trabajo de campo y laboratorio, hasta culminar la campaña a finales de marzo. Y todo esto, si el mareo no lo impide, lo iremos contando

día a día en este blog **#HorizonteAntártida**, y en sus réplicas a través de la Agencia *EFE*, *Televisión de Galicia*, la crónica semanal en *Radio Galega*, *MUNDIARIO*, *La Nueva Crónica*, *Galicia Digital...*, y sus correspondientes redes sociales que en total suman más de un millón de seguidores directos.

Ellos, y cuantos vais siguiendo esta Aventura de la Ciencia, sois el motor de estas notas de bitácora, concebidas como parte de un trabajo en equipo, como lo es la vida a bordo —que debe funcionar como un reloj—, la convivencia, el descubrimiento cada mañana, cada tarde y cada noche de cosas nuevas.

Tras regresar a mar abierta por las angosturas del Estrecho de Magallanes, ahora surcamos el Atlántico Sur a la altura de Río Grande y en pocas horas avistaremos la Isla de los Estados, donde Julio Verne sitúa la acción de su novela *El faro del fin del mundo*. Le he sugerido al capitán fondear en la ensenada y bajar un rato en la zodiac a conocer el faro. Si la mariposa de Kiev mueve a tiempo sus alas, se lo cuento a ustedes mañana.

Los faros del fin del mundo

Día 31, lunes 5 de diciembre de 2016, santa Consolata, lat. 56° 07 S, Lon. 64° 93 W.



¿Un faro del fin del mundo? ¿Otro más? Nada impresiona a quienes vivimos a tiro de piedra del verdadero y único fin del mundo, Finisterre; a quienes nos gusta asomarnos al balcón del mar de las tinieblas en cualquiera de las mil y una playas gallegas, de finísima arena. Los portugueses tienen su propio Cabo do Mundo, al sur de Lisboa; y toda la costa occidental europea está bordada con faros, miradores y promontorios desde los que el sol se despide cada tarde.

También los argentinos tienen su fin del mundo, el faro de la Isla de los Estados, 54° Sur, 64° W, “a tiro de piedra de la bahía de Elgor”, inmortalizado por Jules Verne en la novela *El faro del fin del mundo*. Tres fareros solitarios son asaltados por la banda de piratas del violento Kongre, “escoria” les llama Verne, que matan a dos de los fareros, apagan la linterna y provocan naufragios con los que hacer su botín. Vázquez, el héroe superviviente, conseguirá recuperar el faro y salvar cientos de vidas...

El relato es juvenil y previsible, su mayor interés reside en la descripción del nuevo faro, inaugurado el 9 de diciembre de 1859:

dentro de cuatro días se cumplirán 157 años de la linterna, visible a más de diez millas, que desde entonces ayuda a los barcos a cruzar el estrecho de Lamaire, donde está Bahía Valentín, antesala del temido Paso Drake, por el que ahora navego a bordo del *Sarmiento de Gamboa*.

La noche pasada cruzamos el estrecho descubierto en el siglo XVII por el navegante holandés Lamaire, y me quedé con ganas de ver el faro, que ya no es de aceite, y con más ganas aún de visitar la torre octogonal, de 32 metros de altura, menos que los 40 metros del faro de Sálvora, que protege la entrada y salida a la ría de Arousa.

Menciono Sálvora porque he tenido el privilegio de vivir en esta isla desierta largas temporadas —¡ya le hubiera gustado a Verne!—, bebiendo los atardeceres en compañía de una hermosa sirena rubia, de ojos claros de mirada dulce; y porque la descripción de Verne, la cámara de los torreros, la sala común, el almacén, las masas rocosas de cuarzo, el aparato dióptrico de lentes escalonadas, las anotaciones diarias en el *Libro*, la pesca de pececillos con caña, y hasta los venados salvajes (en Sálvora son ciervos y caballos)... todo me recordó al faro de Sálvora, que pronto cumplirá un siglo de inalterada quietud, firme en su atalaya de piedra.

También el faro de Sálvora, como el de la Isla de los Estados, es especialista en recuperar restos de naufragios, de barcos estrellados contra las rocas o de naufragios emocionales, necesitados de un punto de sutura. En una y otra latitud, merodean los piratas: no busquéis entre los *frikies* que llevamos barba de meses, un parche en el ojo o una pata de palo. Los piratas que acechan la Isla de los Estados y Sálvora son políticos ignorantes o corruptos (o las dos cosas juntas), y autoridades portuarias de la banda de Kongre.

Nuestra navegación continúa con buena mar, acercándonos al paralelo 60°: hoy dejaremos atrás el Paso Drake, aprovechando una “ventana” de calma, entre borrasca y borrasca, y si nada se tuerce, dentro de pocas horas estaremos fondeados ante la Isla Livingston.

Paso Drake: toponimia amorosa

Día 32, martes 6 de diciembre de 2016, san Policronio, lat. 60° 58 S, Lon. 62° 43 W.



El ilustrado **Malaspina**, uno de los más grandes exploradores de todos los tiempos, a la altura del capitán Cook o de Humboldt, a quien la España de Godoy premió sus méritos con cárcel y destierro, tenía el gusto romántico de bautizar algún que otro accidente geográfico con los nombres de su mapa sentimental. He decidido seguir su ejemplo y bautizar el primer iceberg que veamos con el nombre *Iceberg Martín*, en honor a mi nieto.

Que el nombre perdure o no, ya será cosa de la historia: los marinos españoles se adelantaron muchas veces; y años o décadas después, los ingleses iban detrás bautizando sus Shetland y sus Sándwich del Sur, aunque lord Sándwich, mecenas de Cook, nunca estuvo en estas islas. La toponimia colonial, que daría para varias tesis, cabrea un poco a nuestra Armada, cuyos honores regatean las cartas, y un mucho a la Armada argentina, humillada en las Fackland, que ellos llaman Malvinas, esos ricos caladeros donde han amasado fortuna los arrastreros gallegos. Islas Merluza.

Puestos a bautizar, prefiero la toponimia imaginativa —cabo Desolación, cabo del Hambre, Puerto Deseado, Paso Tortuoso,

Bahía Sucia— al Registro de la Propiedad, Isla del Rey Jorge, que visitaremos la próxima semana. Por fortuna, la Antártida es un territorio sin propiedad ni fronteras, sin armas ni moneda, gobernado en base al Tratado Antártico, que bien podría ser un modelo de constitución para otras zonas del planeta en eterno conflicto.

La XXX Expedición Científica Española a la Antártida cruza ahora el Paso Drake, llamado así en homenaje al corsario inglés que dio la vuelta al mundo en 1577, cincuenta años después de la primera expedición, la de Magallanes y Elcano; y de la segunda, la de Loaisa y Urdaneta, en la que viajaba Francisco de Hoces, primer descubridor del paso en 1526, Mar de Hoces debiera llamarse [Mar de Piedrabuena, para los argentinos], ignorado por la toponimia sentimental. En este paso de 900 km, huracanea siempre un viento furioso del Oeste que levanta olas de doce metros, es de los más temidos y peligrosos en todos los mares; y, sin embargo, Drake nos ha recibido esta vez con un suave balanceo. Ayer, en la lat. 57° 48 S, Lon. 64° 00 N, una espesa bruma envolvió el casco del *Sarmiento de Gamboa*, y navegamos sin visibilidad, como un buque fantasma, envuelto en harapos de niebla. Cuando hay balance, el *Gamboa* contonea las caderas como una bailarina caribeña, de babor a estribor, la sopa baila en el plato y la ducha cae en diagonal ignorando las leyes de la gravedad.

El viento ha soplado durante toda la noche con fuerza de 20 nudos, y el día amaneció soleado. Cruzar el Drake con sol y mar suave, y sin marearme, es un regalo de los dioses. Y hemos visto las primeras ballenas. En verdad, soy muy afortunado. Lo siento por la toponimia inglesa, pero esta inmensa lengua de mar que separa el continente de la Antártida queda rebautizada, a la portuguesa, como Paso de Buena Esperanza. A bordo, el viento gélido anuncia que hemos cruzado la lat. 60°S. Esta noche celebraremos el día de la Constitución al paio, fondeados en la Caleta Española —toponimia creativa— en la bahía Sur de Isla Livingston.

Abre la base

Día 33, miércoles 7 de diciembre de 2016, santa Constitución, lat. 62° 37' S Lon. 60° 27' O.



A las 23:35 (hora local, las 3:35 en España) del 6 de diciembre de 2016, el buque oceanográfico Sarmiento de Gamboa hacía su entrada en la amplia ensenada de la Bahía Sur de Isla Livingston. ¡La XXX Expedición Científica Española ya está en la Antártida!

Después de 33 días de navegación, desde que zarpamos el 5 de noviembre del puerto de Vigo, aguardábamos este momento con impaciencia y lo vivimos todos a bordo con emoción. Tras una escala en Punta Arenas (Chile), el mar nos regaló una tranquila travesía del Paso Drake, que esta vez no hizo gala de ser el paso más peligroso y nos permitió disfrutar el espectáculo de las primeras ballenas. Un hermoso ejemplar se acercó, bufando orgullosa, hasta casi rozar la proa, y haciendo una “s” con flexibilidad de gimnasta china, se hundió en las profundidades y desapareció. Todo es ya un espectáculo a cero grados. La impaciencia por bajar a tierra y poner la base en marcha se mezcla con la alegría y la emoción que todos compartimos, cámaras y

móviles en ristre, haciendo caso del consejo amigo: “¡Bébetelo todo!”.

Para eso he venido, para beberme esta mar de emociones y contarlo, para compartir a través de #HorizonteAntártida, de la Agencia EFE, de Televisión de Galicia y de nuestras redes sociales el privilegio de ser el primer periodista que asiste en directo a la apertura de las dos bases: ahora en Livingston y dentro de diez días en Isla Decepción. Para tratar de comprender y explicar las razones profundas del conocimiento y la investigación que mueven la complejísima y delicada maquinaria de esta expedición científica. No caben en esta nota, ni en un informe: la dimensión global de este gigantesco laboratorio que es la Antártida se mide en teras de información y emoción, pero ¿qué pasión nos impulsa?: nada podría hacer sin la voluntad firme y el tesón de profesionales como Jordi Felipe Álvarez, el Jefe de la Base Juan Carlos I, más de doce campañas de experiencia, y ese modo suave de ejercer el liderazgo con una sonrisa. Seny catalán con raíces gallegas, de Meira, donde nace el río Miño, para ser exactos.

Mientras escribo esta nota, Jordi Felipe ha venido a despedirse y dar las últimas instrucciones: bajaré hoy en la tercera zodiac y clavaremos la bandera de España, al tiempo de transmitir al Comité Polar Español: “La Base Juan Carlos I está abierta”. “No olvides las llaves”, bromeo.

Pero las puertas de la Base no tienen llave: están abiertas, como los refugios de montaña, para cualquiera que pudiera necesitarlo. Es la ley antártica: solidaridad, puertas abiertas, sentirnos parte de una ONG global: Científicos sin fronteras.

Primer atardecer en Isla Livingston

Día 34, jueves 8 de diciembre de 2016, san Macario, lat. 62° 37' S Lon. 60° 27' O.



Hoy toca prepararse para bajar a tierra, para pisar por primera vez la Isla Livingston, de modo que hagamos bueno el dicho de que una imagen valen más que mil palabras.

Este es el regalo de bienvenida que ayer nos hizo Livingston: un atardecer para soñar contigo.

Llorar de emoción

Día 35, viernes 9 de diciembre de 2016, santa Gorgonia, Isla Livingston.



La sensación fue tan intensa que he tenido necesidad de llorar. Hace tiempo que renuncié a aquella estupidez de que los niños y los hombres no lloran. No lloran las personas capadas emocionalmente. No llorar, por dentro o por fuera, ante la belleza de la Antártida, sería un síntoma de analfabetismo emocional. Que también se aprende, cada día, a dejar atrás la torpeza y las represiones aprendidas y a resintonizar con la vida en otro canal. Es el concepto, o quizás mejor sensación, que he tratado de explorar en un ensayo de próxima publicación, *Mayo iraní: La primavera persa* [Libros.com]: cambiar el chip que llevamos en el ombligo (masculino, eurocentrista, católico, etc., cada cual el suyo) y abrir las puertas de la percepción.

En este mismo año 2016, que acaba fructífero, Irán me abrió los poros a mundos desconocidos, nunca antes sentidos: ahora la Antártida me abre las ventanas mentales y sentimentales de par en par. Esto fue lo que me ocurrió ayer en la pingüinera de Caleta Argentina, una pequeña playa de Isla Livingston donde viven, sin leer el periódico y sin Internet, una colonia de pingüinos papúa.

Fui a visitarlos en compañía de dos especialistas internacionales de máximo prestigio, los ornitólogos Andrés Barbosa, a quien cantamos ¡cumpleaños feliz! al pie de la pingüinera, y el argentino Juan F. Masello. Nos acompañó David Hita, *sherpa* de la Base Juan Carlos I, porque la subida y bajada con raquetas a través de nieve en polvo no fue fácil, y por razones de seguridad. Aquí todo es extremo: en media hora, una tarde soleada puede convertirse en un peligroso huracán. Una de las labores urgentes al abrir la base ha sido proveer refugios con provisiones en varios puntos de la isla. Por suerte, la tarde soleada nos permitió contemplar la pingüinera, y toda la bahía donde acampa plácidamente nuestra colonia científica.

Llevaba el corazón en un puño al pisar de nuevo la Antártida después de treinta años: todos los recuerdos y sensaciones de entonces —y tres décadas de mi vida en sepia— revoloteaban por mi cabeza como los charranes que protegen su nido; pero fue al remontar el collado y contemplar la isla, de frente el mar y una procesión de pequeños icebergs, al oeste las lenguas de glaciar desembocando en la bahía..., ¡tanta belleza!, fue entonces cuando las ventanas de la percepción se abrieron sin miedo y rompí a llorar de pura alegría y emoción. Una bocanada de aire, gélido más que fresco, fue secando las lágrimas mientras bajábamos hasta la orilla, felices y divertidos, rodando por la nieve.

¡Cómo podría dejar de cantar cada mañana "Gracias a la vida, que me ha dado tanto..."!

Dynamic position

Día 36, sábado 10 de diciembre de 2016, san Carpóforo, lat. 62° 39' S
Lon. 60° 23' O.



¡Cómo ha cambiado el mundo en treinta años! Cuando visité por primera vez la Antártida, a bordo del congelador *Pescapuerta IV*, no existía Internet, por supuesto no llevé ordenador portátil ni móvil. Escribía las crónicas a mano y el radiotelegrafista Lens las enviaba a la agencia EFE desde el puente haciendo señales de humo.

—Mando crónica. ¡Cambio!

Un día, mientras el télex repiqueteaba una cinta perforada interminable, Lens me explicó el funcionamiento de un radar automático, última generación en 1986:

—Lo pones en *stand by*, e *vai...*

Treinta años después, la era digital ha llegado también a la mar. Ya no se entiende una navegación sin la asistencia de los satélites que la NASA va colgando del firmamento, como luces navideñas. A bordo, los oficiales y los alumnos de prácticas siguen corrigiendo a mano las cartas náuticas, como en los tiempos de Trafalgar, "pero a este sistema le quedan cuatro días", añade Luis Ansorena, lápiz y cartabón en mano. La navegación electrónica,

guiada por nuestro ECDIS (Electronic Chart Display), ha venido para quedarse. El primer oficial de puente, Oscar Macián, está encantado con un revolucionario sistema: el posicionamiento dinámico. El *Sarmiento de Gamboa* lleva cinco días fondeado en la Bahía Sur de Isla Livingston. Pero digo mal fondeado, porque ya no fondea ni echa el ancla: Óscar y Estefanía meten en el sistema las coordenadas GPS y el barco se mantiene siempre en *dynamic positioning*, "posicionamiento dinámico".

El GPS no excusa la vigilancia en el puente y en máquinas, pero si el viento, la marea o la corriente arrastran al buque, el sistema pone en marcha la hélice y corrige la posición, de modo que llevamos cinco días sin cesar de movernos, pero sin salir de lat. 62° 39 S, Lon. 60° 23 N. Este SDP, siempre las odiosas siglas inglesas, me recuerda al radar de Lens: "*O pós en stand by, e vai*".

He tomado buena nota, por si acaso navegando estos mares de hielo, encuentro una sirena que sepa inglés, o mejor galego, a la que explicarle cómo funciona el posicionamiento dinámico.

Volveremos a buscaros...

Día 37, domingo 11 de diciembre de 2016, san Genciano, lat. 62° 41' S
Lon. 61° 04' O, Campamento Byers.



Esta foto está cargada de emoción, como todo lo que va sucediendo cada minuto de este viaje. Los semblantes alegres no reflejan la gravedad del momento: el instante de dejar a tres de nosotros abandonados a su suerte, como hacían los piratas, en el Campamento Internacional Byers. No estarán abandonados por completo, pues el buque *Sarmiento de Gamboa* y las bases cercanas estarán al tanto de una emergencia; pero durante los próximos veinte días tres científicos, enamorados de su trabajo y de la Naturaleza, vivirán en total aislamiento en la playa de Byers, en este pequeño iglú, y tendrán que afrontar lo que disponga la imprevisible y caprichosa Antártida...

A mediodía de hoy dejamos la Bahía Sur de Isla Livingston, cuyo paisaje ya nos era familiar, para instalar el campamento Byers en la otra punta de la isla, donde ya han empezado a trabajar los ornitólogos Andrés Barbosa y Juan F. Masello, con el apoyo del

alpinista Iñaki Irastorza. Cinco tripulantes del buque oceanográfico *Sarmiento de Gamboa* saltaron a tierra para transportar, a hombros, instrumental y víveres para un mes, incluyendo algo de turrón y unos gorros navideños. Poco más: la vida aquí es tan dura y sobria como la propia Naturaleza, y **los investigadores saben que deben adaptarse al medio para sobrevivir, hacerse invisibles para observar, formar parte del paisaje para sentirse en comunión con la Antártida.**

La foto muestra la alegría de estos ocho compañeros, valerosos como los hombres de Shackleton, por el deber cumplido; podemos imaginar, en el instante de la despedida, un vuelvo en el corazón de los que se van y el nudo en la garganta de los que se quedan. Volveremos a por vosotros: ¡Suerte, amigos!

[Foto, de izquierda a derecha: Fabián Delgado, Adrián Gómez, Santi Baluja, Andrés Barbosa, Juan Masello, Luis Ansorena, Oscar Macián e Iñaki Irastorza en Byers].

La tierra de Julio Verne

Día 38, lunes 12 de diciembre de 2016, santa Mercuria, lat. 62° 14' S Lon. 58° 49' O, Campamento Byers.



Hay varios viajes en cada viaje. La derrota que sigue el barco, una tras otra singladura, cruzando paralelos hacia el Sur, saltando meridianos hacia el Oeste, esquivando las borrascas con su navegación meteorológica, llevándonos a buen puerto.

Hay un viaje científico: esta Aventura de la Ciencia, alentada por la preocupación y la sensibilidad social por un mundo mejor, un planeta limpio. Ese viaje nos trae a la Antártida para estudiar las alarmas del calentamiento y el cambio climático. Stop.

Luego está el viaje literario: el relato, real o ficción (a veces es difícil distinguirlo) de cuantos nos han precedido: Stevenson, Conrad, Jack London, Verne; pero también los cuadernos de bitácora de Cook, Malaspina o Darwin. Hoy, anclados ante la base española en Isla Livingston, y sin que faltara a la cita un té *Inspire*, mi favorito de lateteraazul, escogí la lectura de un viaje literario deslumbrante por su sabiduría y buen humor: *La tierra de Julio Verne*, de Eduardo Martínez de Pisón, alpinista, geógrafo, pionero de la Antártida.

Está, por fin, el viaje interior, personal, la sedimentación de cuanto el viajero vive y, sobre todo, siente, el viaje de las sensaciones. Como las vividas ayer visitando el glaciar Johnson en Isla Livingston: una colosal lengua de hielo sobre la que hace treinta años el volcán de Isla Decepción depositó una capa de ceniza y lava, que ahora se entremezcla con vetas de nieve y nos regala belleza en estado puro.

Cada atardecer procuro encontrar un momento de silencio (aunque el barco es una caja mágica llena de ruidos) para ensamblar esos cuatro viajes: el itinerario del día, los retos de la investigación, la lectura que ensancha horizontes y el viaje interior, similar al que Verne imagina hacia el centro de la Tierra, que Georges Sand describe como un gran hueco tapizado de gemas y diamantes.

Sembrando trigo en el hielo

Día 39, martes 13 de diciembre de 2016, santa Lucía, lat. 62° 12' S Lon. 58° 55' O, Isla del Rey Jorge.



Por si acaso alguien me escucha en el Ministerio de Educación, que espero siga existiendo a mi regreso, comparto esta imagen con los estudiantes chilenos de secundaria premiados en la [Feria Antártica Escolar](#) que dirige la divulgadora científica [Paulina Rojas](#) y organiza cada año el Instituto Antártico Chileno ([INACH](#)). Llegaron ayer en un avión Hércules de la Fuerza Aérea Chilena a la pista de tierra de Isla del Rey Jorge (no es un aeropuerto convencional, pero es el único practicable todo el año para unir por vía aérea la Antártida con el continente).

A los miembros de la Expedición Científica Española que estábamos en ese momento a pie de pista, nos sorprendió la llegada de este grupo de adolescentes: una bocanada de alegría y vitalidad. Son los ganadores del concurso de trabajos en tres modalidades, Ciencias Naturales, Ciencias Sociales y Desarrollo Tecnológico; y el INACH les premia con un viaje de estudios a la Antártida: visita a las bases en Rey Jorge y una charla de Alejo

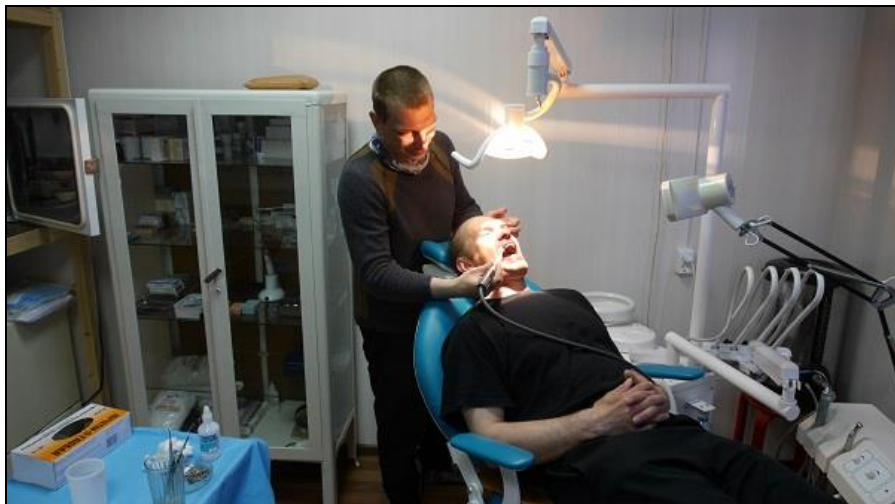
Contreras, “el aventurero que más sabe de la Antártida”, después de haber estado catorce veces en el Polo Sur...

A media tarde, los estudiantes visitaron el buque español Sarmiento de Gamboa, donde fueron recibidos por el capitán, Pablo Fernández, y tuve ocasión de conversar con dos alumnas en verdad brillantes. La pasión con la que una futura bióloga, no pude retener su nombre, me explicó el contenido de su trabajo premiado, me despejó las dudas que no tenía. Este es el camino: la formación, la educación de las nuevas generaciones; ellos y ellas serán en muy pocos años los científicos que tendrán en sus manos la investigación puntera.

Sentí de cerca la pasión que ponían en su conversación con Alejo, la chispa despierta en sus ojos fotográficos, la sed adolescente en su afán por beberse la Antártida toda. Tengo sana envidia de un país que apuesta, como política estatal, por acciones de sensibilización escolar, de estudio y compromiso con el medioambiente. Un país capaz de sembrar trigo en el hielo.

La hospitalidad de Ylia y Alexey

Día 40, miércoles 14 de diciembre de 2016, san Abundio, Base Bellingshausen.



Pasas frente a un letrero de madera que reza “Base Bellingshausen”; se diría que entras en territorio ruso, pero no hay guardias con gorro de astracán que pidan el pasaporte ni nada parecido. Llamas a la puerta de una especie de barracón y te abre un ruso rubio, de ojos azules, sonriente. Te quitas las botas embarradas y pisas la moqueta cálida. El doctor Ylia, cirujano, me enseña el quirófano de campaña donde ayer mismo tuvo que hacer una leve operación, y la camilla de masaje donde vienen a tratar sus dolencias reumáticas todos los quejosos de la Isla, sin distinción de nacionalidad. Estamos para lo que estamos. Luego, su compañero Alexey se sienta en el sillón de dentista y bromean para la foto una dolorosa extracción.

Acabo de conocerles y se diría que somos amigos de toda la vida. Ylia tiene una amiga en Barcelona —no me queda claro si algo más que amiga— y chapurrea castellano con soltura. Alexey se empeña en acompañarme a visitar la capilla ortodoxa de la Trinidad donde me maravillan los retablos traídos pieza a pieza desde Moscú. Es la capilla ortodoxa más al sur del planeta. Aquí,

en Isla Rey Jorge, todo es lo más austral: el aeropuerto, la escuela más austral y la Villa Las Estrellas, donde viven de modo permanente unas cuantas familias chilenas.

Con ellas comparten la isla ocho bases científicas: chilenos, argentinos, chinos, peruanos, coreanos, uruguayos, rusos y polacos. En ninguna nos han pedido el pasaporte, pero andamos peregrinando de una a otra, poniendo sellos como coleccionistas jacobeos. Territorio sin fronteras. Patria de la Ciencia. Me gusta la Antártida.

Un berciano glocal en la Antártida

Día 41, jueves 15 de diciembre de 2016, san Baco, Isla Livingston.



Me gustan más las canciones que los himnos, y más aún los pueblos que sus banderas; pero en este caso, ondeando la bandera del Bierzo en la Base Juan Carlos I (Isla Livingston, con el buque *Sarmiento de Gamboa* al fondo), he querido dejar testimonio gráfico de la visita de un berciano a la Antártida.

En 1988, en el libro *El Viaje del Vierzo*, anuncié el advenimiento de la República Independiente del Bierzo: tiempo después, *Ikea* plagió el nombre, pero la idea sigue viva y ahora, desde la Antártida, la veo más clara que nunca. Un país sin armas ni fronteras, sin contaminación y sin coches, sin divisiones ni exclusiones, sin otra identidad que la Paz y la Cooperación. Un pueblo que tenga por patria la Ciencia y por patria la Educación; esa es la República Independiente del Bierzo en la que me gustaría vivir.

Un país glo-cal: capaz de formar parte del mundo global (y comprender cómo el cambio climático global afecta ya a nuestra vida cotidiana, y a la de nuestros hijos e hijas), sin perder nunca las raíces nutrientes del microcosmos local, que son nuestro ADN.

En la Antártida me siento más berciano que nunca, unido en afectos y pensamientos al Bierzo, porque lo llevo a flor de piel. Al tiempo, me siento el más universal de los ciudadanos del mundo, hermano de rusos, chinos, chilenos, coreanos, con quienes estos días comparto experiencias y abrazos.

Al sentirme berciano en la Antártida quiero recordar a cuatro paisanos ilustres quienes, desde su tierra o lejos de ella, nos señalan los cuatro puntos cardinales: al Norte, desde Berlín, Enrique Gil y Carrasco, inmenso viajero por toda Europa, ejemplo de amor al Bierzo, sin dejar de ser nuestro romántico más europeo y cosmopolita. Al Sur, desde las Islas Salomón, don Álvaro de Mendaña, natural de Congosto, Adelantado del Pacífico, que navegó estos mares. Al Este, desde Barcelona, Ramón Carnicer, maestro de los libros de viaje como *Donde las Hurdes se llaman Cabrera* y muchos otros, modelo de rigor, amenidad y fino humor. Y al Oeste, desde el Mirador de Orellán en Las Médulas, Elvio Nieto, compañero inseparable del fotógrafo Amalio, inventores del senderismo berciano.

Estos cuatro bercianos universales son, por derecho propio, ciudadanos de esa República Independiente del Bierzo que hoy proclamo de nuevo desde la Antártida. El Bierzo que sueño sin la contaminación que envenena nuestros ríos y los silentes valles, con Aire Limpio, respetuoso con su patrimonio cultural, artístico, histórico; sin políticos mediocres ni gobernado desde Valladolid con el mando a distancia. Una comarca capaz de mirarse al espejo sin sentir vergüenza. El Bierzo glo-cal del que hoy quiero ser embajador ante el Parlamento de Hielo, donde reinan las elegantes ballenas y son felices los pingüinos.

Preparado para el peor día de tu vida

Día 42, viernes 16 de diciembre de 2016, santa Albina, Bahía Almirantazgo.



El tiempo ha empeorado súbitamente y, por primera vez desde nuestra llegada, la navegación fue por momentos angustiada. Para ser exactos, en la Antártida todo cambia de repente y en cuestión de minutos. En una de las prácticas previas al viaje, a la pregunta “¿Qué debes llevar en la mochila para salir de la base?”, la respuesta fue: “Vete preparado como si fueras a pasar el peor día de tu vida”. En realidad, deberíamos vivir con esa consigna: estar siempre preparados para el peor y para el mejor día de nuestras vidas. “Con la maleta hecha”, dice mi madre. “Baraja las cartas la mano de dios”, decía el mago René Lavand.

Aquí la mano divina baraja harapos de niebla. Es habitual que un día soleado se convierta en visibilidad cero en cinco minutos. Y eso fue lo que nos pasó en el último trayecto desde Isla Livingston a Rey Jorge: una niebla tan densa que daban ganas de abrirla con las manos o cortarla con unas gigantescas tijeras. El barco navegó despacio, con máxima prudencia, las pocas millas que separan ambas islas, haciendo sonar la bocina cada pocos minutos. Y sí, amigos y amigas, la navegación es angustiada, porque al peligro,

aquí poco probable, de encontrar otro barco, se une el peligro grande de chocar contra algún iceberg, que hay muchos, invisibles, acechando la proa.

La proa del *Sarmiento de Gamboa*, convertido este año en buque insignia para abrir las bases españolas en la Antártida. Ya operan a pleno rendimiento la base Livingston y el campamento internacional Byers, y en pocos días estará en marcha la base Gabriel de Castilla. El mal tiempo retiene desde hace cuatro días en Punta Arenas a los expedicionarios del Ejército de Tierra, a los que puede verse cada mañana entrenando, enérgicos y vigorosos, por el muelle del puerto más austral de Chile. Nosotros esperamos su vuelo anclados electrónicamente (*Dynamic positioning*, se llama el invento) en la bahía del Almirantazgo, donde visitamos alguna de las bases científicas. Hoy tocó la entrañable estación polaca Arctowski, donde nos agasajaron con té y tarta de chocolate, y visitamos un faro diminuto y solitario, romántico, digno de Julio Verne. Mañana, si la niebla no lo impide, iremos a bailar *capoeira* a la base brasileña. La expedición, ciertamente, está llena de penalidades y peligros.

Nieva en horizontal

Día 43, sábado 17 de diciembre de 2016, san Esturnio, Bahía Almirantazgo.



El *Sarmiento de Gamboa* está hoy “aparcado” (ni anclado ni atracado, girando sobre sí mismo, perezoso) en la bahía Maxwell, esperando el vuelo de los expedicionarios atrapados en Punta Arenas, que hemos de transportar a Isla Decepción para poner en marcha la base Gabriel de Castilla. El tiempo apremia, pero una borrasca de tamaño natural cubre de niebla, lluvia y nieve toda la Isla Rey Jorge, y nos retiene viendo fotos, que es el deporte nacional antártico, expuestos al *ventimperio*, hermosa expresión en castrapo, que escuché hace años a una señora de Arzúa.

Conversando con investigadoras y científicos, impacientes por trabajar ya en las fumarolas y en las pingüineras de Decepción, he descubierto que existe la profesión de Nivólogo: especialista en nieve; y ya me tarda que la Universidad de Santiago de Compostela, «donde la lluvia es arte», me expida el título de Lluviólogo, después de cuarenta años estudiando un Máster en Lluvia en la cátedra de don Carlos Alonso del Real, profesor muy querido, a quien nunca se vio usar paraguas. Este artefacto es del todo inútil en Compostela, donde llueve hacia arriba, de lado, de

frente, de perfil, al través, alrededor, por dentro, por fuera, y a veces la lluvia incluso cae vertical.

Sin embargo, nunca había visto nevar en horizontal, que es como nieva en la Antártida: los copos, voluminosos o diminutos, infantiles, juguetones, pasan como una película en blanco y negro ante el portillo del camarote, proyectados a chorro desde proa; y no caen al mar, sino que por el aire se enredan, hacen remolinos, caracolean y se pierden en infinitas acrobacias. Y aquí estamos, inmersos en una nube de nieve circular, pasmados, contemplando el espectáculo desde el puente.

Por algún milagro físico, que consultaré a mi nivólogo de cabecera, esta nieve horizontal ha cuajado sobre la barcaza y los contenedores de popa, pero ha cuajado más en nuestro ánimo: la nieve es motivo de alegría y se nos pone la piel más sensible y navideña. Si el avión se retrasa de nuevo, esta tarde haremos un muñeco de nieve. O un gazpacho.

Protocolo navideño

Día 44, domingo 18 de diciembre de 2016, san Rufo, Bahía Almirantazgo.



Desde que la investigación polar se ha hecho políticamente correcta, y se aplican los protocolos, rige la Ley Seca. Se cuenta que en los buques americanos es implacable; en los españoles somos serios, pero respetuosos con las tradiciones. En el *Sarmiento de Gamboa* se come y cena a diario con agua embotellada, no de glaciar; y solo los domingos, a las 13 h. (no se imaginan ustedes con qué puntualidad) tomamos en amor y compañía un pincho con un vino o una cervecita.

Ignoro, sin embargo, qué protocolo internacional aplican en la base coreana, donde nos agasajaron con una especie de sake delicioso, que ellos bebían en chupitos como agua, y nosotros aún más para agradecer tanta hospitalidad. Desconozco qué bebimos exactamente y qué graduación tenía: puedo enviar al lector interesado fotos de la etiqueta de una botella que nos regalaron. Tampoco sé qué protocolo aplican los búlgaros de Isla Livingston, que destilan su propio aguardiente, rakia o algo parecido al vodka, con patatas y restos vegetales. En la Antártida el que no corre,

vuela; y ni una palabra más sobre el asunto, no vayamos a tener un conflicto diplomático.

Para ser fieles a las tradiciones, el comedor ha amanecido decorado con cintas, bolas de colores y con un belén navideño hecho de tuercas, arandelas, muelles y tornillos, soldados a bordo por un manitas. En cuanto el capitán se descuide, empezamos a cantar villancicos para dar la bienvenida al grupo de seis búlgaros que llevamos hacia su base en Isla Livingston. Salvo que esté prohibido por el protocolo...

Comité de bienvenida

Día 45, lunes 19 de diciembre de 2016, san Sindimio, Isla Livingston.



Su verdadero nombre es Solidaridad. También se conoce como Tierra de Nadie, *Tierra Australis Incógnita*, Continente Austral, e incluso hay quien la denomina Antártida, pero su verdadero nombre es Solidaridad. En todos los órdenes de la vida, nadie es tan listo y tan autosuficiente como para bastarse por sí mismo, y antes o después todos nos necesitamos, aparcando orgullos y soberbias; pero en la Antártida la ayuda mutua es imprescindible para sobrevivir.

Cruzamos fronteras que no existen sin necesidad de pasaportes, conversamos en el idioma común de la buena voluntad; y los países, los barcos, las bases y estaciones científicas y las personas nos ayudamos y socorremos unos a otros de modo natural y espontáneo. Esa apelación a la fraternidad y a los buenos sentimientos que menudea en estas fechas navideñas es aquí el

pan nuestro de cada día. Ayer recibimos a bordo del *Sarmiento de Gamboa* una expedición de seis compañeros búlgaros, que llegaron agotados y ateridos de frío después de un largo viaje y una más larga espera en la playa de Isla Rey Jorge, con viento helado. Recibimos a los búlgaros con abrazos: desde hace años España y Bulgaria comparten la Isla Livingston, donde tienen sendas bases, y las visitas de una a otra son motivo de fiesta y alegría. Tras reponer fuerzas, hubo palmas y rasgueo de guitarras: ellos cantaron a coro sus temas tradicionales y Dimo se atrevió con los Beatles; nosotros correspondimos con canciones de tuna, sevillanas y Serrat. Una noche fraternal para darles la bienvenida y desear una feliz campaña antártica a Nicolay Petkov, Doychim Boyanov, Genoveva Koleva, Nedelcho Hasurbasanov, Dimo Nickolov y Denitsa Apostolova. En la Antártida. Hoy por ti, mañana por mí.

En las fauces del volcán

Día 46, martes 20 de diciembre de 2016, san Filogonio, Isla Decepción, lat. 62° 58 S, 60° 40 W.



Han pasado exactamente treinta años desde que en diciembre de 1986 entré, a bordo del Pescapuerta IV, formando parte de la Primera Expedición Científica Española a la Antártida, en esta inmensa bahía de Isla Decepción, refugio de cazadores de focas y balleneros noruegos, ingleses y argentinos. Como si una larga parábola vital me hiciera regresar al punto de partida, hoy he vuelto a cruzar de nuevo el desfiladero de los Fuelles de Neptuno, que vigilan la entrada al interior de la isla, a bordo de otro buque galaico, también con base en el puerto de Vigo, el Sarmiento de Gamboa, cuya elegancia navegando honra la memoria del ilustre almirante pontevedrés don Pedro Sarmiento.

Pero no hay tiempo para la nostalgia: a bordo se vive la fiebre enloquecida de la apertura de la Base Gabriel de Castilla, otro

navegante no menos ilustre, la base polar encomendada al Ejército de Tierra, en la que durante tres meses trabajarán un centenar de investigadores: océanos, pingüino barbijo, permafrost, meteorología, sísmica, vulcanología....

Sobre todo esta última disciplina, por si acaso: Decepción es una isla volcánica, hueca por dentro, una inmensa chimenea que conecta con los infiernos de magma incandescente de un río de lava, el rift de Bransfield, que atraviesa todo el Estrecho a lo largo de 800 km, discurriendo en paralelo al archipiélago de las Shetland del Sur donde nos encontramos. La entrada en la bahía ha sido elegante, majestuosa, como si el Gamboa jugara a ser una coqueta ballena metálica, contoneándose en presencia de un buque chileno de pasajeros. Caballeros, nos cedieron el paso: solo un barco cabe en el cuello de los Fuelles de Neptuno, protegidos por peligrosas agujas de roca que han provocado más de un naufragio. Un rosario de cadáveres metálicos y amasijos de madera yace en las profundidades.

Precaución extrema. La isla, ya lo hemos dicho, es un volcán, activo, su última erupción entre 1967 y 1970, arrasó las bases chilena y británica. Antes de poner pie en tierra, ha de observarse un serio protocolo: el Sarmiento de Gamboa dio una vuelta entera al perímetro exterior de la isla. El capitán, Pablo Fernández; y el comandante jefe de la base, Daniel Vélez, asistidos por el sismólogo Enrique Carmona, verificaron la primera inspección. A continuación entramos en la bahía, Puerto Foster, y el buque dio una segunda vuelta por el perímetro interior. Luego se botó al agua la zodiac y un grupo de avanzada comprobó en tierra los registros sísmicos, mientras a bordo aguardábamos impacientes el resultado: el protocolo requiere esperar cuatro horas de cuarentena. Luz verde: el semáforo sísmico calmó nuestra ansiedad y se desató el zafarrancho de combate; toda la maquinaria humana y técnica del Gamboa puso en marcha la descarga y barqueo de toneladas de víveres y equipos, mientras los intendentes del Ejército de Tierra encendían generadores, calefacciones, agua, motores, luz, alegría de nuevo en la base, que permanece cerrada desde marzo, durante los nueve meses de

noche austral. Se ha trabajado duro, muy duro, estamos a lo que estamos, con nieve, con frío, con mala mar, con mucho mérito.

Hace diez días, abrió con igual eficacia la Base Juan Carlos I en Isla Livingston, y poco después el Campamento Internacional Byers. Mañana, con toda certeza, en tiempo récord y sin perder un minuto, el comandante Vélez izará la bandera de España en la Base Gabriel de Castilla y echará a andar en Isla Decepción el trabajo de esta XXX Expedición Científica Española a la Antártida, esta Aventura de la Ciencia en la que este año está teniendo un destacado mérito el buque oceanográfico *Sarmiento de Gamboa*, del CSIC, al que a mediados de enero se unirá el BIO *Hespérides* de la Armada. Aquí estaremos para contarlo, en las fauces del volcán, siempre que no se ponga tonto y entre en erupción.

Abre la base Gabriel de Castilla

Día 47, miércoles 21 de diciembre de 2016, Isla Decepción, lat. 62° 58 S, 60° 40 W.



A las 9 h. de hoy, con un sencillo acto para izar la bandera, quedó abierta y plenamente operativa la Base Científica Española Gabriel de Castilla. La jornada amaneció gris y desapacible, puramente antártica, poco acogedora para los equipos que los días anteriores han trabajado veinticuatro horas sobre veinticuatro en la descarga de víveres e instrumental, en la puesta a punto de toda la infraestructura de la base. Pero hacia las 9 h., el sol se abrió paso entre las nubes y gozamos de una mañana primaveral. Aquí es primavera austral, claro, "y los días buenos —comentaba el veterano sismólogo Amós, feliz de empezar ya a trabajar—, los días buenos en Decepción son espectaculares".

Después de visitar la base, el comandante Daniel Vélez formó la breve dotación antártica del Ejército de Tierra, en la plaza que

sirve de acceso a la base española, a diez metros de la línea de playa, ante un monolito de huesos de ballena, donde una placa recuerda al almirante Gabriel de Castilla (1603). Un puñado de soldados animosos, dispuestos a hacer girar las agujas del reloj cósmico a su paso por esta latitud. A su lado, más informales, las investigadoras y los científicos. Todos han venido a bordo del buque *Sarmiento de Gamboa*, que en esta campaña ha tenido a su cargo la apertura de las tres sedes españolas de investigación: la base Juan Carlos I y el Campamento Internacional Byers, en Isla Livingston, abiertos hace una semana; y ahora la base de Isla Decepción.

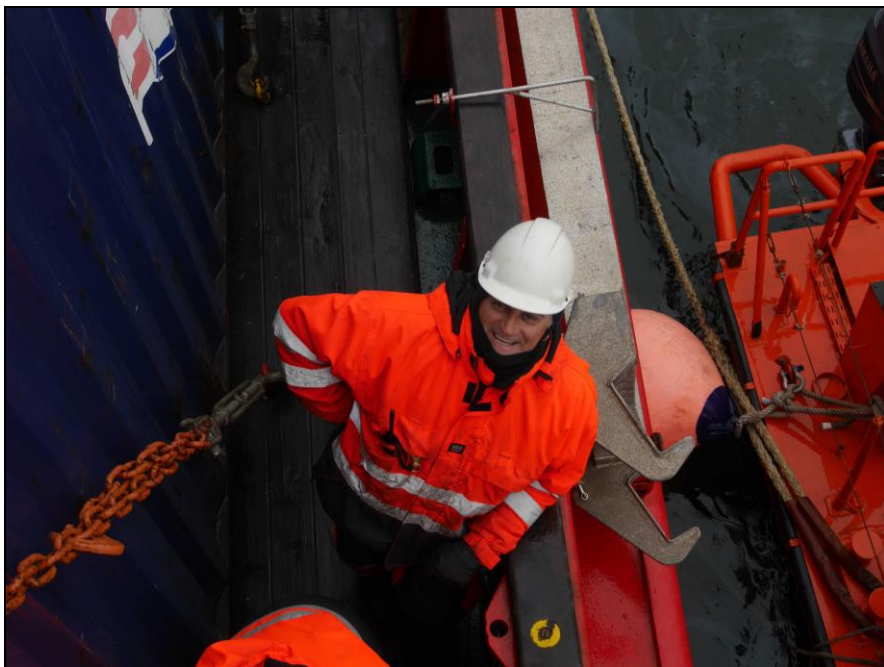
El comandante recibió de manos del capitán Pablo Fernández la bandera regalo del *Sarmiento de Gamboa*, y la entregó al pie del mástil a la investigadora asturiana Susana Fernández, quien, emocionada, izó la bandera de España. Tras un brindis de bienvenida, regresamos al buque para continuar viaje, sin un minuto de demora, rumbo al puerto de Ushuaia, en Tierra del Fuego.

La despedida también fue emotiva: "Ese nudo en la garganta —decía Josabel, alicantina, estudiosa del pingüino barbijo— cuando ves partir el barco y sabes que te quedas aquí pase lo que pase...".

El poeta Antonio Pereira, cuando llegaba a su tierra, El Bierzo, decía "estar en casa, para morir o para lo que haga falta". Pues a eso hemos venido: **en la Antártida estamos en casa, para morir o para lo que haga falta.**

El Contraмаestre

Día 48, jueves 22 de diciembre de 2016, san Queremón, Paso Drake.



Trabajar con una sonrisa, no tiene precio. La imagen capta la mirada risueña del contraмаestre acodado en la borda del Sarmiento de Gamboa. Para valorar el peso específico de esta sonrisa es preciso saber que él y toda la dotación del buque llevaban una intensa jornada de descarga, desde las 4 de la mañana, con temperatura ambiente a 0°, fondeados en la Bahía Foster de Isla Decepción, enfundados en el pesado e incómodo traje de seguridad, estanco en caso de hombre al agua. Comodidad cero.

Horas y horas manejando la grúa, palé viene, rafia va: vituallas, congelados, cajas blindadas con los equipos de sismica y vulcanología. Desde las bodegas y la cubierta hasta la barcaza, y de nuestra *jangada* a la playa de piroplasto (arena volcánica),

donde los soldados de la Base Gabriel de Castilla hacían el proceso inverso para colocar todo en su sitio.

Sin margen de error: en la Antártida un fallo puede ser dramático. Y con una sonrisa: hoy la del contramaestre José Antonio Iglesias Trabazos, gallego de Nigrán, cuyas playas avistaron los marineros de Colón al regreso del primer viaje, antes de recalar en el puerto de Baiona.

En la lotería de la vida, trabajar con una sonrisa es llevar diez décimos del gordo y el reintegro. Para todo lo demás, use su tarjeta de crédito o siga jugando.

Cadena humana

Día 49, viernes 23 de diciembre de 2016, san Asclepio, Paso Drake.



El trabajo a bordo es incesante y no sobra ningún brazo. Aquí estamos en las bodegas del Gamboa, a temperatura pingüino, montando una cadena humana con más de diez eslabones para portear los congelados de la Base Gabriel de Castilla desde las neveras del buque hasta la zodiac. La cadena se inicia en la nevera, donde el cocinero de la base y el engrasador Jaime seleccionan los víveres de la base y los pasan a Luis Ansorena, que se los pasa a Valentín, y este a Rafael, y Rafael a Josabel, y de ahí tres eslabones más hasta el ascensor, y una vez en el hangar, otra cadena de seis personas trabajando al alimón...

Marineros, investigadores, el personal de máquinas, el de cubierta, los oficiales, el cronista: todos a una. He visto estos días al capitán a pie de grúa, coordinando la descarga; al jefe de expedición tirando de traspalé; al veterano científico Miguel Ramos

carretando cajas con los equipos de Permafrost. La cantinela de que nadie es imprescindible no reza en la Antártida: aquí todos somos necesarios; y aunque a veces el cansancio aprieta y casi ahoga, y se escuchan algunas protestas, cuando toca lo que toca, estamos a lo que estamos. La vida de la *working class* en tiempo real, sin pamplinas.

Nochebuena en la Antártida

Día 50, sábado 24 de diciembre de 2016, Nochebuena, Puerto de Ushuaia.



Aquí debiera ir con letra apretada una crónica de la cena de Nochebuena en el buque *Sarmiento de Gamboa*, atracado en el muelle de Ushuaia, al pie de dos cadenas de montañas nevadas: las estribaciones que alimentan el lago Fagnano y el Parque Nacional Tierra de Fuego; y en la otra orilla Isla Navarino, chilena por los caprichos de la diplomacia vaticana. Un paisaje de postal navideña.

Pero guardaré las fotos y las vivencias para el álbum íntimo de los afectos: comimos, bebimos, reímos, cantamos, nos abrazamos. El capitán Pablo Fernández y el coordinador de la UTM del CSIC, Miki Ojeda, agradecieron a todos el duro trabajo realizado durante el último mes en las bases antárticas y brindamos con la satisfacción del deber cumplido. Estos días en Ushuaia son de inflexión en la campaña: puesta a punto para reponer fuerzas y

emprender en enero el segundo periplo antártico. Ya estamos impacientes...

[Foto: web Permasnow]

Meditación navideña

Día 51, domingo 25 de diciembre de 2016, Navidad, Puerto de Ushuaia.



La imagen es elocuente y no precisa mucha explicación. Unos instantes de recogimiento ante el monolito, formado con huesos de ballena, de la Base Gabriel de Castilla, en Isla Decepción. La persona que medita es la investigadora asturiana Susana Fernández, amante y defensora de los animales. Me pidió la foto emocionada: “Quiero que me saques acordándome de mis dos perrillas”, pero os aseguro que no está posando para la cámara porque simplemente en aquel momento me pareció ausente, transportada a su mundo interior.

“De mis soledades voy, a mis soledades vengo —dijo el clásico—, pues para estar conmigo [en la Antártida], me bastan mis pensamientos”. Pocos lugares tan propicios para invitar cada día al

recogimiento y a la meditación: frente al mar, ante la inmensidad de los hielos y glaciares, en las faldas del volcán.

También la Navidad y el Fin de Año, con sus cambios de ciclo, sus encuentros y desencuentros familiares, es tiempo propicio para resetearse emocionalmente y abrir de par en par las puertas de la percepción. Este invierno, aquí abajo verano austral, la vida nos ha regalado las dos circunstancias juntas: la Antártida y la Navidad, resumidas en esta imagen de Susana con sus perrillas.

Galegos na Antártida

Día 52, lunes 26 de diciembre de 2016, santa Abundancia, Ushuaia.



Acaban de poner el pie en tierra antártica por primera vez, en la Isla Livingston, y su primer reflejo ha sido desplegar la bandera de Galicia, tan universal que en la foto se cuelan cuatro nacionalidades. O nueve. Ese mismo día, me acompañaron para desplegar la bandera del Bierzo, y días después en la Base Gabriel de Castilla compartimos respetuosamente el izado de la bandera de España. Vendrán otros grupos de expedicionarios y cada cual traerá sus colores y enseñas, su corazoncito.

Puedo poner todos los sellos en mi pasaporte si son banderas incluyentes, fraternales, como esta que lucen con orgullo los expedicionarios del *Sarmiento de Gamboa*, desde Galicia para el mundo. Las banderas excluyentes no me interesan y mucho menos en la Antártida, el único lugar del planeta sin fronteras ni aduanas.

Sin fronteras la Música, la Ciencia, el Sol y el Viento; médicos y periodistas, niñas futuras científicas, marineros sin fronteras. Lo

reafirmo desde el fin del mundo: el mejor modo de ser gallego, berciano, catalán o español es ser ciudadano universal.

Diciembre 1986: el primer campamento español

Día 53, martes 27 de diciembre de 2016, santa Nicerata, Ushuaia.



En estos días se cumplen 30 años de la primera acampada de un grupo de investigadores españoles en Isla Livingston. Fue en diciembre de 1986: en aquellos días, este cronista surcaba los mares de la Antártida a bordo del *Pescapuerta IV* y del *Nuevo Alcocero* los dos buques vigueses que realizaron la magnífica Campaña 8611, también llamada Primera Expedición Científico—Pesquera Española a la Antártida, dirigida por el biólogo del IEO, Eduardo Balguerías.

En paralelo (y un poco descoordinados), el día de Navidad de 1986 acampó en Isla Livingston, también por vez primera, un reducido grupo de investigadores catalanes: Antonio Ballester, Agustí Juliá, Joan Rovira y Josefina Castellví. “Desembarcamos — cuenta Castellví— con un exiguu equipo de supervivencia que nos permitió recorrer la zona y valorar las posibilidades de instalar una base científica en un futuro”.

La exploración liderada por Ballester y Castellví, con ayuda logística de la base polaca Arcstowski, y la expedición por mar del *Pescapuerta IV* abrieron a España las puertas del Tratado Antártico: en aquel momento era urgente actuar y solo un año

después, nuestro país abrió su primera base en Livingston con un contenedor comprado en Finlandia, transportado por un buque polaco, y nueve expedicionarios. El histórico contenedor, en las fotos, es ahora lugar de peregrinación fotográfica, mientras a su vera albañiles y carpinteros dan los últimos toques a la nueva y flamante Base Juan Carlos I, para finalizar las obras en esta campaña.

Tiempo de inocentadas

Día 54, miércoles 28 de diciembre de 2016, Santos Inocentes, Ushuaia.



Aquí, donde el Sur también existe, no perdonamos ninguna tradición: es tiempo de inocentadas, como la que nos ha gastado la autoridad portuaria de Ushuaia enviando al *Sarmiento de Gamboa* a fondear solo por unas horas. Atracan tantos cruceros en este puerto del fin del mundo que el muelle está saturado, y miles de turistas van y vienen en grandes autobuses. Ayer atracó a nuestra popa el [Crown Princess](#) (951 ft eslora, 3000 pasajeros, un mirador panorámico de 360°, casino, gimnasio, piscinas, cine, espectáculos a bordo...); y a su lado el *Gamboa*, nuestro titán de los hielos, se veía pequeñito. Segundo principio de la termodinámica antártica: las dimensiones son relativas y en la Antártida todos somos más pequeños. O más grandes, según se mire.

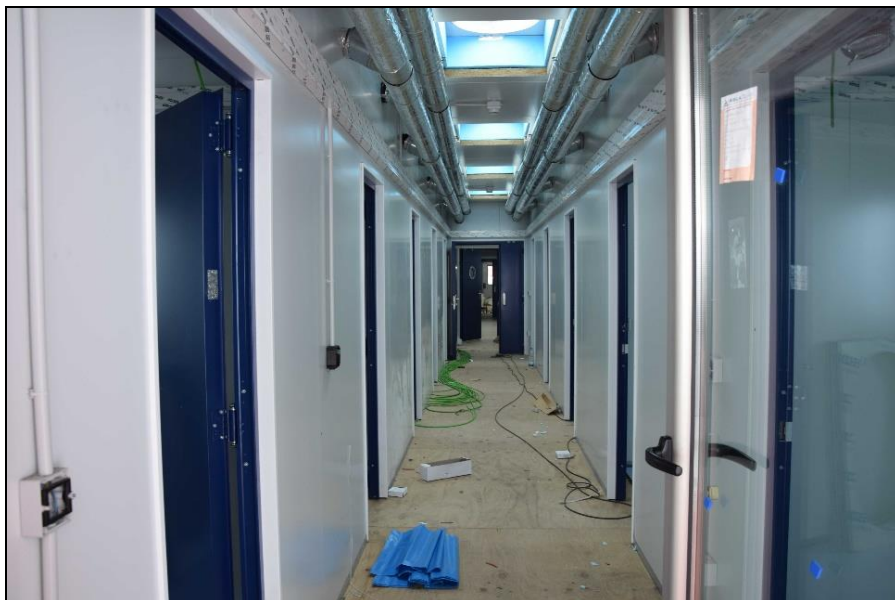
Tiempo de inocentadas: es curioso que se recuerde con bromas y risas una matanza de inocentes que hoy llamaríamos genocidio

infantil. Por lo que respecta a las víctimas bíblicas, nada que celebrar; pero ¿quién se acuerda del origen del cuento? Pelillos a la mar: llevamos toda la mañana colgando pingüinos en la espalda del capitán y de los oficiales de puente. A falta de sexo hay que reírse de uno mismo. A falta de sexo, aquí no se habla de otra cosa, aunque esté prohibido contarlo. Tercer principio de la termodinámica sexual polar: no hablarás. Nos limitamos a hacer inocentadas: a los investigadores del “permasnow” (del sufijo —perma, permanente; y snow, nieve), un espontáneo les ha rotulado las cajas como “espermasnow”.

A falta de sexo navideño, unos estudian las pasiones de un volcán con nombre de bolero, *Decepción*, y otros más morbosos indagan las costumbres sexuales de los pingüinos, esos animalitos divertidos, curiosos, patosos, simpáticos, el ave que más se parece a la especie humana. Su dudosa verticalidad tambaleante, su caminar a saltitos, su frac de Nochevieja, con o sin pajarita barbija, todo invita a considerarlos amigables, bondadosos, infantiles, asexuados, escapados de alguna película de Disney. Ellos son en estas latitudes los verdaderos Santos Inocentes.

La nueva base Juan Carlos I

Día 55, jueves 29 de diciembre de 2016, san Trófito, Puerto de Ushuaia.



Estos días se cumplen treinta años de los primeros pasos de España en la Antártida, si no contamos, por siglos, las navegaciones del almirante [Gabriel de Castilla](#), que en 1603 “vio arrastrados sus barcos, *Ciervo Volante* y *Buena Nueva*, por los vientos y corrientes marinas, desde las proximidades del cabo de Hornos hacia el desconocido y helado extremo sur del planeta —escribe el almirante Rebollo, Jefe de Estado Mayor de la Armada—, habiendo sido, con su piloto Hernando Lamero, los primeros en avistar los helados acantilados de las Shetland”.

En esos mismos acantilados, cuatro siglos después de avistarlos quien da nombre a la Base Gabriel de Castilla, estableció España su primera base, escogiendo una cala abrigada de Isla Livingston, donde desde hace diez años —aquí las tareas son lentas, complejas y laboriosas— se construye la nueva base española Juan Carlos I. Todo indica que la construcción, muy avanzada, como puede verse en las fotos, acabará este año y la nueva base estará plenamente

operativa en la próxima campaña 2017–18. Es justo aplaudir el esfuerzo de los obreros catalanes, valencianos y ucranianos que, al mando del jefe de obra, David García, se afanan por acabar la base y pasarán aquí la Nochevieja cortando paneles y apretando tornillos.

Florece una rosa en la Antártida

Día 56, viernes 30 de diciembre de 2016, san Exuperancio, Ushuaia.



¡Larga vida a la tripulación del *Sarmiento de Gamboa*! Ya van camino de sus casas, y ya empezamos a echar de menos las bromas y sonrisas, también el apoyo y solidaridad con que me ha obsequiado toda la dotación que zarpó del puerto de Vigo el 5 de noviembre para cubrir la primera fase de la campaña. En cuanto se complete el relevo y lleguen, también por vía aérea, los investigadores, zarparemos con el nuevo año, con una nueva tripulación al mando de la capitana María Campos Ramos, rumbo a los mares de la Antártida.

Mientras, el buque cabecea perezosamente atracado al muelle de Ushuaia, regalándonos las últimas cervezas Beagle, paseos por el Parque Tierra de Fuego, y una nostalgia encendida de rosas, como esta Rosiña pícara, que ayer sonreía a bordo y mañana brindará por el año 2017 frente a la ría de Esteiro.

La cápsula del tiempo

Día 57, sábado 31 de diciembre de 2016, Nochevieja, Puerto de Ushuaia.



En la ciudad de Ushuaia, el fin del mundo, hay un sencillo monolito que guarda “La Cápsula del Tiempo PHILCO”, enterrada en 1992. Un receptáculo de acero conserva seis discos de vídeo láser con series de TV y miles de mensajes que los argentinos grabaron para que sean leídos y vistos dentro de 500 años, en 2492. La obsesión de la humanidad con el tiempo es remota: como seres hechos a imagen y semejanza divina, según la Biblia, aspiramos también a la inmortalidad; y luego nos vamos dando cuenta, al llegar a la edad

de Loquillo, de que la vida va en serio, y es un camino de dirección única, decía Agatha Christie.

Camino de Ushuaia, navegando en el *Beagle* por el Atlántico, en 1834, Darwin descubrió la relatividad de la Creación y comprendió por vez primera que el mundo no pudo ser fabricado en seis días, “y al séptimo, descansó”. Su razonamiento desafía la lógica del Génesis: “Roma fue fundada hace dos mil quinientos años, y sabemos que el Vesubio y el Etna han crecido unos 50 pies de cenizas desde la erupción de Pompeya. Es decir, 50 pies en dos mil años. A ese ritmo, ¿cuánto tardaría en crearse una montaña como el Teide?”. Su interlocutor responde: “¡Cuatrocientos ochenta mil años!”.

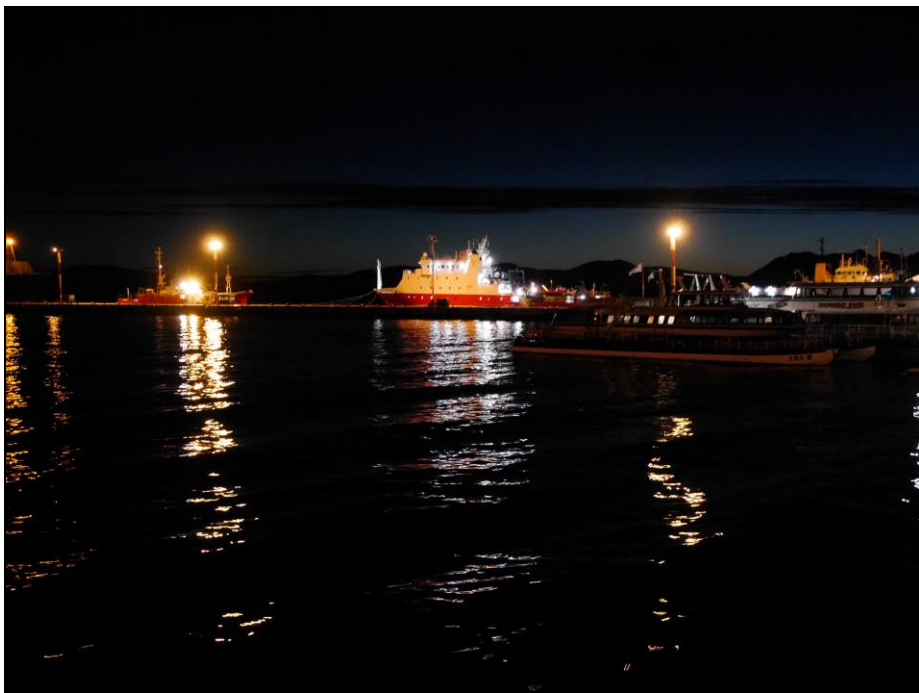
Tiempo cósmico, fuera de nuestro alcance, como el de la Antártida, donde he visto laureles y coníferas fósiles con 54 millones de años de antigüedad. Nuestra vivaracha especie desafía cada fin de año el paso inexorable del tiempo: en las calles de Montparnasse he visto en Nochevieja una manifestación contra el paso del tiempo, vestidos de trogloditas o relojeros. Traperos del tiempo, como Phileas Fogg, usurero de los minutos, que equivoca el día, como el Conejo Blanco de *Alicia en el país de las maravillas*.

Aspiramos a comprender el cambio climático, escuchamos el tic—tac de los glaciares, tomamos el pulso a las placas tectónicas, escribimos relatos como el magistral comic [*La invención de Hugo Cabret*](#) de Brian Selznick, inventamos máquinas del tiempo para “regresar al futuro”, enterramos cápsulas, celebramos cada Nochevieja el cambio de año, o de milenio, y enterramos, ¡ilusos!, cápsulas del tiempo para apenas 500 años... Somos relojes derretidos de Dalí, medimos por minutos, horas, décadas, siglos, lo que la verdadera Cápsula del Tiempo, la Antártida, mide en millones de años.

¡Feliz 2017!

¡¡A por el nuevo año!!

Día 58, domingo 1 de enero de 2017, Año Nuevo, Ushuaia.



Una increíble dulzura envuelve el puerto de Ushuaia en este primer amanecer de 2017. La ciudad duerme y todo está en calma: el viento, los barcos, las calles, las personas; también mi cabecita está en paz con el mundo. Es el mejor momento del día para pensar, escribir, pasear, escuchar.

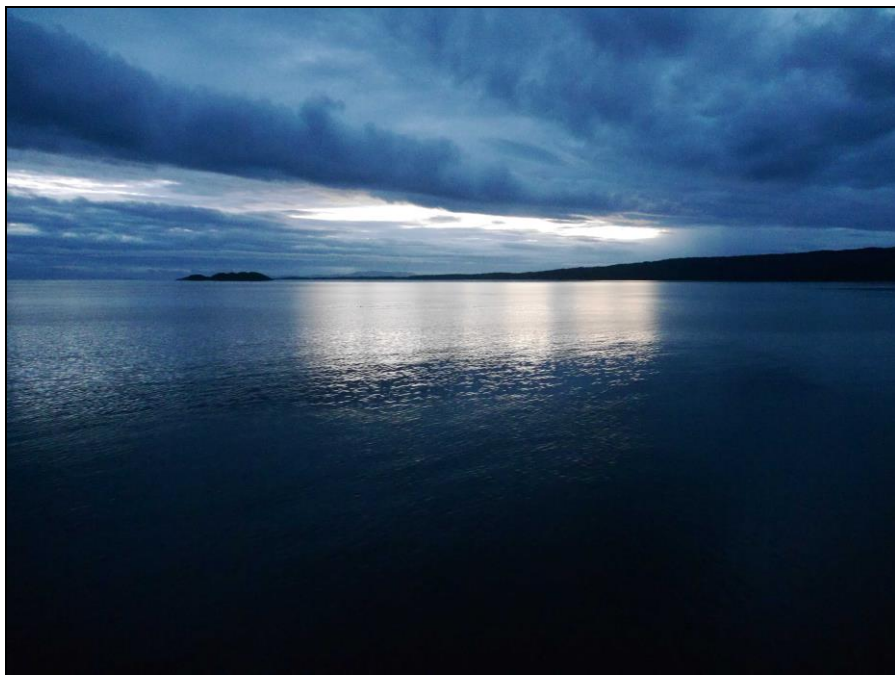
Escucho en silencio el eco de los afectos. Anoche fueron muchas las emociones, los queridos y queridas que habéis compartido un deseo de felicidad, una broma en video, un abrazo, un recuerdo, tal vez un beso...

Mi sentimiento es recíproco y solidario, en especial con quienes en privado me han compartido algún dolor o tristeza. Quisiera enviaros a todos un rayo de esta inmensa energía cósmica que cada amanecer me regala el mar, el cielo, la Antártida, la Naturaleza.

Vamos a bebernos juntos 2017, y los que vengan, sin perder un segundo en cosas tóxicas. ¡¡A por el nuevo año!!

Beagle Azul: sin filtros

Día 59, lunes 2 de enero de 2017, san Basilio, Canal Beagle.



Esta imagen necesita pocas palabras: es el regalo de despedida del Canal Beagle, en la Patagonia. Así nos despidió Tierra del Fuego: sin filtros.

Y así me gustaría contaros el resto del viaje: sin filtros. Del verdadero viaje que empieza ahora, una vez finalizada la fase primera de apertura de las bases. El *Sarmiento de Gamboa* navega de nuevo por el Paso Drake hacia el Campamento Internacional Byers en Isla Livingston. Quedan atrás dos meses de intenso trabajo y vivencias, una feliz estancia en Punta Arenas (Chile) y otra no menos feliz en Ushuaia (Argentina), un rosario de personas inolvidables. Mar, Naturaleza, Antártida: directo al corazón, sin filtros.

Dos meses por los mares del Sur

Día 60, martes 3 de enero de 2017, san Zósimo. Paso Drake.



Dos meses de navegación, cincuenta singladuras y diez días en los puertos de Punta Arenas y Ushuaia. Ocho mil millas navegadas por esta geografía intensa: Estrecho de Magallanes y Canal Beagle, Isla Livingston, Campamento Byers, Isla Decepción, Isla Rey Jorge, Mar de Bransfield y Paso Drake. Un diario a bordo que ya suma sesenta crónicas, dos docenas de reportajes, otros tantos en radio y TV, y miles de fotos (clic, botón derecho: 3925 para ser exactos). Este es solo el balance de superficie.

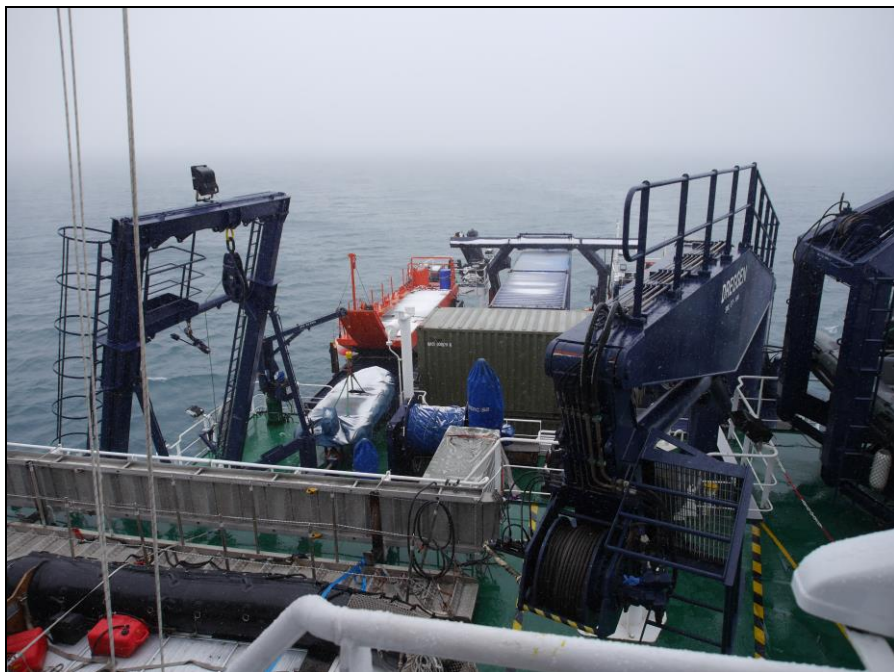
En el fondo, miles de sonrisas y abrazos con personas hasta ahora desconocidas, regalos que la vida va poniéndome en el camino. Muchas cosas nuevas aprendidas, y la sensación de lo mucho que siempre nos queda por aprender. En la retina, icebergs,

ballenas, focas, pingüinos, incansables petreles, dameros y albatros.

Estos dos meses han sido solo un entrenamiento, la primera fase: acompañar la apertura de las bases Juan Carlos I, Byers y Gabriel de Castilla, ya a pleno pulmón. Mañana habrá un giro dramático en los acontecimientos: dejo con nostalgia el buque *Sarmiento de Gamboa* y me voy a convivir un tiempo con los militares del Ejército de Tierra y los científicos que operan en la Base Gabriel de Castilla, en Isla Decepción. En el corazón del volcán. ¿Me acompañan?

RESPECT!

Día 61, miércoles 4 de enero de 2017. Isla Decepción



Después de dos meses a bordo, me despido del buque *Sarmiento de Gamboa* y de sus dos tripulaciones entrañables con inmensa gratitud y cargado de recuerdos imborrables.

Ha sido un lujo y un honor formar parte de vuestro equipo, de la gran familia del *Sarmiento*.

¡Larga vida y buena mar al *Sarmiento de Gamboa* y a su tripulación!

Arte en el corazón del volcán

Día 61, miércoles 4 de enero de 2017, san Trifón. Paso Drake.



La explotación de la Antártida comenzó con el siglo XIX, la época de las grandes navegaciones polares. En 1800, el cazador de focas Edmund Fanning, a bordo del *Aspasia*, aseguró haber conseguido 57.000 pieles de foca. A su vez, en 1825, el navegante James Weddell, que dio su nombre al Mar de Weddell, calculó que en aquellos veinticinco primeros años de explotación masiva de Orcadas y Georgia, los cazadores de focas habían cobrado 1.200.000 piezas y 20.000 toneladas de aceite de elefante marino.

En Rey Jorge los focueros y balleneros llevaron la población de cetáceos al exterminio. Y otro tanto ocurrió en Isla Decepción, principal factoría de balleneros noruegos y rusos, por cuyo desfiladero, los Fuelles de Neptuno, acaba de entrar hoy el buque

Sarmiento de Gamboa para traer suministros y relevos a la base Gabriel de Castilla.

Contemplando la vieja factoría ballenera de Decepción, pienso que, si la caza de ballenas o de focas volviera a estar permitida, en pocos años, menos aún que en 1825, volverían al exterminio. Por fortuna, la Antártida es hoy casi el único lugar en el Planeta sin caza ni pesca ni comercio, ni abusos ecológicos. Solo capturamos muestras, testigos, datos, fotos, como este instante de belleza mineral, congelado en los Fuelles de Neptuno.

Aviso por cambio de domicilio

Día 62, jueves 5 de enero de 2017, san Onulfo. Isla Decepción.



Comunicamos a todos los fans y seguidoras de #HorizonteAntártida que hemos trasladado nuestro domicilio social a: Iglú, nº 2, Avda. de España, Isla Decepción, Shetland del Sur. Código postal: 060117, La Antártida.

Aunque os parezca sorprendente, los Reyes Majos lo han encontrado.

Escuchando el latido del volcán

Día 62, viernes 6 de enero de 2017, san Melanio. Isla Decepción.



De los distintos lugares que vamos conociendo en este viaje a la Antártida (Estrecho de Magallanes, Canal Beagle, Lago Esmeralda, Bahía Lapataia, Paso Drake, Isla Rey Jorge, Isla Livingston, incluida su península Byers, “un sitio muy especial”), la redonda [Isla Decepción](#) lleva la palma.

Quien la escogió por razones científicas, para establecer aquí la Base Gabriel de Castilla, acertó de pleno, pues Decepción es una fuente inagotable de conocimiento sísmico, volcánico, geodésico... Bien saben los lectores y lectoras de #HorizonteAntártida, aún sin haber estado nunca aquí, que toda la Antártida es pródiga en lugares mágicos, indescritibles; pero Decepción, sin ser tan espectacular ni tan fotogénica como otros parajes, encierra en sí misma tesoros que la convierten en un perfecto laboratorio, una Islandia a escala 1:458. El laboratorio austral donde interactúan un volcán, cientos de fumarolas, lenguas de glaciación, lagos interiores, temperaturas que oscilan de los -20° a los 20° , o a los más de 1000° del magma que fluye bajo nuestros pies. Una extraña mezcla

de atractivo y riesgo, guarida de piratas, cala de fogueros y balleneros, ahora visita obligada de los cruceros turísticos que llegan cada día desde el continente.

La isla me regaló hoy una visita a la [Base Argentina](#), fundada en 1948, en compañía de la asturiana Susana Fernández y de los compañeros del *Sarmiento de Gamboa*. Desde que llegué vivo en un carrusel de sensaciones: la jornada amaneció con una intensa nevada; a media mañana el suelo caliente, volcánico, había derretido la nieve; al mediodía nos acarició un sol tropical: los más valientes hicieron deporte y se dieron un chapuzón; la atmósfera luminosa nos dejó ver Livingston y luego asomó la naricilla la luna creciente, que aquí no es mentirosa pues se ve del revés, hemisferio sur; y al atardecer volvió a nevar. No les cuento la noche entre pingüinos.

El cono del volcán tiene forma de herradura, a cuyo interior, la Bahía Foster, se accede por un estrecho desfiladero, los Fuelles de Neptuno. Es una isla coqueta, que se sabe admirada y, a un tiempo, temida y respetada. De vez en cuando, la última vez en 1970, dicen que ya va tocando..., coge una rabieta magmática y entra en erupción. Los sensores de nuestros sismólogos registran sus pulsaciones, escuchan con atención el latido de la isla, la respiración contenida del volcán. El sueño de todo vulcanólogo sería verlo entrar en erupción y, sin que haya desgracia alguna, el sueño de este cronista sería contarle en directo. Con esa mezcla de anhelo y temor, duermo cada noche en el regazo del volcán.

[Datos e infografía, cortesía del [Laboratorio de Astronomía, Geodesia y Cartografía, Universidad de Cádiz](#)].

Pote antártico

Día 64, sábado 7 de enero de 2017, san Crispín. Isla Decepción.



Ponemos en la olla agua de iceberg abundante. Le quitamos aburrimiento y mal rollo. Le ponemos entusiasmo. Le quitamos los tópicos rancios sobre el ejército. Le ponemos soldados del siglo XXI. Le bajamos la temperatura de fusión a punto de nieve. Vamos echando a la marmita un comandante de Zaragoza, un legionario de Melide que toca la gaita, otro mañico casado en El Bierzo, varios madrileños errantes, un médico primo de Astérix, un informático asturiano, un veterinario que come por dos. Removemos todo con el brazo metálico de la manitú. Dejamos cocer a temperatura natural, 0°, en la caldera volcánica de Isla Decepción. Le quitamos tristezas y desánimo. Reciclamos todos los residuos. Incineramos ausencias y nostalgias en la chimenea del volcán.

A medida que cuaja el pote, le vamos añadiendo pasión por la Ciencia y la Naturaleza; de vez en cuando, escaldamos algún científico: un par de sismólogos granaíños, vulcanólogos gaditanos, pingüinólogos estofados con mate. Ponemos tres investigadoras a remojo y reservamos para la salsa.

Salpimentamos con polvo de piroclasto y añadimos una reducción de alioli con ADN de barbijo; dejamos reposar mientras dormimos la siesta. Agitamos todo el cóctel con un par de remos de la zodiac y la ayuda del equipo de élite *Cobra*; ponemos al periodista al baño maría en una fumarola. Dejamos que el guiso se haga suavemente, con cariño de abuela.

Para servirlo necesitaremos a dos hombretones con barba y mandil, *las marías*, una mesa compartida codo con codo, y una paella de cincuenta kilómetros de diámetro a la que vamos a llamar Isla Decepción. Sacamos a las investigadoras que habíamos dejado en remojo y las ponemos sobre el guiso, con delicadeza de hojaldre, y en medio plantamos al Excelentísimo Señor Presidente de la FAFI, federación internacional de fútbol antártico. Espolvoreamos azúcar de ventisca y unas lágrimas de felicidad caramelizadas.

No lo encontrarán en Maxim's ni en ningún hotel de lujo: es, sencillamente, el menú del día de la Base Gabriel de Castilla. Es adictivo. Si lo prueban, querrán repetir.

Balompié en La Bombonera

Día 65, domingo 8 de enero de 2017, san Teófilo. Isla Decepción.



El Piroclasto Stadium de Isla Decepción, también conocido como *La Bombonera de la Antártida*, acogió hoy la final intercontinental de fútbol antártico, disputada entre las selecciones nacionales de Argentina y España, los dos países finalistas, tras eliminar al resto de selecciones de las Islas Shetland por incomparecencia del contrario.

Por la selección española, saltó al césped del Piroclasto, un heterogéneo conjunto de ronaldos, vistiendo camisolas de variados colores, todos ellos especialistas en retener el balón entre los pies sin pasarlo. Por la escuadra albiceleste, ingresó a la cancha un tropel de clones de Messi, capaces de mover el esférico al primer toque, viste.

El Stadium, cercano a la línea de playa, ubicado en el incomparable marco de la Bahía Foster, al pie de hermosos glaciares, presentaba una ligera inclinación favorable al equipo local. En la segunda parte, al cambiar de campo los equipos, la cancha también cambió de inclinación, favoreciendo de nuevo a la escuadra local. Los geólogos españoles investigan el curioso fenómeno sísmico y su relación con la actividad volcánica en la isla.

El momento más emocionante se vivió cuando *el Pelusa* de Salta bombeó la bola y la parábola quebró la cintura de Beni, el elegante arquero rojigualdo. Tras la estirada, el granaíno tuvo que ser atendido por *el Brujo*. La alegría duró poco entre la hinchada argentina, pues el equipo visitante estrelló siete trallazos consecutivos contra los palos. Sin duda, fue un resultado honroso, digno del asado, preparado a la brasa por el gallego Federico, compartido luego por los jugadores y sus animosas hinchadas.

Sembrando semillas a 12.666 km

Día 66, lunes 9 de enero de 2017, santa Basilisa. Isla Decepción.



Cada día tiene su afán, y en la Antártida, más. Cada uno tiene el suyo; al atardecer nos reunimos todos en la casa común de la [Base Gabriel de Castilla](#), en Isla Decepción, y se organizan las tareas: unos a construir cimientos para el nuevo almacén, otros a poner GPS a los pingüinos, este a reparar un generador, aquel a volcar los datos de un sismógrafo. Nadie está ocioso, somos una colmena de abejas laboriosas, atareadas, divertidas. Disfrutamos trabajando, y eso se nota.

Mi afán de hoy, compartido con el comandante Daniel Vélez y la bióloga Josabel Belliure, fue la videoconferencia con el [Colegio san Ignacio de Ponferrada](#), mi ciudad natal; hasta allí llegó por las ondas la voz entrecortada del teléfono, pero una intensa nevada en el momento oportuno se encargó de impedir que llegara la señal de video. Aun así, la buena disposición de profesores y alumnos al otro lado del hilo, hizo posible celebrar una videoconferencia sin video. Los chicos y chicas de san Ignacio

mantuvieron la atención, preguntaron, nos acompañaron en nuestro viaje. Ayudaron los buenos oficios de Beatriz Escudero, y Herminio, y Javier, de [Pharmadus](#), la firma berciana que patrocina este blog, #HorizonteAntártida, cuyas infusiones me ayudan a entrar en calor y me reconfortan cuando regresamos del glaciar.

Cada día tiene su afán, y el nuestro hoy es sembrar semillas de futuros investigadores y científicas entre los jóvenes de Ponferrada, y de toda España, pues el Ejército de Tierra se emplea a fondo en esta labor de difusión en colegios e institutos, en dar a conocer nuestro trabajo aquí en la Antártida. Hacer las cosas está bien, pero que la sociedad, nuestra sociedad, sea capaz de entenderlo y valorarlo, está aún mejor. Estamos muy necesitados de sensibilidad social hacia la Ciencia y la Educación: no toda la culpa es del Gobierno de turno, si nosotros mismos gastamos más dinero en fútbol que en libros, por ejemplo; si la sociedad no se planta y no multiplica por dos los presupuestos de educación e investigación: los del Estado y los de cada comunidad, ayuntamiento o familia. Desde la Antártida, aportamos hoy nuestro granito de arena a esa tarea colectiva, sembrando semillas a trece mil kilómetros de distancia. De cabeza a cabeza, de corazón a corazón.

Punto limpio

Día 67, martes 10 de enero de 2017, san Patronio. Isla Decepción.



Los protocolos que desarrollan el Tratado Antártico son muy estrictos en materia de política medioambiental [en vigor el *Protocolo de Madrid*, 1991]. Esa “conciencia internacional” que representa el Tratado pretende conseguir que la actividad humana en la Antártida produzca el impacto mínimo. Esto significa una práctica estricta de reciclaje, eliminación de residuos y basuras, y vigilancia medioambiental, sujeta a auditorías internacionales de terceros países.

Las bases españolas son abanderadas de estas buenas prácticas, que, más allá de ser imprescindibles en la Antártida, tampoco nos vendrían mal en los montes, ríos, mares, pueblos y ciudades de nuestra ibérica península, y en todos los rincones del planeta. El objetivo es Contaminación Cero.

La Base Gabriel de Castilla, en Isla Decepción, donde me encuentro, tiene acreditada su calidad medioambiental desde 2010 [norma ISO 14001, certificada por AENOR], gracias a la conciencia ecológica de toda la dotación, desde el primero al último de los soldados del Ejército de Tierra, de los científicos e investigadoras que permanecen aquí largas estancias; y gracias a la preocupación

constante del comandante Daniel Vélez y del responsable medioambiental, el teniente J. C. S. L., veterinario, el más joven de los expedicionarios [sígalo en Twitter: [@S_dLucas](#)].

El proceso se inició meses atrás, con un estudio de impacto medioambiental, que incluyó una propuesta del joven veterinario para construir un Punto Limpio, aprobado por el Comité Polar Español y construido en tiempo record por los manitas de la base, al comienzo de esta campaña. Las buenas prácticas, sin embargo, empiezan por acarrear a la Antártida la mínima cantidad de bolsas, papeles, aceites, pilas o todo lo que pueda dejar huella. Nadie usa aquí su champú favorito, sino el facilitado por la base, testado ecológicamente. No se tira el agua, ni la comida; en las salidas a la pingüinera, o a los puntos de observación, las urgencias mayores y menores se recogen en bolsas para su tratamiento en el Punto Limpio.

Todos los días se controla la calidad de las aguas que se envían depuradas a la bahía Foster, tras pasar por una fosa séptica con degradación microbiana. Detectores de gases miden todas las emisiones a la atmósfera, ya sea del grupo electrógeno, chimeneas, máquinas o calderas. También se controla y evalúa el consumo de recursos (agua, combustible) y la eventual contaminación del suelo por hidrocarburos. En definitiva, hay en toda la base una alta sensibilidad medioambiental, una conciencia ecológica responsable, modélica, que debiera ser imitada por los ciudadanos y las autoridades de otros puntos del planeta.

No se trata solo de que en la Base Gabriel de Castilla tengamos un nuevo y flamante Punto Limpio: queremos que toda la Isla Decepción, la Antártida entera, sea un punto limpio. Y si tomamos buena nota y nos empeñamos de una vez por todas, mi pueblo y el suyo, y el de todos.

El rostro humano de la Expedición

Día 68, miércoles 11 de enero de 2017, san Salvio. Isla Decepción.



El sismólogo *granaíno* Enrique Carmona nos recordaba ayer —en las breves charlas, de alto valor informativo y didáctico, que los investigadores nos imparten cada atardecer, antes de la cena— una consigna clásica de la Antártida: “Para la dirección científica, dadme a Scott; para un viaje rápido, a Amundsen; para una situación desesperada en el hielo, arrodíllate y reza para tener a tu lado a Shackleton”. La cita es de Raymond Priestley, uno de los hombres de Shack, con quien también viajaba el retratista de la expedición, **el gran fotógrafo Frank Hurley**. En la Base Gabriel de Castilla hay un libro fantástico con todas las fotografías de Hurley, que no me canso de admirar, en especial sus retratos: el rostro humano de la Antártida. “Para la guerra, Bob Capa; para el fotoperiodismo, Sebastião Salgado; para la Antártida, dadme a Frank Hurley”.

Sus fotos de 1914–16 han envejecido como genuinas obras de arte: el final heroico del *Endurance* les confiere una dimensión histórica. Inspirados en los hombres de Shackleton, desde el

respeto y las distancias, iniciamos hoy en este blog una sección colectiva, [RETRATOS](#), el rostro humano de la XXX Expedición Científica Española a la Antártida. Una sección colectiva en todos los sentidos, porque las fotos serán contribuciones espontáneas de unos y otras: cada uno con su cámara, por modesto o torpe que sea, puede conseguir un instante mágico en el rostro de un compañero, una mirada, un gesto imborrable. Un recuerdo digno de figurar en este rostro colectivo: nuestro mosaico polar.

Al final de la campaña, serán casi doscientos retratos: son las personas quienes están delante y detrás de esta inmensa obra humana que es la Aventura de la Ciencia en la Antártida.

Rimor: donde lo pequeño es hermoso

Día 70, viernes 13 de enero de 2017, san Potito. Isla Decepción.



Me siento ciudadano del mundo, cosmopolita, viajero universal; pero no podría ser quien soy sin tener firmes las raíces en mi patria y en mi patria. Hace algunos días, coloqué en Isla Rey Jorge una flecha con la distancia a Bembibre, la villa de mi padre Tomás; y hoy, que la Isla Decepción ha amanecido bajo una intensa nevada, he querido dejar aquí, en el corazón del volcán, el recuerdo de mi patria: Rimor, donde lo pequeño es hermoso.

Rimor —que pertenece al municipio de Ponferrada, donde nació—, es un pueblecito mínimo, escondido entre montañas, fértil, espléndido: las mejores cerezas del mundo, sin exagerar. Es el pueblo de mi madre, Hortensia Carrera Fierro, y de mis abuelos María Fierro y Valentín Carrera, a quien no tuve la suerte de conocer, pero cuyo nombre llevo por la vida con orgullo. Con la abuela María viví las temporadas más felices de mi infancia: si de

alguna parte me siento, mis paisanos saben que soy de Rimor, que hoy, a 12.661 km de distancia, siento más cerca que nunca.

En Rimor he arado las viñas con Zalo, he repartido el pan en mula por los pueblos de Ozuela y Valdecañada, acompañando a Tere; he escuchado la ronda de las mujeres en el horno de Aurora, he vendimiado con mi tío Pepín, he subido a todos los cerezos del pueblo y bajado con cagalera, he bebido en la Fuente del Sapo, he regado el huerto del Moreo, he comido la rosca de san Jorge y he cantado con la ronda en las bodeguinas, he bailado en la Glorieta. He sido el niño más feliz del mundo, y creedme que no es fácil decirlo desde esta bahía volcánica, donde las lágrimas y las risas se mezclan con los abrazos y el afecto de este puñado de soldados y científicos que me han adoptado como uno más de la familia. Posiblemente, porque saben que soy de Rimor...

Y no soy el único aquí: me ayudó a colocar el indicador el brigada David Salvador Alcázar, zaragozano que tiene la suerte de estar casado con una chica de Ponferrada, Isabel Pacios, con parientes en Rimor, José Sobrín Pacios. De modo que ahí estamos los dos rimoriegos, atornillando el cartel de la matría con orgullo. Si alguien del pueblo lee esto, por favor, decidle a Zalo que me mande un par de tarros de cerezas en aguardiente y una rosca de Tita, que lo estoy pasando muy mal. La dirección es fácil: Isla Decepción, avenida del Cristo, km. 12.661, La Antártida. Que pregunten por el de Rimor.

Las marías

Día 71, sábado 14 de enero de 2017, santa Macrina. Isla Decepción.



En la Alameda de Compostela hay una sencilla estatua que recuerda a *Las Marías*, dos mujeres víctimas del odio durante la posguerra. Conocí a Maruxa y Corelia, ya viejecitas, paseando por la calle del Franco, vestidas de colores llamativos y muy pintadas. Los turistas se hacen *selfies* con ellas, sin saber que su memoria contiene una carga de profundidad inmensa: lo que en tiempos era despectivo, llamarles “las Marías”, hoy es un símbolo de la dignidad femenina.

En la misma alameda, a pocos metros de *Las Marías*, está el Instituto Rosalía de Castro, en otro tiempo femenino, hoy mixto, con cuyos estudiantes conversamos ayer en una [videoconferencia desde la Antártida](#), organizada allí por la profesora Elena Gálkina, la alumna Alicia Carrera y el director Ubaldo Rueda; y en Isla Decepción por la misión antártica del Ejército de Tierra, al mando

del comandante Daniel Vélez. Una de las alumnas me preguntó directamente cuál es el papel de las mujeres y cómo se vive la igualdad en las bases científicas. Hablemos, pues, de igualdad.

El lenguaje nunca es inocente, y sabe ser irónico: hablemos de nuestras “*marías*”. Aunque alguien pueda sorprenderse, la igualdad en la Base Gabriel de Castilla, desde la que escribo, no es un trámite políticamente correcto, sino una práctica real, que se vive con naturalidad. No he escuchado, ni a soldados ni a científicos, un solo chiste o comentario machista; y las compañeras de viaje, Josabel, Mirencu, Susana, Karim, pueden certificarlo.

Las bases antárticas no son un hotel de lujo (aquí el lujo es la Naturaleza, el paisaje, la amistad, la convivencia): nosotros mismos, todos y todas, somos el servicio de habitaciones, limpieza y comedor, que se hace cada día por turno, de dos en dos: son “*las marías*”. Da igual que seas chico o chica, no importa tu rango o destino: las marías suelen ser dos tipos barbudos con mandil, haciendo labores domésticas, sirviendo a la colectividad.

Hoy me ha tocado *maría*, a pachas con el reputado pingüinólogo Andrés Barbosa, especialista internacional que hoy no fue a la pingüinera: el trabajo de *maría* es a jornada completa. Empezamos a las siete de la mañana, preparando el desayuno para los treinta expedicionarios; luego hay que aspirar y fregar las zonas comunes (módulo de vida, pasillos, cocina), hacer los baños y las duchas, por donde pasamos los treinta varias veces al día, reponer papel, bolsas; poner un par de lavadoras, lo habitual. A las 14 h., poner la mesa, con su aperitivo de aceitunas o canapés; por supuesto, *las marías* sirven la mesa, recogen los platos, ponen doce veces el lavavajillas y dejan la cocina como una patena. A la tarde, otra vez el mismo cantar: servir la cena, fregar y limpiar; y, cuando pensé que habíamos acabado, nos quedaba aún sacar cinco enormes bolsas de basura, clasificada, llevarla al punto limpio; y reponer existencias: leche, zumos, agua. Son las 24 h cuando escribo: hemos acabado el turno; mañana les tocará a otros dos, entre ellos al comandante, el primero dando ejemplo.

Esto es lo que quiero contar a la alumna del IES Rosalía, y a todos sus compañeros: la práctica de la igualdad en la Base Gabriel de Castilla es modélica, y más de uno y una tendrían que pasar por

aquí para tomar nota. Supongo que el camino no ha sido fácil, y tiene que ver con el tesón de las primeras mujeres científicas, marineras o soldados que fueron pioneras, y han conseguido ser respetadas, tratadas de igual a igual para tirar de la zodiac, para saltar a la banquisa o para barrer la cocina.

Pocos días antes de abandonar la presidencia de USA, Barak Obama y su familia hicieron de *marías*: se pusieron mandil y guantes, y sirvieron la comida a todos los empleados de la Casa Blanca, sirviendo a quienes les habían servido durante ocho años. Con normalidad, que de eso se trata, queridas alumnas y alumnos del IES Rosalía de Castro, y de todo el país: de practicar la igualdad en vuestras casas, aulas, pandillas, con la misma naturalidad y respeto mutuo con que lo hacemos en este rincón de la Antártida.

TARANTAR

Día 73, lunes 16 de enero de 2017, san Acursio. Isla Decepción.

[illegible]

TARANTAR (de Tarado Antártico, no confundir con Tratado Antártico): Ranking de pavadas, olvidos, errores, herratas, pequeñas equivocaciones, mínimos despistes y todo tipo de pendejadas en las que incurre el personal de la Base Gabriel de Castilla. Hay un responsable máximo del Tarantar, autoridad conferida este año al decano del tarantartismo, Enrique Carmona. Todos somos vigilantes del Tarantar, y Enrique lleva la cuenta, fijada en un cuadro en el tablón de anuncios, donde adjudica los *points*, a ojo de buen cubero.

Confundir Caleta Péndulo con Bahía Teléfono, siete points. Meterse en la cama con el viking, 300 points. Decir “talantart”, con “l”, cinco points, como los que le cayeron ayer al Comandante, y otros diez points por dejar los gayumbos olvidados en la ducha. Aquí no se libra nadie: Paco derramó el último vaso de vino, 25 tarantares. En estos momentos lidera el ranking el niño Torres, en dura competición con la pingüin Josabel. El menos penalizado es Beni: como apenas habla, apenas se equivoca.

DESPEDIDAS: Beni y Enrique [los sismólogos de la Universidad de Granada, José Benito Martín Martínez y Enrique Carmona] se despiden hoy de la campaña entre lágrimas y abrazos de todos. Los vamos a echar en falta cada día con sus bromas, su ánimo permanente y su entrega a la expedición y a la ciencia. También se va el ecólogo italo-argentino Juan F. Masello, especialista en pingüinos, gran conversador, mate en mano, que me deja de regalo la hermosa música del grupo alemán Faun, y los días compartidos en el iglú. En nuestro casquete polar de fibra anaranjada, donde hoy me quedo solo: también se van, después de volcar los datos de la internada y dejar los equipos a punto, los meteorólogos de AEMET: el asturiano Raúl Álvarez, y el segoviano Francisco Javier Sáenz de las Heras, con quien compartí un paseo inolvidable hasta el Cráter Lake, saboreando el tiempo de la amistad y los afectos. Se van, además, tres biólogos chilenos, buceadores, que ayer nos deleitaron con una charla. El Comandante despidió a todos con abrazos y pequeños obsequios, ensalzando el trabajo realizado, y luego hubo rasgueo de guitarras y canciones. Tiempo, pues, de despedida: no hay blog capaz de albergar todos los sentimientos que se agolpan en el corazón, que brotan en los ojos. Me dicen desde la distancia que me estoy volviendo llorón y sentimental: no se equivoquen los terrestres, aquí vivimos todos en otra dimensión.



Gracias en la mitad del camino

Día 75, miércoles 18 de enero de 2017, san Atenógenes. Isla Decepción.



#Horizonte Antártida cumple 75 días de viaje con más de 300 noticias y audiencia superior a un millón de seguidores

Valentín Carrera comparte un video de agradecimiento, “en la mitad del camino”

Hoy se cumplen 75 días desde que zarpó del puerto de Vigo la XXX Expedición Científica Española a la Antártida, la campaña más larga y ambiciosa de la historia antártica española, en la que viaja el periodista Valentín Carrera, autor del blog #HorizonteAntártida, donde se narra la campaña en español e inglés a través de crónicas, fotos, videos y retratos con el rostro humano de la expedición.

Valentín Carrera ha cruzado el ecuador de la campaña, que finalizará a mediados de marzo, en la Base Gabriel de Castilla, del Ejército de Tierra, en Isla Decepción, desde donde ha compartido

un video en las redes sociales y ha enviado un saludo a nuestros lectores: “El gran laboratorio de La Antártida representa la pasión por el conocimiento, el rigor de la investigación, la Aventura de la Ciencia. La Antártida es un carrusel de emociones que despierta la sensibilidad y abre las puertas de la percepción; y, por último, la Antártida nos enseña a amar y respetar la naturaleza”.

“Me encuentro a la mitad del camino de este intenso viaje a la Antártida y quiero dar las gracias a los miles de seguidores del blog #HorizonteAntártida y a los patrocinadores y medios de comunicación que lo comparten. Gracias, en primer lugar, al Comité Polar Español, y en especial al almirante Manuel Catalán, por su confianza. Gracias al buque *Sarmiento de Gamboa* y a las bases Juan Carlos I y Gabriel de Castilla, por su hospitalidad; y al buque oceanográfico *Hespérides*, donde embarcaré la próxima semana.

En segundo lugar, mi agradecimiento a los patrocinadores, sin cuyo apoyo económico y social no podría realizar este trabajo: ABANCA, por su apuesta por la responsabilidad social corporativa; a Pharmadus, por creer en la biodiversidad y hacer del bienestar una filosofía de vida; a Galicia Calidade por ayudarme a llevar la marca de Galicia a 13.000 km; al Xacobeo, Turismo de Galicia, por impulsar la Ruta Xacobeana desde la Antártida, que peregrinará de nuevo a Compostela en 2017; y a Chocolates Eureka, por poner el punto dulce y energético del viaje.

Gracias también a las antenas que comparten las crónicas Horizonte Antártida: la agencia EFE en su web especializada *Efe Verde*; *Televisión de Galicia* y *Radio Galega*, *La Nueva Crónica*, *Mundiario*, *Galicia Dixital*, *Bembibre Digital* y *Revista de Castilla y León*, y *Antártida Urbana*, de Buenos Aires, entre otros. Con su ayuda, #HorizonteAntártida ha difundido en estos 75 días más de trescientas noticias, con una audiencia conjunta superior al millón de personas, lo que ha merecido al autor la felicitación del propio Comité Polar Español.

Y gracias al formidable equipo que hace posible #HorizonteAntártida: Miryam Anllo, de [DiLab](#), autora del magnífico diseño; Sonia Aldao y [ALÉN MULTIMEDIA](#), que han fabricado con primor este blog; Margarita Núñez y Brian Morrissey que hacen la

versión inglesa; a todos los expedicionarios que aportan fotos, comentarios, relatos de vida; y a las ballenas y pingüinos, que se dejan retratar con mucha profesionalidad.

Brindis con jerez a la memoria de Scott

Día 76, jueves 19 de enero de 2017, san Melchor. Isla Decepción.



El 17 de enero de 1912, Robert Falcon Scott llegó al Polo Sur con Oates, Wilson, Bowers y Evans. Todos fallecieron en el viaje de regreso. “Permanentemente hemos estado listos para partir hacia el depósito —escribió Scott el último día de su diario, 29 de marzo—, distante 20 kilómetros, pero siempre, fuera, espesos torbellinos de nieve aventados por la tempestad. Ya toda esperanza debe ser abandonada. Esperaremos hasta el fin, pero nos debilitamos gradualmente; la muerte no puede estar lejos. Es espantoso; no puedo escribir más”.

“La patrulla de socorro que descubrió el cadáver de Scott —escribe Juan Batista González en su libro [*España y la Antártida*](#)— encontró en la impedimenta de Scott una botella, mediada, de jerez amontillado “El Rey”, de la firma González Byass. Difundida esta pequeña noticia, los vinateros españoles, en homenaje a su malogrado cliente, sellaron la barrica con la que se llenó aquella botella, volviéndola a abrir setenta y seis años después, con motivo de la segunda campaña científica de España en la Antártida”.

En efecto, setenta y siete años después el jerez de Scott viajó de nuevo a la Antártida y el 17 de enero de 1989 los expedicionarios brindaron a su memoria con el amontillado de la barrica de Scott. La tradición de brindar por Scott la noche del 17 de enero se mantiene desde entonces en la Base Gabriel de Castilla, la misión antártica del Ejército de Tierra en Isla Decepción; y corresponde hacer el brindis al expedicionario más veterano, honor que me ofreció el comandante Vélez, por el único mérito de haber participado en 1986/87, en la Primera Expedición Científica.

Con el recuerdo emocionante y emocionado de los tiempos heroicos, alcé mi copa y brindé “por Scott, Amundsen, Shackleton y todos los expedicionarios que nos han precedido en la conquista, exploración y estudio de la Antártida; y por los hombres y mujeres de esta XXX campaña antártica, dignos para siempre de respeto en mi memoria”.

Retratos: Galería 2

Día 77, sábado 21 de enero de 2017, san Eupsiquio. Isla Decepción.



Hemos sumado esta semana diez nuevos retratos al rostro humano de la expedición, un poliedro en ByN que tendrá al final del viaje más de doscientas caras. Buena parte de los retratos de esta galería son obras artísticas de alto voltaje de *Mijite* (Miguel Ángel Jiménez Tenorio): no hay nadie en la Base Gabriel de Castilla que no quiera llevarse de recuerdo un retrato de *Mijite*, revelado cuidadosamente. Viendo el resultado, se entiende bien por qué. Gracias a todos y a nuestro artista muy especialmente.

¡Aúpa, Deportiva!

Día 79, domingo 22 de enero de 2017, san Oroncio. Isla Decepción.



Los expedicionarios que viajamos a la Antártida, formando parte de las campañas científicas, además de compartir la bandera española, que ondea en las bases y en los buques oceanográficos, traemos nuestros colores locales: la flecha con la distancia al pueblo, para colgar en el tótem de la base; o la camiseta verdiblanca con la que anda el brigada Paco Jarana, de Lebrija, por cuyo afecto estoy a punto de hacerme del Betis.

El caso es que mi equipo es la [Sociedad Deportiva Ponferradina](#), desde niño, cuando la Deportiva jugaba en el campo de santa Marta y Enrique era nuestro héroe, nuestro Ronaldo berciano. Poco antes de partir hacia la Antártida, los amigos Herminio García, de [Pharmadus](#), y Carlos Terciopelo Azul, [Destilería Bar](#), me regalaron la bufanda y el gorrito de la Deportiva.

He leído que vuelve al Toralín (el estadio de Ponferrada), [Yuri](#), un jugador muy querido por la afición, y quiero enviarle un saludo

de bienvenida desde Isla Decepción, donde me encuentro, trabajando en la Base Gabriel de Castilla. Espero que, con el refuerzo de Yuri, y la entrega de todo el equipo, la Ponferradina tenga una magnífica temporada y regresemos cuanto antes a Segunda División, donde merecemos estar.

En Isla Decepción está también una base argentina, donde hay un pequeño campo de fútbol, sobre piroclasto (lava volcánica) en el que la semana pasada disputamos un derby internacional, Argentina—España, en el que, para celebrar mi debut como jugador internacional, vestí los colores de la Ponferradina. En las fotos estoy con el brigada David Salvador Alcázar, mañico casado en Fuentesnuevas con Isabel Pacios; y con Federico Aredes Carril, hijo y nieto de emigrantes gallegos (de Camariñas), y a partir de ahora, hincha de la Ponfe, quien luce con orgullo la bufanda que le he dejado como regalo. El gorrito se lo he puesto a un pingüino.

Desde la Antártida, un saludo a los jugadores y a toda la afición: ¡Aúpa, Deportiva!

El momento más difícil y el más esperado

Día 80, lunes 23 de enero de 2017, santa Emerenciana. Lat 64° 07´S, Lon, 061° 00´W. A bordo del Hespérides.



No he querido contarlos, a cuantos seguí este blog, mi despedida de la Base Gabriel de Castilla por dos razones: la primera, porque quizás nuestros abrazos y lágrimas (de felicidad) solo incumben a quienes, más que fusionarnos emocionalmente, hemos soldado nuestras vidas para siempre a las vivencias compartidas. Es verdad que la experiencia antártica transforma a las personas. La segunda razón es que no me he despedido de la dotación y científicos de GdC, solo les he dicho, “Hasta pronto”, y pronto espero volver. Como dice Roque Dalton, y tomo la cita de tus labios, “Hace frío sin vosotros, pero se vive”.

Voy sumando emociones a un ritmo que me sobrepasa, sin tregua. Ayer se reunieron en la Antártida las cuatro estrellas que forman la constelación de la Cruz del Sur de esta 30ª Campaña: los buques *Sarmiento de Gamboa* y *Hespérides*, y las bases Juan Carlos I y Gabriel de Castilla. Una constelación científica en cuya Vía Láctea se van engarzando planetas habitados por biólogos y sismólogos, cometas visitantes chilenos o argentinos que pasan fugazmente, secretos luceros que nos iluminan al alba, sin cuyo parpadeo nos perderíamos en esta larga penumbra que no llega a oscurecer. Pero, sobre todo, se engarzan collares de diamantes:

las personas que he ido conociendo en el *Sarmiento*, en Livingston y en Decepción.

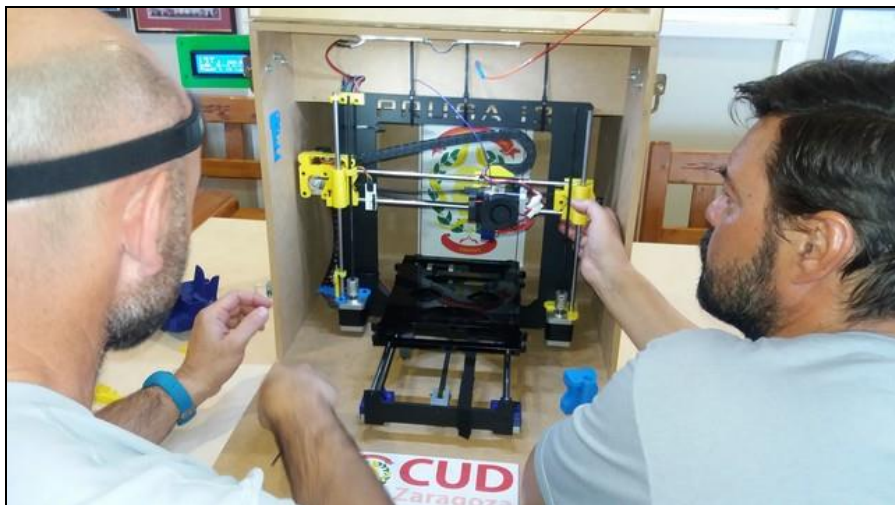
La 30ª Campaña Antártica ha pasado el ecuador, y ayer vivimos un punto de inflexión: los buques *Sarmiento de Gamboa* y *Hespérides* coincidieron en la Bahía Foster: acabadas las descargas, en especial las piezas del nuevo almacén, ya en manos del equipo Cobra, visitó la base un grupo de oficiales del *Hespérides*, con el comandante Aurelio Fernández Dapena, recibidos por el comandante de la Base, Daniel Vélez.

Luego, desembarcaron una docena de investigadoras marcando la impronta del cambio generacional: el relevo de los actuales catedráticos e IP's (Investigador Principal), será femenino. Y lo será a corto plazo. Para dejar sitio a los recién llegados, emprendieron el regreso tres compañeros: Juan José Calero, Amós de Gil y Mirenchu Soto, que se fueron llorando y sin ganas de volver a Cádiz. A mí me tocó dejar libre el iglú donde ha sido feliz durante dos semanas, el hotel de cinco estrellas más lujoso en el que he dormido, mejor incluso que *La Mamounia* de Marrakech, donde dormí la siesta en la suite de Churchill.

He dicho “Hasta luego” a Isla Decepción y “Hola” al *Hespérides*, el buque insignia de la misión antártica española, que en esta campaña se hizo de rogar. Tal es así que apuestas hubo a que el *Hespérides* seguía en Cartagena, y su espectro se acercaba al Canal Beagle... pero, no, amigos y amigas, después de nueve meses de espera, ya estoy en este buque majestuoso y señorial, donde tendré mi nuevo domicilio hasta finalizar la campaña. Tiempo habrá, pues, de contar en el blog las excelencias del *Hespérides* y de su tripulación. De momento solo os puedo decir que ha sido llegar y empezar de nuevo a sumar un torrente de emociones a mi mochila de viaje que, cuanto más cargo de perlas y diamantes, más ligera va.

Impresora 3D en la Antártida: anticipando el futuro

Día 81, martes 24 de enero de 2017, san Babilas. Lat 62° 58´S, Lon, 060° 40´W. A bordo del Hespérides.



El hielo de la Antártida es el arca que conserva los secretos del pasado, el ADN de la Tierra desde el Big Bang hasta antes de ayer; y es, al mismo tiempo, el faro desde el que la Ciencia contempla el futuro: del conocimiento que nos pueden suministrar sobre la vida hace 54 millones de años un fósil de *Laurioxylon* (teca), o un testigo de hielo extraído del permafrost, hasta los cambios climáticos que se avecinan. La Antártida es una cápsula del tiempo en la que los proyectos en curso estudian el pasado y también anticipan el futuro: es el caso de la Impresora 3D de la Base Gabriel de Castilla.

Imprimir objetos en tres dimensiones ya está al alcance de todos desde hace algún tiempo; sin embargo, había un reto pendiente: ensayar, con casos prácticos reales, el diseño y la impresión 3D en modo remoto, en este caso mediante la conexión umbilical entre la Antártida y Zaragoza. Conseguir que, muy pronto, cualquier unidad militar en el exterior, una aeronave en vuelo, un ingeniero en una plataforma, o un investigador lejos de

su laboratorio puedan imprimir en 3D un repuesto y continuar su trabajo.

El proyecto de testar la Impresora 3D nace en el Centro Universitario de la Defensa, de la Academia General Militar (Zaragoza), en colaboración con la Base Gabriel de Castilla (Isla Decepción). El nexo de unión es el entusiasmo del comandante de la Base, Daniel Vélez, con quien ha viajado la Impresora 3D del CUD.

Les cuento una aplicación práctica para ver la utilidad del proyecto: los ecólogos que trabajan con pingüinos barbijo (el equipo de Andrés Barbosa, Museo Nacional de Ciencias), usan loggers del tamaño de un móvil pequeño, un GPS mediante el que recogen y graban todos los movimientos de un pingüino: cómo nada, a qué profundidad bucea, qué come, cómo va y viene al nido donde alimenta a sus polluelos. Barbosa ha pedido al equipo de la Base GdC fabricar en 3D una réplica de un logger real, para usar en las prácticas con estudiantes. Cada logger se coloca en la espalda de un pingüino como una pequeña mochila durante cinco días: “De vez en cuando se pierde alguno, a 1.000€ el pingüino furtivo, de modo que –razonó Barbosa– mejor si hacemos las prácticas con una pieza exactamente igual, pero de coste mínimo”.

Explicada la necesidad, el Equipo de Instalaciones de la Base Gabriel de Castilla (Luis Lavilla y David Salvador) cursó la petición al CUD de Zaragoza y, casi en tiempo real, la impresora fabricó la pieza. Lo prueban las fotos del prototipo, y una llave inglesa que me obsequió el comandante Vélez, que conservaré como parte de mis tesoros antárticos: unos, evocan el pasado; otros, como esta Impresora 3D, abren campo al futuro.

Los locos aventureros del *Geluk*: bailando las Nueve Olas

Día 82, miércoles 25 de enero de 2017, san Proyecto. Isla Rey Jorge. A bordo del Hespérides.



¿Locos o cuerdos?, lo dejo a su criterio: ocho ciudadanos se enrolan en un velero de diez metros, zarpan un buen día del puerto de Barcelona y aparecen un mes después en Isla Decepción, en aguas de la Antártida. El tunecino Alef Talbi (8000 seguidores en Facebook), Paul, Andresa, Leagh, Lea, Dan... un mariner, un fotógrafo, una artista, un médico; australiana, escocés, brasileira, y un catalán, Teclo, patrón del *Geluk*. Algunos participan de un proyecto solidario, *Ninth Wave*, su lema "He llegado demasiado tarde a un mundo demasiado viejo" [Musset]. Otros están aquí para curar alguna herida personal, un dolor, una ausencia, quién sabe. No hay peor modo de escapar de uno mismo que irse muy lejos.

Un equipo de la XXX Expedición Española a la Antártida estaba revisando un sismógrafo en Caleta Teléfono, en Isla Decepción,

cuando entró en la cala un velero diminuto. En cubierta, un tenderete de ropas de colores indicaba que estaban haciendo la colada. Al poco de cruzar saludos y gritos, me encontraba a bordo del *Geluk*, conversando con aquella extraña tripulación de buscadores de aventura, a cada cual más peculiar. No eran tan jóvenes como para ser unos inconscientes, ni tan ágiles y fornidos como para ser veleristas. Personas normales que habían decidido esta locura. Me invitaron a ron del caribe y brindamos.

Al día siguiente, visitaron la Base Gabriel de Castilla y el comandante Vélez les brindó nuestra hospitalidad: comida caliente, una ducha, un ratito de wifi. Zarparon a su ventura, aunque el parte meteorológico era adverso. Dos días después, supimos que casi naufragan en Livingston. Por suerte para ellos, el *Hespérides* estaba fondeado frente a la base española, les dio un cabo grueso y los mantuvo amarrados a su vera toda la noche, salvándoles de estrellarse contra las rocas. Aquella noche el viento superó los 40 nudos, con rachas de 60; incluso el ancla del *Hespérides* llegó a garrear. Y los intrépidos del *Geluk*, a la deriva en su cascarón de hojaldre. Yo no sé si son locos o no; cuanto más loca la aventura, más cuerdo ha de ser el aventurero. Quizás su buena estrella confirma la tesis de que, en materia de vida o muerte, “baraja las cartas la mano de dios”.

Alerta en el Hespérides

Día 83, jueves 26 de enero de 2017, san Auxilio. Lon 62° 06, S. Lat. 567° 59' W. A bordo del Hespérides.



Estaba tranquilo en mi camarote, leyendo las primeras páginas de *Trafalgar*, de Pérez Galdós, contemplando a ratos el mar sembrado de icebergs, frente a la isla volcánica Pinguin, donde el equipo de Jerónimo López estudia el paleomagnetismo, cuando de pronto algo alteró la calma a bordo. Comenzaron a sonar distintas alarmas, para mí todas nuevas, y me asomé corriendo a la Cámara de Oficiales y Científicos. Por el pasillo de proa, corría un grupo de hombres, “cagando melodías”, con cascos y máscaras, con cara de saber a dónde ir en caso de emergencia.

En efecto, los seguí y me llevaron al punto neurálgico de la escena: un sensor había detectado una entrada de agua en la bajada a la barquilla. La barquilla es la parte más baja del *Hespérides*, a 5,4 m por debajo de la línea de flotación, donde se aloja el multihaz usado en prospecciones oceanográficas, y una vía

de agua es lo peor que puede ocurrir a un barco en una zona tan delicada. Cuando llegamos había ya 50 cm. de agua en el reducido cubículo y el mar seguía entrando sin permiso...

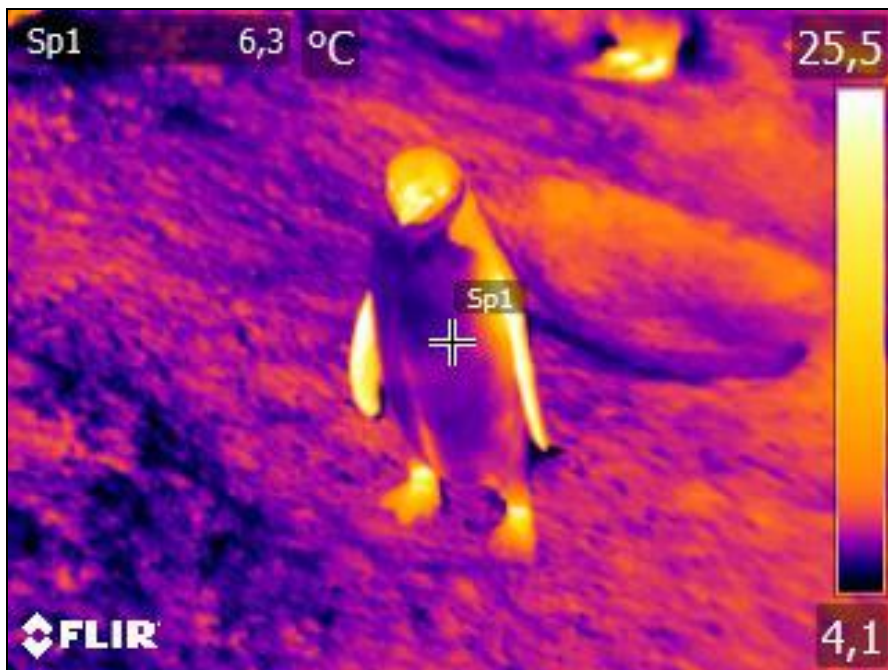
Un grupo de marineros del GI, Grupo de Intervención Inmediata, se hizo cargo del problema: provistos de máscaras, descartaron fugas de gases, mientras otro grupo verificaba el corte de corriente. Agua y electricidad, malo. Cuando todo estuvo seguro, dos especialistas bajaron a la barquilla para taponar la vía, al tiempo que otros hombres y mujeres desenrollaban mangueras y alistaban bombas de achique. Las alarmas seguían sonando. Llegó un equipo de bomberos; el ir y venir de avisos en los walkis era continuo. Escondido en una esquina, observé cómo se atajaba la vía de agua, primero con trapos y camisas, luego con cuñas. La situación parecía controlada: a los diez minutos de comenzar el achique, dos hombres dieron el relevo a los dos anteriores; tiempo máximo en el agua helada, a 1º, 15 minutos. El segundo relevo, con los trajes mojados, fue más penoso.

Cuando la vía estaba bajo control, sonó una alarma nueva: “SITREP: un marinero ha tenido un accidente grave, camilla urgente en pasillo de acceso a máquinas. Fin de SITREP”; me fui corriendo detrás del que llevaba el walki y, cuando llegamos, dos compañeros socorrían al accidentado. Me dio un vuelco el corazón: el único de Ponferrada, como yo, Miguel, tirado en el suelo con el tobillo roto, gritando de dolor. El socorro tardó dos minutos, y lo escayolaron *in situ*. De pronto las alarmas dejaron de sonar y apareció el Jefe de Máquinas, Jesús Martín, sonriente: “¡Chicos, lo habéis hecho muy bien!”.

No sé qué pensar, aún no me ha pasado el susto: me pareció que Miguel tenía la pierna rota de verdad, y todos vimos el agua anegando la cámara de la barquilla, entrando con fuerza. Por si acaso, esta noche voy a dormir con el traje de seguridad.

El pingüino térmico

Día 84, viernes 27 de enero de 2017, santa Cándida. Lon 62° 41 S. Lat. 60° 27 W. A bordo del Hespérides.



Apareció con los ojillos revoltosos y su cámara térmica, como niño con zapatos nuevos. El físico **Miguel Ramos**, de la Universidad de Alcalá, uno de los imprescindibles en la reciente historia de la ciencia española en la Antártida, uno de los que ha creado escuela. Hace 29 años comenzó a trabajar en la Antártida y ha perdido ya la cuenta de las campañas; pero ha vuelto este año para dar apoyo, moral y real, al grupo que da continuidad al proyecto [PERMASNOW](#), cuyo Investigador Principal ahora es Miguel A. de Pablo, destacado en la Base Juan Carlos I para estudiar el permafrost (suelo permanentemente helado) en Isla Livingston.

Miguel Ramos apareció con la cámara térmica y nos dio una explicación sobre las zonas azules (frías) y rojas (cálidas) que se aprecian en la foto, que derivó en un debate sobre por qué los

pingüinos tienen la barriga blanca y el dorso negro: con la parte blanca, que conserva el calor, se tumban sobre el suelo o crían a los polluelos; con la negra, se abrigan en círculos en las largas invernadas. “Es solo una hipótesis. Habrá que consultarlo a los pinguinólogos”, dijo el físico, y se fue a llevarle a Andrés Barbosa unas preciosas imágenes térmicas. La tecnología nos ayuda a investigar, pero ayuda mucho más el afán de conocimiento, la curiosidad.

Biodiversidad en el Océano Austral

Día 85, sábado 28 de enero de 2017, Santo Tomás. Lon 62° 41 S. Lat. 61° 04 W. A bordo del Hespérides.



Si les digo que hemos cogido en la orilla del cráter de Isla Decepción ejemplares de *Halicarcinus planatus* y unos cuantos copépodos *Boeckella*, se quedan ustedes de un aire; pero si les digo que hemos pescado una cazuela de cangrejos y estrellas subantárticas, quizás les abro el apetito. Más que cazuela, los buceadores del INACH consiguieron llenar varios tubitos de ensayo, después de muchas horas explorando el limo de Bahía Foster, porque el *Halicarcinus planatus* es diminuto, del tamaño de una lenteja, y hacen falta muchas lentejas para una cazuela, en el supuesto de que fuera comestible.

Comestible sí es, como el krill, que forma la dieta de pingüinos y ballenas; pero no hay paciencia bastante en *Campamento Paciencia* para pelar un kilo de *Halicarcinus planatus*. Cuantimás

que el trabajo de los investigadores del INACH es otro: comprender los patrones y procesos de especiación a diferentes escalas geográficas y temporales, utilizando modelos biológicos concretos, como este cangrejillo de las praderas polares. La idea central de su estudio es aclarar el origen y evolución de la fauna antártica, y averiguar las relaciones filogenéticas entre especies congéneres de la Antártida y Sudamérica. Para ello han permanecido unos días en la Base Gabriel de Castilla, la doctora Karin Gérard, de la Universidad de Magallanes (Punta Arenas); Elie Poulin, y Javier Naretto, de la Universidad de Chile. Toda la Base les ha dispensado una espléndida acogida, y se han integrado como parte del campamento español en los trabajos, en las risas y juegos, y en la convivencia diaria, que no me canso de afirmar es un permanente lujo emocional.

Todos trabajamos aquí en condiciones extremas, pero más aún los buceadores que se sumergen en estas aguas polares: hemos visto a Karin, Elie y Javier permanecer 45 minutos bajo el agua en las inmediaciones de los Fuelles de Neptuno, y salir frescos y sonrientes, cargados de bichitos: organismos submareales marinos y de agua dulce, para evaluar su diversidad genética. Los tres biólogos del INACH quieren probar la existencia de refugios glaciales en Antártica Oeste, en lugares como Isla Decepción —muy especial por su actividad volcánica y la presencia de aguas termales submarinas— donde alguna especie exótica, procedente de zonas subantárticas, se habría refugiado y es capaz de sobrevivir.

Dicho en otras palabras: estudian, maravillados, la vida maravillosa, su origen y mecanismos, con todas sus derivadas, en zonas extremas. La biodiversidad en el Océano Austral, donde hay 8.300 especies descritas, pero se estima que podría haber más de 15.000 especies. Condiciones que hacen de la Antártida un gigantesco laboratorio.

La mirada más dulce al Cráter Soto

Día 87, lunes 29 de enero de 2017, Isla Decepción



En el episodio *El cautivo*, novela corta intercalada en *El Quijote*, Cervantes, en un desliz que podría ser autobiográfico, hace decir al protagonista, después de un largo y penoso viaje, cito de memoria: “Quiero llegar a casa a tiempo de volver a abrazar a mi anciano padre”.

El cautivo había salido de la casa familiar varios años antes y su desventura, que recuerda la del propio Cervantes, prisionero en Argel, le ha llevado muy lejos de sus seres queridos, a los que ya había descartado volver a ver. Me vino a la mente este episodio cervantino conversando en el Cráter Lake con el meteorólogo Javier Sáenz de las Heras: por completo desconocido para mí hasta aquella tarde, las confidencias nos hermanaron en un abrazo fraterno ante la belleza inalcanzable del Cráter Lake.

Muy cerca, en la misma Isla Decepción, está el Cráter Soto, cuyo nombre es un homenaje al investigador Rafael Soto Fernández, gaditano, uno de los pioneros en la historia antártica española.

Observador Astrónomo de la Armada, destinado en el Real Observatorio de la Armada de San Fernando, Rafael Soto participó en las campañas 1988–89, 1989–90 y 1990–91, cuando las condiciones de vida y trabajo no eran ni por asomo tan buenas como las actuales. Su última campaña antártica fue la 2001–2002 y, durante esta campaña, el 30 de enero, cumplió su sueño de jubilarse en la Antártida, lujo que a mí también me gustaría, cuando llegue el momento.

Además de aportar su trabajo en la época heroica, Rafael ha aportado este año a la XXX Campaña a una persona entrañable, muy querida de todos nosotros: su hija Mirenchu Soto Mellado, y a su no menos entrañable Scott, el geólogo Amós de Gil, “obrero de la investigación”.

Antes de despedirse de la isla, Mirenchu y Amós subieron a abrazarse emocionados ante el Cráter Soto, pensando en volver pronto a casa, a abrazar a su padre, que hoy cumple 79 espléndidos años. También yo quiero, como Mirenchu y como el Cautivo, volver a casa a tiempo de abrazar al mío, a quien he dedicado este largo viaje; y contarle que en la Antártida aprendemos a mirar de cerca a la vida y a la muerte, a sonreír y a llorar juntos; y son esas lágrimas nuestras de cariño y felicidad por nuestros padres, como las de Javier, las de Amós y las de Mirenchu, las que van llenando el fondo del lago.

[Foto: cortesía de Amós de Gil].

El Hespérides arranchado a son de mar

Día 90, jueves 2 de febrero de 2017, lat. 54° S, Lon. 72° 01 W. san Cándido.



El *Hespérides* —que tiene encomendada la XXX Expedición Científica Española a la Antártida— completó esta semana una primera ronda por las bases en las islas Livingston y Decepción, con paradas en Península Byers y Caleta Cierva, en el Estrecho de Gerlache, y se aproxima ahora al puerto chileno de Punta Arenas, donde nos aguardan unas cervezas de calafate, después de haber surcado el temible Mar de Hoces o Drake Passage.

Esta ha sido mi sexta travesía del Drake —el veterano marinerero Santi lleva más de cien, “ya perdí la cuenta”—; y ha sido la más complicada porque en el tramo final el mar se encabritó y nos dio cera. “Olas de seis metros”, escribí en el grupo de wasap *#HorizonteAntártida*, y desde Cangas do Morrazo me respondió

Colón: “Olas de ocho metros hoy en Galicia...”; de modo que no es para tanto.

La Antártida es siempre heroica y peligrosa, por sus temperaturas extremas, por los cambios bruscos de viento y mar, por la distancia para una evacuación o socorro, y por la épica que han sembrado durante siglos Magallanes, Elcano, Hoces, Gabriel de Castilla, Cook, Ross, Bellingshausen, Scott, Shackleton y todos cuantos nos han precedido. Pero, en el siglo XXI, la navegación y la vida en las bases son confortables y seguras, sin quitar a nuestro viaje un punto de belleza y de aventura.

Aun así, cruzar el Drake te pone el ancla de corbata; pero hay que pasarlo: es uno de los mares más peligrosos del planeta, la franja que abarca desde el Continente hasta la Península Antártica, más de 1000 km, decir estrecho sería impropio. La única parte del globo donde puedes circunnavegar el paralelo y solo encuentras mar. Los vientos dominantes del Noroeste son duros e inclementes, constantes; hasta hace poco los barcos debían arriesgarse a lo peor; ahora esperan una ventana meteorológica y el tránsito es más liviano; pero si te coge, como nos cogió ayer, te enteras del baile.

El barco amaneció con las sillas tiradas por los suelos y los camarotes desordenados; los cocineros no pudieron cocinar y hubo rancho de bocadillo, con manzana y helado de postre. Todo fueron daños menores, ni un rasguño, porque unas horas antes de comenzar la danza de las nueve olas, el barco recibió una orden que es en sí misma un verso, un poema, la expresión más afortunada acuñada por el castellano para describir el modo en que el *Hespérides* se deja mecer y sacudir por la mar, esa intensa relación amor/odio que desde los tiempos más antiguos rige las relaciones del hombre con los océanos: “Arranchado a son de mar...”.

La osadía del equipo COBRA

Día 91, viernes 3 de febrero de 2017. san Celerino. Punta Arenas.



Las dos bases españolas en la Antártida —Juan Carlos I en Isla Livingston y Gabriel de Castilla en Decepción—, están en obras, remodelación, nueva construcción y mantenimiento, trabajos que en algún caso duran ya años, cuya finalización está prevista en esta campaña. Una campaña con fiebre constructora, además de científica: a Livingston han viajado una veintena de obreros y especialistas de la UTE Arcadipla para acabar la nueva base, a tiempo de que el próximo verano austral la inaugure el rey Felipe VI. La noticia de la visita regia está sin confirmar, pero sería un gran impulso a la presencia de España en la Antártida.

Al tiempo, Su Majestad podría inaugurar también el nuevo Módulo Almacén en la Base Gabriel de Castilla del Ejército de Tierra y comprobar el excelente trabajo que están realizando los miembros de la Comandancia de Obras, para todos en la Base, «el equipo COBRA».

Trabajar en la Antártida, en condiciones adversas, requiere de la mejor formación, planificación y, lo que es muy importante, el mejor ánimo. Los COBRA tienen estas tres cualidades. Forman el equipo el subteniente José Torregrosa Hurtado y los brigadas Ángel

Espinosa Fernández, José Antonio Platero López y Francisco Manuel Ruiz Jarana: tres diamantes y uno del Betis, que han venido a Isla Decepción a resolver problemas sin crear ninguno. Lo mismo que Nelson pedía a sus marinos, “vuestro país espera que cada uno cumpla con su deber”, y repetía con ejemplaridad el almirante Fitz Roy a los hombres del *Beagle*, el barco que trajo a Darwin a Tierra de Fuego.

He visto cómo descargaban desde el *Hespérides* a una barcaza, con mala mar y peor viento gélido, los paneles del nuevo Módulo Almacén, y en los días anteriores vi crecer bajo la nieve las zapatas de hormigón y acero sobre las que se asentará la atrevida estructura, tan ligera como consistente. La osadía de los COBRA es montar el puzle en apenas veinte días, dejarlo acabado y en uso en esta campaña, tornillo a tornillo. Serán 126 metros² útiles de nuevo espacio, una nave de 17 metros de largo por 7,4 de ancho y 3,4 de alto. Una estructura de aluminio y paneles tipo sándwich ensamblados, que crece verticalmente, como una maqueta virtual, hasta culminar el ramo. El nuevo espacio permitirá reorganizar a fondo la distribución de la Base y mejorar su capacidad de apoyo a la investigación.

La incansable actividad de los COBRA les ha permitido en estas semanas, además, instalar la bomba de agua en Cráter Zapatilla, montar el nuevo Punto Limpio (imprescindible por la rigurosa política medioambiental de la Base), colocar tuberías, acometidas eléctricas en el Módulo de Emergencia, anclaje de antenas de comunicaciones, y hasta revisar el desgaste y óxidos en los viejos pilares del Módulo de Vida, cuyo análisis durante la invernada permitirá prever futuras reparaciones.

Les he visto trabajar con alegría contagiosa que henché el corazón, les he acompañado con los sismólogos y vulcanólogos a instalar arquetas para los sensores sísmicos en Mekong o Bahía Teléfono. Y siempre con una presencia de ánimo admirable. Lo cuento como lo veo y como lo siento, porque más allá de su trabajo ejemplar, los COBRA me han ganado para siempre: tienen un corazón tan grande que no cabe en el nuevo almacén, y su alegría y su afecto son capaces de derretir el hielo de la Antártida.

Los canales fueguinos: No God

Día 92, sábado 4 de febrero de 2017, san Auxilio. Punta Arenas. A bordo del Hespérides.



El *Hespérides* surca Tierra del Fuego; aunque parezca contradictorio decir que un barco navega por tierra, en este caso está justificado, porque nos encontramos en el corazón de un laberinto de rocas, islas, islotes, montañas que se abalanzan sobre el paso estrecho; ensenadas que de pronto se abren inmensas y vuelven a ahorcarse en pocas millas, glaciares que se derraman en el mar, mar dulce y salado por el que saltan divertidas las toninas, maravillosos delfines de piel gris, brillante, inteligentes, pacíficos, alegres, más rápidos que el barco.

Nos encontramos en un lugar mágico del planeta, sin miedo a equivocarnos: los Canales Fueguinos, ese trozo extremo de Sudamérica donde el continente no quiere acabar y la cordillera de los Andes, rota geológicamente, aflora a su capricho en una sucesión interminable de islas. No sé si comparables a los fiordos noruegos, desde luego nada que ver con el paisaje de las rías gallegas, los canales fueguinos son de hechura cinematográfica: el plató donde rodar *Las montañas de la locura*, con guion de

Lovecraft, o donde representar la ópera *El origen del hombre*, con libreto de Darwin y música de Fitz Roy.

La música atormentada del capitán inglés, que estuvo aquí a punto de suicidarse, como hizo su antecesor en el mando del *Beagle*, Pringle Stokes, quien se descerrajó un tiro en la sien y estuvo varios días agonizando en Puerto Hambre. El nombre lo dice bien: Puerto Hambre fue la colonia fundada en 1584 por el navegante pontevedrés don Pedro Sarmiento de Gamboa, por orden del rey Felipe II, quien nunca pudo imaginar a qué tierras y a qué mares enviaba a sus descubridores, a morir de hambre.

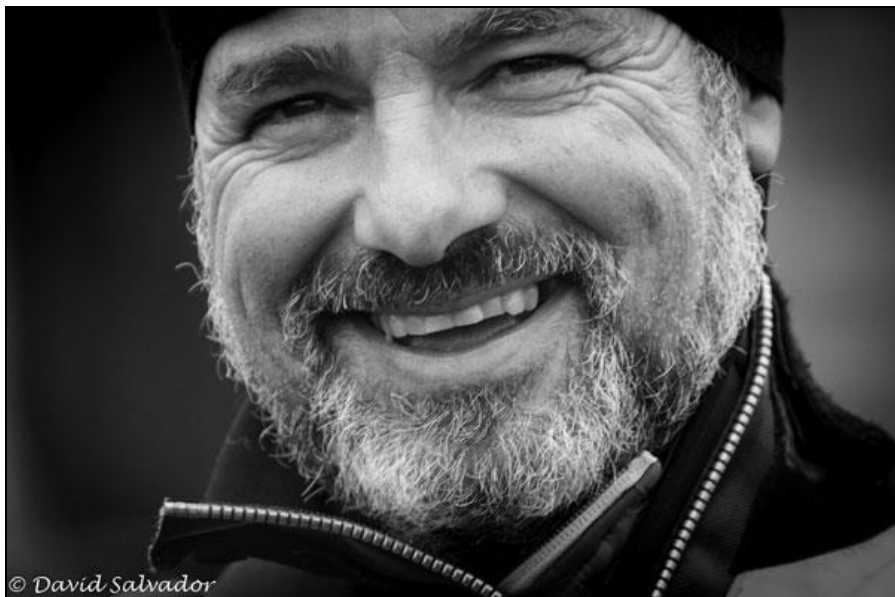
Faltaban casi tres siglos para el viaje que cambió para siempre la percepción sobre el origen de la vida y del hombre, el viaje de Charles Darwin. Nosotros, que formamos parte de una expedición científica, debemos mirarnos en el espejo de Darwin, la mente científica por excelencia. “Darwin me enseñó a leer la Naturaleza como si fuera un libro”, escribe Gerardo Bartolomé en la preciosa biografía *La traición de Darwin*, cuya lectura les recomiendo. La Naturaleza se muestra a sus ojos, y a los nuestros, como un libro abierto: donde otros solo vieron piedras con dibujos, Darwin ve por primera vez fósiles —en el Portillo de los Andes, a 1500 mts de altura—; y donde hay un valle glaciar, deduce que hubo alguna vez una montaña, vaciada por la erosión y el río durante... ¡mil quinientos millones de años! La mente de Darwin triangula el valle y calcula los sedimentos que faltan. Va sumando indicios, evidencias científicas peligrosas que contradicen el Génesis, “no puede ser que todo esto se hiciera en siete días”, y de su análisis nace el evolucionismo, aquí, entre esta Isla de Navarino por lo que ahora cruzamos, ante Puerto Hambre —cerca de Punta Arenas, donde recalaremos— y en los valles andinos que asciende desde Valparaíso.

Es esta naturaleza brutal y descarnada de los canales fueguinos la que provoca en Darwin la catarsis del conocimiento, el giro copernicano que nos saca del pensamiento bíblico. Por todo ello, el creyente y piadoso capitán Fitz Roy está aquí mismo varias veces a punto de suicidarse, siempre la pistola cargada en el cajón de su despacho, y acabará haciéndolo años después. No pudo resistir la pesadilla de haber causado con su viaje, el glorioso viaje del

Beagle, que la Teoría de la Evolución pusiera en cuestión la mismísima existencia de Dios. Lo recuerda desde entonces un promontorio de los canales fueguinos, bautizado por Darwin como *No God* (Sin Dios). Este es el paisaje natural y sobrenatural por el que navega airoso el *Hespérides*.

El maestro en la Antártida

Día 93, domingo 5 de febrero de 2017, san Ingenuino. Punta Arenas.



En mi vida corta, aunque al galope, he tenido muchos profesores y pocos maestros. Hubo profesores y profesoras voluntariosos, otros pasaron sin dejar la mínima huella. Maestro, en el sentido machadiano, es el que describe Manolo Rivas en *A lingua das mariposas*; el que cantaba Patxi Andión (que anduvo en amores, envidiados, con la Miss Universo Amparo Muñoz: los más jóvenes no recuerdan a Amparo ni a Patxi; pero deberían escuchar su canción *El maestro*).

Maestro es, en primer lugar, el que da ejemplo: no *dice* lo que hay que hacer, lo hace. En segundo lugar, el que desborda entusiasmo por su materia y lo contagia a sus discípulos. Es capaz de transmitir con generosidad y sencillez, no solo el conocimiento, sino la pasión por el conocimiento. No se considera imprescindible ni aspira a la cátedra vitalicia: el verdadero maestro se muere siendo un aprendiz.

He conocido durante la estancia en la Base científica Gabriel de Castilla a un verdadero maestro, el sismólogo de la Universidad de Granada, Enrique Carmona; y he visto, día a día, como compartía su saber con el joven estudiante, Iván, un simple becario, uno de tantos, menospreciados por el brillante sistema académico de nuestro país. Los dos, con la callada compañía de Benito Martín, trabajaban a mi lado en el módulo científico: les he escuchado hablar, reír, discutir, compartir.

El pulso dialéctico entre Enrique e Iván era apasionante, vigoroso. El maestro, con infinita paciencia, sembraba pistas, indicaba caminos, abría horizontes. El alumno, con indisciplinada prisa, absorbía cada dato y cada frase. La prueba del nueve llegó cuando el maestro confió al neófito la tarea más delicada: colocar un sismógrafo en Caleta Cierva. La confianza. ¡Qué importante es la confianza en los demás, saber delegar, admitir que no somos imprescindibles!

Una tarde, en la Base, nos explicó la sismología como una novela de Verne; pero con más rigor científico y con más gracia. Cuando Enrique Carmona se fue, todos lloramos abrazados. Cuento estas intimidades porque son emociones a flor de piel que solo fluyen de modo muy especial en la Antártida. En el límite. A su discípulo, Iván, le he arrancado una promesa: dentro de treinta años vendrá a visitarme con Enrique Carmona, y nos tomaremos juntos una *milnueve* al pie de la Alhambra. ¡A la salud del maestro!

La medida del heroísmo

Día 95, martes 7 de febrero de 2017, Punta Arenas.



Quienes andamos navegando por los mares de la Antártida —el *Hespérides* de recalada en Punta Arenas; el *Sarmiento de Gamboa* llegando a Vigo— sentimos cercano el apoyo de muchas personas que siguen nuestras singladuras con una mezcla de admiración y respeto: en la Antártida se han escrito páginas tan excelsas de la voluntad sobrehumana que todo cuanto es antártico se convierte en heroico. Pero no nos confundamos: la XXX Expedición Científica Española a la Antártida, y todas las demás expediciones internacionales de este verano austral 2016/17, no tienen nada de heroico.

Nuestro viaje por el Mar de Hoces o Drake Passage, o nuestras visitas a las bases científicas en Livingston y Decepción, son un crucero de placer si lo comparamos con las condiciones de viaje de los oficiales y marineros del *Victoria*, el *Beagle* o el *James Cairn*.

El *Victoria*, construido en los astilleros de Zarauz hacia 1500, fue la nao o carraca en la que Magallanes, y luego Elcano, dieron la primera vuelta al mundo. Tenía 28 metros de eslora, de proa a popa, y 7 de ancho; una bañera para 42 tripulantes. He subido hoy a la cubierta del *Victoria*, a su exacta reproducción varada en la

playa de Punta Arenas, y me cuesta trabajo entender cómo, en qué condiciones, viajaban a bordo 42 personas. Sin neveras ni impermeables, sin pastillas contra el mareo ni podcasts: 42 personas achicharradas en cubierta al cruzar el Ecuador, y sometidas al escrutinio de los vientos el resto del tiempo.

El *HMS Beagle*, buque de Su Majestad, en el que navegaron durante cinco años Fitz Roy y Charles Darwin, era casi igual al *Victoria*: 27,5 de eslora por 7,5 de manga, y 74 tripulantes. ¡74 personas hacinadas, durmiendo en jergones o hamacas, a temperatura ambiente, la del Ecuador o la de Patagonia, con provisiones escasas de comida y agua.



Un tercer barco, que no pasa de lancha, encarna aún más los tiempos heroicos: el *James Caird* en el que Shackleton salvó a sus hombres atrapados en la banquisa polar. El *Caird*, bote salvavidas del *Endurance*, tenía 6,9



metros de eslora, y en él seis navegantes lograron llegar desde el Mar de Weddell hasta Isla Elefante, dar la voz de alarma y regresar entre los témpanos en busca de sus compañeros. Shackleton no perdió un solo hombre de su expedición: todos regresaron a casa sanos y salvos.

Su heroísmo, el de los navegantes anónimos del *Victoria*, del *Beagle* y del *James Cairn*, nos toca el alma sensible cuando visitamos el curioso museo de Punta Arenas, en el que tres reproducciones a tamaño real nos permiten reconstruir aquellos episodios heroicos. Aquellos sí: basta con meterse en las bodegas

del *Victoria*, o en el camarote—estudio donde Darwin pergeñó los primeros apuntes de su teoría de la evolución, para comprender hasta qué punto llegó el heroísmo de aquellos valientes. Nada que ver con la expedición que reemprende mañana el camino de la Antártida, con aire acondicionado, grandes neveras y pañoles despensa, y unos sofisticados instrumentos de navegación que harían palidecer de envidia al capitán Nemo. Nuestro barco es grande y nuestro heroísmo es diminuto; en los héroes de la Antártida, sus barcos son pequeños; su heroísmo, inmenso.

La Campaña se despliega por la geografía de las Shetland

Día 96, miércoles 8 de febrero de 2017, san Filadelfo, Canales Fueguinos



La XXX Expedición Científica Española a la Antártida entra en fase de ebullición y se despliega por toda la geografía de las Shetland del Sur: el buque *Hespérides* navega ya los espectaculares canales fueguinos, rumbo a las bases españolas en las islas Decepción y Livingston, llevando a bordo un nuevo contingente de investigadores. Es tal la intensidad de esta campaña que es difícil llevar la cuenta de todos los proyectos de investigación: glaciología, geomagnetismo, sismología, ecología litoral, permafrost, meteorología...

En Punta Arenas se han sumado a la expedición los compañeros de *La Sexta*, el joven y muy ilusionado periodista Carlos Prado, gallego, de Marín, por más señas; un equipo de TVE que prepara un monográfico para el programa *El escarabajo verde*; y el trío de ases de editorial Turner, con el concienzudo Mario Cuesta al frente, que tiene entre manos un libro y un documental de alta gama. Es un lujo poder compartir con ellos estas semanas de

navegación y sentir de cerca con qué pasión se toman el viaje y este oficio nuestro del periodismo. Nacidos para contar. Lástima que, a medida que vas subiendo peldaños en el staff de los medios de comunicación, o de los ministerios, los despachos se van haciendo ciegos, sordos y mudos. Como diría John Lennon, la vida es lo que ocurre mientras tanto.

La vida mientras tanto aquí es la zambullida diaria, en agua a 0°, de los buceadores, dirigidos por Conxita Ávila, que estudian en Isla Decepción la ecología química de los invertebrados marinos, y el posible uso farmacéutico de sustancias bioactivas. Entre los recién embarcados, el veterano Javier Benayas y el debutante antártico Miguel Olalla han venido a estudiar las especies de plantas no nativas. Hierbecillas, ellos les llaman plantas adventicias, que se han colado en las botas de un incauto o en un cepellón argentino, y son una amenaza potencial.

Desde lejos, es preciso hacer un esfuerzo para entender que este es un ecosistema muy delicado y frágil, y cualquier intruso, ya sea vegetal, animal o humano, amén de plásticos y pesticidas, puede alterar el medio ambiente. Con esta preocupación y este cuidado andamos, navegamos, como pisando huevos con forma de icebergs y plataformas de bras, por estos mares, no sé si de dios o del diablo.

La conferencia de los lobos marinos

Día 97, jueves 9 de febrero de 2017, santa Apolonia, Drake Passage.



Tenemos necesidad de escuchar a los animales: nos hablan continuamente; otra cosa es que no entendamos su idioma, su lenguaje corporal y su expresividad. Hay una tradición literaria que intenta acercarnos su discurso, darles la palabra: el coloquio de los perros, o el lenguaje secreto de los pájaros en la poesía persa.

Más cercano, el novelista Ramón J. Sender imaginó una rebelión y una guerra entre pingüinos en su entretenida obra *Orestíada de los pingüinos*. El emperador Orestes se enfrenta a los pingüinos *adelias*, artistas y poetas. Antes de la batalla, los pingüinos se reúnen en el aerópago y discuten en asamblea. Orestes sigue al ídolo de los pingüinos, Charlot, al que convierten en profeta de la religión pingüina, y cuando muere, secuestran su cadáver en Suiza y lo llevan a la Antártida. La novela es un completo disparate literario, pero Sender consigue dar voz a los pingüinos: “Hablan

como todas las especies. El de ellos es un idioma de cierta monotonía, pero más monótono es el sonido del telégrafo morse. Los peces tienen un morse más complicado que el nuestro, y las ballenas y los delfines hablan también de un modo parecido a los pingüinos”.

También los lobos marinos tienen su idioma. La semana pasada, las vulcanólogas Belén Rosado y Águeda Vázquez, de la Universidad de Cádiz (que han dado el relevo a Amós de Gil y Mirenchu Soto), se desplazaron a Caleta Balleneros para revisar uno de sus sensores sísmicos. Y se encontraron con esta sorpresa: una conferencia de lobos marinos, conversando en torno al vértice de la red REGID. Tras unas arduas negociaciones, consiguieron revisar el sensor y dejar que los lobos marinos siguieran discutiendo animadamente.

Asertividad en la mar

Día 98, viernes 10 de febrero de 2017, santa Austreberta, Drake Passage / Mar de Hoces.



Vivo desde que me conozco en el mundo de la comunicación, y no ceso de pensar que la asertividad es la gran asignatura pendiente. La de casi todos. Entre padres e hijas, madres e hijos, en la pareja, en la escuela, en el trabajo, en las relaciones sociales. Las dificultades para comunicar—nos bien son enormes. También entre los profesionales del periodismo, y empiezo por una mirada autocrítica: ¿estoy transmitiendo lo que quiero, lo que pienso, lo que siento? ¿Lo hago sin agredir ni molestar a nadie, desde el respeto?

Llevarse bien con la pandilla no tiene mérito. El problema surge cuando hay un compañero de trabajo que te toca los glaciares, o una compañera cursi que no soportas, y has de convivir con ellos. O un adolescente alborotado. Alguien que no habla, o masculla

para el cuello de su camisa; que es tímido, acobardado, o demasiado prudente. En todas esas situaciones necesitamos modos de comunicación asertivos que rompan el hielo, la agresividad, o venzan el rechazo.

La vida en un barco es un buen modelo: la comunicación en el puente ha de ser necesariamente clara y asertiva. No caben diálogos adolescentes:

—Me dijiste 20° a babor.

—No, le dije 20° a estribor...

A esas alturas de la charla, el barco ya se habría ido al garete. Las instrucciones se chequean en el acto. “Medio timón”, canta el práctico que nos guía por el Canal Beagle; “Medio timón”, confirma el oficial. “Para máquina”, y el oficial responde como un eco, “Para máquina”; y poco después: “Máquina parada”. No hay margen para el error, para la mala comunicación. “Firme a proa”, y el eco responde en el walki, “Firme a proa”. No vale decir, “te encargué lechuga y me has traído escarola”, o, como en aquella divertida letrilla, “una libra de clavos y un formón...”.

Mientras el *Hespérides* surca de nuevo el Canal Beagle rumbo a la Antártida, con un tiempo excelente, desafiando con la proa a no sé qué tormenta que nos acecha en el Mar de Hoces, reflexiono en cubierta sobre lo bien que nos iría a todos en la vida practicando la asertividad. Como diría el presidente Rajoy, paradigma de la no asertividad, “Hay que ser asertivos y mucho asertivos”.

Mujer y Ciencia: cuatro pioneras en la Antártida

Día 99, sábado 11 de febrero de 2017, Día Internacional de la Mujer y la Niña en la Ciencia.



"La ciencia y la igualdad de género son vitales para realizar los Objetivos de Desarrollo Sostenible, incluidos en la Agenda 2030, proclama Naciones Unidas en su declaración con motivo del *Día Internacional de la Mujer y la Niña en la Ciencia*. "De acuerdo con un estudio realizado en 14 países —añade la ONU—, la probabilidad de que las estudiantes terminen una licenciatura, una maestría y un doctorado en alguna materia relacionada con la ciencia es del 18%, 8% y 2%, respectivamente, mientras que la probabilidad para los estudiantes masculinos es del 37%, 18% y 6%".

Celebro este 11 de febrero **por la igualdad también en la Ciencia**, surcando el ancho Drake a bordo del buque de investigación *Hespérides*, formando parte de la XXX Expedición

Científica Española a la Antártida. Hace treinta años pasé esta misma fecha también en el Drake, a bordo del buque *Pescapuerta IV*, como cronista entonces de la I Expedición. ¿Qué ha mejorado, en estos treinta años, con respecto a la igualdad de género en la investigación antártica? Les anticipo la respuesta: poco.

Los datos fríos: en 1986/87 formábamos la expedición 96 personas, de los que 24 eran científicos: 20 hombres y 4 mujeres, es decir, eran mujeres el 17% de los investigadores y el 5% de toda la expedición.

En 2016/17 participamos en la campaña 221 personas, de las que 26 son mujeres, el 12% (ninguna en las dotaciones de las bases Gabriel de Castilla y Juan Carlos I, y muy pocas en las tripulaciones de los barcos). Hay 17 científicas sobre un total de 70 investigadores: el 24%, cifra similar a la media del CSIC (23%, aunque la proporción baja al 15% de catedráticas). Queda mucho por hacer.

El IEO (Instituto Español de Oceanografía) ha abanderado desde Madrid una iniciativa por la Igualdad en la Ciencia, a la que nos hemos sumando desde la Antártida, posando junt@s en cubierta. En esta ocasión tan señalada quiero rendir un pequeño homenaje a las cuatro biólogas pioneras de la ciencia antártica en la campaña de 1986: Ana M. Giráldez, Milagros Millán (Maruchi) y Ana Ramos, las tres del IEO de Fuengirola; y Carmen Gloria Piñeiro, del IEO de Vigo.



Cuatro mujeres estupendas, que nos dejaron un recuerdo imborrable, trabajadoras incansables en el laboratorio, competentes y resolutivas, alegres en la convivencia, decididas de ánimo, afectuosas, elegantes, simpáticas. Me parece estar viendo aún sus sonrisas iluminando cada ángulo del *Pescapuerta IV*. Cuatro pioneras que abrieron camino en un medio hostil

de *shackletones* y *amundses*, un mundo tradicionalmente reservado a hombres.

Espero que dentro de treinta años mis hijas, y toda su generación, hayan conquistado una igualdad real y no tengan que celebrar nunca más el Día de la Mujer y la Niña en la Ciencia. Mientras tanto, ¿qué tal señores del IEO, del CSIC y de las universidades si la próxima campaña duplicamos el número de investigadoras?

Cien días, diez momentos mágicos

Día 100, domingo 12 de febrero de 2017, santa Eulalia, Isla Rey Jorge.



Charles Darwin cumpliría hoy 208 añitos, y hoy se cumplen 100 días de navegación, desde que zarpé el 4 de noviembre del puerto de Vigo, a bordo del *Sarmiento de Gamboa*. Cien singladuras y cien bitácoras, compartiendo día y noche este viaje maravilloso y único. He contado en esta especie de *Diario* informal que es *#HorizonteAntártida*, más de cien momentos, miles de instantes mágicos, imborrables. Quiero hoy escoger diez joyas que llevo prendidas en el alma con alfileres de plata:

1. El mar que no se acaba: “Cuando cruzo el Drake, como marino siento una emoción especial: es el único lugar del planeta en el que puedes seguir el paralelo de Este a Oeste, o en sentido contrario, y dar la vuelta sin ver tierra: solo mar”. (Oscar, Oficial 1º, *Sarmiento de Gamboa*).

2. “Cuando el buque nos deja en la Base, felices e ilusionados, y de pronto ves que se aleja, y sabes que te quedas en la isla, a solas con el volcán, siento un nudo en la garganta” (Josabel Belliure, ecóloga).

3. “Aquí venimos a contar historias y a escuchar historias”, dijo JB, brindando por Darwin y Humboldt, junto al piano. Ellos nos

enseñaron que el conocimiento es la capacidad de relacionar: otro relato es posible y necesario.

4. “En 2017, y en el resto de mi vida, no quiero más desencuentros, solo quiero encuentros” (Susana Fernández).

5. Aniversario de la muerte de Scott: cada 17 de enero, en la Base Gabriel de Castilla se recuerda la gesta de Scott; es costumbre que haga el brindis el expedicionario más veterano. Este año me ha correspondido el honor. Doble nudo marinero: en la garganta, por respeto a Scott y a todos los héroes de la Antártida; y en el estómago, por la velocidad del tiempo.

6. Cuando el 25 de enero llega al *Hespérides* –camarote 15, cubierta roja, a popa– un paquete enviado desde Santiago de Compostela, que ha recorrido 15.000 km. y, entre libros y notas, encuentras dos tabletas de turrón de Jijona, del bueno, y un kilo de lentejas de la Armunia. Cosas de José Carlos, compañero del alma, compañero.

7. La mañana que despiertas temprano, con el barco fondeado en una bahía de Isla Livingston, y por el portillo ves a una ballena adulta jugar con su ballenato, a pocos metros de nosotros.

8. La intensidad emocional de la convivencia: nunca en mi vida he dado y me han dado tantos abrazos, besos, espachurres. El despertar emocional de la Antártida abre todos los poros.

9. La sensación de poder hablar con tus padres y tus hijas a 13.000 km.

10. La contemplación del mar. No tener prisa por volver.

En recuerdo de Shackleton

Día 101, lunes 13 de febrero de 2017, san Lucinio, Drake Passage



Me despedí de Punta Arenas —ciudad a la que espero volver algún día, porque toqué y besé el pie del indio en la plaza de Magallanes— con un pequeño homenaje al gran explorador de la Antártida, Shackleton.

Después de perder el *Endurance*, atrapado por el hielo en el Mar de Weddell, y después de sobrevivir todo el invierno austral a la deriva en un iceberg; y de arribar, aún no se comprende bien cómo, a Isla Elefante, Shack consiguió llegar a Punta Arenas en busca de auxilio. Allí, acudió a casa del hacendado portugués José Nogueira, casado con la rusa Sara Braun, la mujer más importante en la historia de Punta Arenas. Esa misma casa, a cuya puerta llamó Shackleton exhausto, es hoy el Palacio Sara Braun, convertido en club y hotel, donde un elegante pub de estilo colonial recuerda al explorador, el *Pub Shackleton*.

Antes de zarpar de nuevo hacia la Antártida, me tomé mi respiro: una pausa de meditación y silencio, con un té intenso de lateteraazul, que me preparó cuidadosamente el *mâitre*, Mauricio. Sorbo a sorbo, quise tener presente, en este viaje maravilloso que

ahora recomienza, la enseñanza de Shack: lo primero, las personas.

En las condiciones más penosas, la obsesión de Shackleton era regresar con todos sus hombres a casa. Y lo consiguió. También a mí, hoy me importan los pingüinos y los icebergs, los volcanes y los océanos, pero mucho más me importa el rostro humano de la aventura. Mucho más difícil de conocer, por cierto, que el más lejano de los glaciares.

El regalo de san Valentín

Día 102, martes 14 de febrero de 2017, san Lucinio, Drake Passage



Tras cuatro meses navegando por los mares de la Antártida, cuando parecía que el viaje comenzaba a bajar la colina del adiós, hemos comenzado a subir las montañas de la locura.

Lo mejor del viaje estaba (está siempre) por llegar: el Estrecho de Gerlache y la Tierra de Palmer, ya en el paralelo 65°. Muchas ballenas, focas leopardo saciadas, dormitando sobre un iceberg. Navegamos por un pasadizo de apenas dos millas de ancho: a un lado, el continente; al otro, islas. Nos acompañan al paso icebergs de todos los tamaños y tonos, y glaciares a pie de mar, que no acaban de romper amarras. Belleza para bebérsela. A veces sale el sol, a ratos nieva, o el cielo se oscurece y vuelve a resplandecer. He permanecido largo rato en la proa, asido al estay, recibiendo en la cara el viento y la lluvia, bebiendo la plenitud de la Antártida.

Amanecemos en un mar de bras y banquisa, sin música, sin viento: quietud. Comparto con los lectores y lectoras de #HorizonteAntártida la sensación de flotar sobre un mar de belleza gélida; no es acogedora, impone. Todo en silencio y todo tan inmenso.

Cena con Darwin

*Día 103, miércoles 15 de febrero de 2017, Lat. 64° S, Lon. 64° 03 W.
Estrecho de Gerlache.*



Esta semana se cumplen doscientos ocho años del nacimiento de Charles Darwin (12 febrero 1809).

Con apenas 22 años, dio la vuelta al mundo a bordo del *Beagle*, en un extraordinario viaje de cinco años, en el que Darwin aprendió a leer la Naturaleza como un libro abierto. Este viaje y la observación de la Tierra cambiaron su cosmovisión radicalmente: fue en Patagonia y en las Islas Galápagos donde el insigne naturalista concibió por vez primera su teoría de la evolución y llegó al convencimiento científico de que el Mundo no había sido creado en siete días, como explica el Génesis...

A su regreso a Inglaterra, Charles se enfrentó a todos los poderes establecidos y tardó veinte años en publicar su *Teoría de la Evolución*. Le costó los reproches de su esposa, creyente; la acusación de traición del capitán del *Beagle*, Fitz Roy, creyente y puritano; y los insultos y ridiculización de buena parte de la sociedad inglesa de la época. Poner en duda nada menos que la

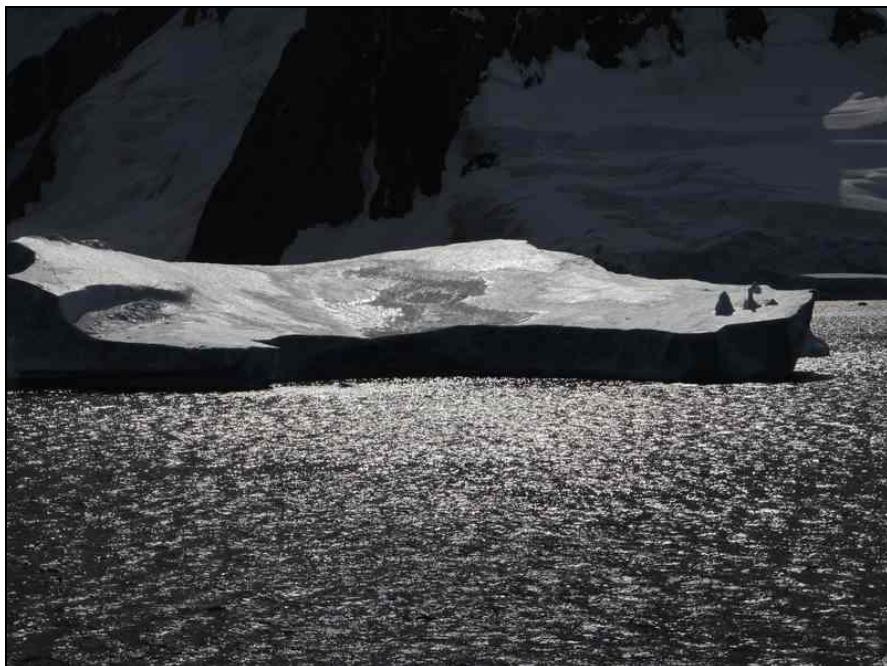
Sagrada Biblia, en 1838, y aún en la actualidad, era una osadía imperdonable.

Sin embargo, sin ánimo de ofender a nadie, con exquisito respeto a las creencias de los demás, también a las de su esposa y a las del capitán Fitz Roy, con quien fue extremadamente considerado, Charles Darwin dedicó su tiempo y su extraordinaria inteligencia a observar, comparar, razonar, a fundamentar cada evidencia de modo irrefutable, estableciendo un antes y un después en el pensamiento científico.

Durante esta XXX Expedición Científica Española a la Antártida, he tenido el inmenso placer de encontrarme con Darwin en varias ocasiones: cruzando el Canal Beagle, oteando los montes Darwin en los Canales Fueguinos, interrogando fósiles de *Laurioxylon antarcticum* [54 millones de años] en Isla Rey Jorge, descubriendo Tierra del Fuego o leyendo su obra apasionante en mi confortable camarote del *Hespérides*. Nuestro último encuentro fue la semana pasada en Punta Arenas: yo cenaba en buena compañía, con Darwin y con el comandante del *Hespérides*, Aurelio F. Dapena, en una casa de comidas tradicional, y una joven pianista tocaba para nosotros. Me pareció sentir entre sus dedos las notas de la Teoría de la Evolución.

Un puesto de hamburguesas en la Antártida

Día 104, jueves 16 de febrero de 2017, san Pánfilo, Lat. 65° 08 S, Lon. 64° 03 W, Lemaire y Costa Danco.



La Península Antártica, esa nariz aguileña que le crece al Continente en dirección afilada hacia el Nordeste, tiene por el Este el Mar de Weddell, la banquisa donde quedó atrapado el barco de Shackleton; y allí debe seguir hundido, en añicos batidos por los hielos y las corrientes, aunque una expedición se propone ahora rescatar el *Endurance*. Por el Oeste, antes del inmenso Océano Antártico, hay una larga cadena de islas, casi paralelas al borde continental. De norte a sur, la Isla Elefante, las Shetland —donde están las bases españolas—, el archipiélago de Palmer, Isla Adelaida, etc. Siguiendo el borde desde la punta de la retorcida nariz hacia el sur, la costa va cambiando de nombre: Costa Palmer, Costa Danco, Costa Graham, Costa Loubet, y así podríamos seguir,

hasta dar la vuelta entera a esta tarta de merengue helado, de 3.000 km de altura.

Esta semana el *Hespérides* ha bajado hasta casi alcanzar el Círculo Polar Antártico (Lat. 66° 33' 46", el punto austral al sur del que, al menos un día al año, el sol luce las 24 h): llegamos hasta la Isla de Amberes, donde visitamos la base americana Palmer, y ahora vamos hacia Caleta Cierva, subiendo por el Estrecho de Gerlache, donde el barco *Bélgica*, de Adrián de Gerlache, quedó atrapado en 1898. Hacemos estaciones de muestreo (geología, biología, contaminantes, cartografía, posicionamiento del satélite Galileo) y, siempre que es posible, traemos y llevamos científicos. En el trayecto, la Antártida nos ha regalado a todos los expedicionarios el lujo de navegar por Danco y Palmer, dos de las zonas más espectaculares del mundo. Tal es así —siento desmitificar la Antártida— que hemos encontrado en la bahía de Isla Pleneau un crucero de lujo y un velero arrogante. Una risa: como si llegas a lo alto del Chimborazo y te encuentras un puesto de hamburguesas.

Con todo, este es el paisaje más rotundo y grandioso del viaje. Confieso mi limitación para describir Costa Danco: durante toda la singladura, el buque, majestuoso, plácido, ha navegado por canales tan angostos que nos parecía tocar los icebergs. A babor y a estribor se alzaban farallones de gran altura, paredes verticales nacidas a buena profundidad, cubiertas de glaciares o mostrando su geología desnuda: podían leerse las capas y los pliegues geológicos como un libro abierto. No vimos ballenas hoy, muchas ayer; pero sí abundancia de focas dormilonas en icebergs fondeados o a la deriva. Pocas aves en esta latitud, cada vez más gélida; los días empiezan a ser más cortos a medida que avanza la campaña y el tiempo cambia por horas, mostrando a veces su cara amable y soleada, o las fauces de un vendaval sin piedad. Todo sigue siendo inmenso y silencioso, o mejor: más inmenso aún y aún más silencioso al cruzar este desfiladero de Lemaire, apenas un kilómetro de orilla a orilla. Navegamos tocando los glaciares con la punta de los dedos.

Sthendal y Gemma Mengual danzan en la Antártida

Día 105, viernes 17 de febrero de 2017, san Lotoringo, Lat. 64° 48 S, Lon. 62° 39 W, Bahía Andvord.



Se acabó. No escribo más. He enfermado de belleza, me duelen los ojos, se me abre la piel. Hemos amanecido en una bahía circular toda bordada de icebergs y glaciares, sol a rabiarse, y seis insolentes cuanto elegantes ballenas Minke, el equipo olímpico de natación sincronizada, han venido durante más de tres horas a danzar en la proa del *Hespérides*.

Las chicas antárticas de Gemma Mengual se han divertido de lo lindo con nosotros, posando coquetas para las cámaras. Las ballenas, que tienen millares de billones de neuronas y sinapsis, se han acercado al barco en son de paz, de fiesta. Botamos una zodiac con seis expedicionarios y un hermoso ejemplar de ballena —de unos ocho metros, dorso gris perla y barriga pecosa—, anduvo media hora tras el motorcito de la embarcación, siguiendo su estela tan cerca que podríamos acariciar el lomo desde la lancha.

Ni un gesto de miedo o agresivo, ningún ademán de irse: la ballena se divirtió un buen rato jugando con la zodiac, siguiéndonos por toda la bahía. Otras pasaban bajo la proa del *Hespérides* y salían al otro costado haciendo acrobacias, a saludar a la afición, cargada de cámaras y móviles.

Ha sido tan fuerte que no lo pude soportar; me he desmayado. He sufrido una conmoción emocional. Me han tenido que reanimar frotándome trozos de hielo. A lo lejos, el sol derrite una ladera y oímos la nieve rodar, y el estruendo de glaciares que crujen. Salvo este trueno, y los surtidores y el canto de las ballenas [“antes de

amar, cantan", escribe Sender], el resto es paz y silencio. Estoy cegado por la belleza. Herido por la luz, el viento y el agua. Dimito.

El botillo del Bierzo, cocido en agua de iceberg, conquista la Antártida

Día 107, sábado 18 de febrero de 2017



Fue la sorpresa de la noche: el botillo del Bierzo, cada día más popular y universal, también ha llegado a la Antártida. A más de 13.000 km de distancia, en Isla Decepción, un grupo de científicos y militares del Ejército de Tierra se han unido este año al Festival Nacional del Botillo de Bembibre y han dado cuenta de una magnífica botillada, preparada con agua de iceberg.

La iniciativa partió del Ayuntamiento de Bembibre, al saber que el periodista berciano Valentín Carrera viajaba a la Antártida como cronista de la XXX Expedición Científica Española. Con el sigilo de una misión secreta, el Alcalde de Bembibre, Manuel Otero, envió a la Base Gabriel de Castilla media docena cumplida de botillos, con sus ristras de chorizos y una caja de mención de las cepas de san

Román de Bembibre. La hospitalidad y la magnífica disposición de la misión antártica del Ejército de Tierra hicieron el resto.

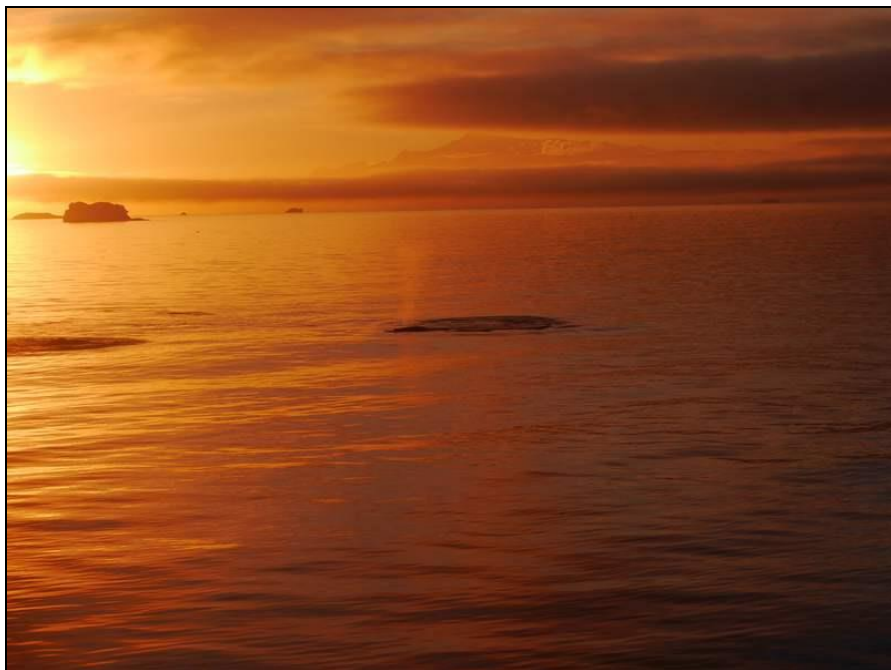
La víspera del Festival de Bembibre, al regreso de una exploración sismológica en Caleta Péndulo, los expedicionarios se aprovisionaron de buenos trozos de iceberg, recién desprendidos del Glaciar Azul, uno de los parajes más hermosos y espectaculares de la isla volcánica Decepción. Ya en la cocina de la Base, los cocineros Álex Garrido y Sergio Hermosel dispusieron las ollas adecuadas para la primera botillada antártica: botillos cocidos en purísima agua de iceberg. Un sabor único y exclusivo.

A la hora de la cena, toda la dotación esperaba con impaciencia la celebración del Festival del Botillo, que fue acogido con bromas y aplausos. Valentín Carrera entregó a la Base como recuerdo un ejemplar de la novela de Gil y Carrasco *El Señor de Bembibre*, y ofreció el brindis: “Es un honor compartir el primer botillo del Bierzo en la Antártida con esta maravillosa compañía, la dotación del Ejército de Tierra y los investigadores de la XXX Campaña. En nombre de Bembibre, y de todo El Bierzo, quiero expresar mi agradecimiento a todos, y en especial al comandante Vélez. Igual que la Antártida, El Bierzo es una tierra sin fronteras, abierta, hospitalaria, en la que esperamos vuestra visita con los brazos abiertos —y alzando su copa de mención, concluyó—: ¡Por la Ciencia, por la Antártida y por El Bierzo!”.

“¡Por el botillo, por El Bierzo, y por España!”, brindó el comandante de la Base, el zaragozano Daniel Vélez, enviando un saludo fraternal a los mil doscientos invitados que a esa hora se reunían en el pabellón del Festival de Bembibre, donde la primera botillada berciana en la Antártida fue retransmitida en vídeo, por sorpresa, asombrando a todos los presentes, que acogieron el brindis desde Isla Decepción con calurosos aplausos.

Por qué se suicidan las ballenas

Día 107, domingo 19 de febrero de 2017, Caleta Cierva.



En el *Día Mundial de las Ballenas*, que se celebra hoy en todo el mundo, conviene recordar la pregunta que en forma de espléndido libro formulaba hace casi cuarenta años el novelista **Ramón J. Sender**, *Por qué se suicidan las ballenas*: “¿Por qué se suicidan esos enormes cetáceos antediluvianos que tienen una capacidad de anticipación intuitiva diez veces mayor que nosotros y que renunciaron hace cientos de millones de años a las tareas que han llevado a los hombres a lo que llamamos la civilización? ¿Qué es lo que en su intuición perciben las ballenas? ¿El riesgo probable del fracaso de la vida orgánica incluidos los genes de las especies vertebradas y mamíferas? ¿Una anticipación voluntaria de una destrucción inevitable y próxima?”.

Me hago esa pregunta a bordo del *Hespérides*, fondeados en un lugar de otro mundo, Caleta Cierva, a tiro de piedra de la base

argentina Primavera, asentada en la ladera del cabo Spring. El día ha amanecido tan espléndido, y la mar tan calma, que toda la tripulación y personal científico ha bajado a pasear en la zodiac por entre los icebergs y el bras, esa diminuta banquisa que adorna la bahía. Los más atrevidos se han subido a icebergs gigantes, en busca de la temible foca leopardo...

Por si faltaba algo a este fin de semana de fantasía, dos soberbios ejemplares de ballena jorobada se han puesto a danzar en la proa a la hora del atardecer, justo en el punto que los cámaras y fotógrafos hubieran deseado, como si ellas fueran conscientes de su inmenso valor estético, ecológico y emocional. Nos hemos abrazado con los ojos y el objetivo a estos dos seres bondadosos y juguetones, ya para siempre nuestras amigas, las ballenas de la Costa Danco y el Estrecho de Gerlache.

Es difícil imaginar en una sola escena más toneladas de belleza por centímetro cuadrado, iluminadas por un sol de oro. Todos los expedicionarios, como pingüinos en serie, abalanzados sobre la proa, contemplamos este regalo de la vida compartiendo una emoción que saltaba, codo con codo, entre nosotros y producía chispas de relax y éxtasis, una especie de orgasmo fotográfico colectivo. Me pareció ver también alguna lágrima furtiva de alegría y felicidad.

Erotismo antártico en Locroy

Día 109, martes 21 de febrero de 2017, Port Locroy.



La XXX Expedición Científica Española a la Antártida sigue avanzando, día a día, singladura a singladura. Mientras en las bases Gabriel de Castilla (Isla Decepción) y Juan Carlos I (Isla Livingston), distintos equipos de investigadores están a punto de acabar su trabajo de campo en esta campaña (luego vendrá el trabajo de laboratorio durante meses), el buque *Hespérides* navega la costa de la Península Antártica haciendo barridos de batimetría, sondeos para conocer el fondo marino.

El fondo del mar es, aquí y en todas partes, si cabe aún más fascinante que la superficie, y desde luego más desconocido: para estudiarlo han venido equipos de buceadores chilenos y catalanes, pero también una amplia misión del Instituto Hidrográfico, de cuyo trabajo hablaremos pronto. Ese fondo del mar oculto es también metáfora de otros mundos sumergidos, como el del erotismo.

En este viaje emocional, una catarsis interior provocada por la belleza extrema de la naturaleza y la convivencia en zona límite, llevo meses preguntándome cómo sería la vida íntima de los grandes y pequeños exploradores, la de Amundsen, Bellingshausen, Gerlache y Shackleton, pero también la del último marinero de cada tripulación. Ese relato masculino nos ha sido amputado, forma parte del mundo submarino, de la realidad sumergida. ¿O es que eran tan sobrehumanos que carecían de sexo y otras necesidades afectivas? No lo creo: tenían sus deseos y un gran analfabetismo emocional. En estas cavilaciones andaba, yo también tengo lo mío, cuando la antigua base Locroy, ahora convertida en museo, me brindó parte de la respuesta en forma de este paisaje erótico, con pin-ups de los años 50, dibujado por algún expedicionario anónimo. Mientras algunos compraban postales o jugaban con pingüinos amaestrados, mis ojos selectivos contemplaban este paisaje inédito. Postales sin destinataria, de un relato silenciado, aún no escrito.

Una nueva especie antártica: El Escarabajo Verde

Día 112, viernes 24 de febrero de 2017, Isla Livingston.



Semana de despedidas, abrazos y nostalgias. Se han ido los compañeros de *La Sexta*, el intrépido y simpático Carlos Prado, envidia de juventud, y su operador Javier Izpizúa, *Izpi*, que han hecho un estupendo trabajo divulgativo, con conexiones en directo, por primera vez, desde el *Hespérides*, Facebook Live y otras virguerías. Nos han dejado el mejor recuerdo. *La Sexta* y *Televisión de Galicia* —donde se han emitido ya casi treinta crónicas mías— son las únicas cadenas que se han tomado en serio esta XXX Expedición Científica Española a la Antártida. Los demás medios, ni están ni se les espera. Miopía.

Una excepción en el erial televisivo, o telebasurismo, es el programa de ecología, medio ambiente y naturaleza *El Escarabajo Verde*, que en mayo de 2017 cumple veinte años en antena, y se ha

convertido en referencia indispensable: en una casa que en estos veinte años ha pasado por tantas y tan erráticas manos, es obvio que el mérito es del equipo del programa, y no gracias a TVE, sino a pesar de TVE. Pero retiraría esta afirmación con gusto si, para celebrar el 20º aniversario, la dirección del ente programara *El Escarabajo Verde* en el *prime time* de La 1.

Mientras las alturas se enteran de que tienen una joya en la parrilla, *El Escarabajo Verde* —que dirige Mario de la Mano—, ha enviado un equipo a la Antártida, a bordo del *Hespérides*, con quienes ha sido un gozo convivir, compartir conocimiento y experiencia, verlos trabajar, amar nuestro oficio y darlo todo, con una sonrisa. La del realizador Eduardo Laplaza, maduro, sensible, intuitivo, capaz de proyectar una mirada distinta sobre la realidad, en este caso, antártica, para contarla en dos programas del *Escarabajo* y un documental de 50 minutos. Para narrar esa mirada sensitiva, emocional, Eduardo ha contado con dos reporteros gráficos de primera línea, Alberto Novo Sánchez, y el muy veterano, curtido en mil batallas, Oscar Martínez Forcada, que se quedó con ganas de hacer submarinismo en Isla Decepción. Tal vez el próximo año.

Han venido cargados de equipos para bordar la imagen y el sonido con una estética muy cuidada y un tratamiento cinematográfico: cámaras HD, en 16:9, una steady-cam de mano Jimball, una mini Go-pro a modo de cámara indiscreta, un pequeño travelling Slider, paneles de leds para iluminar, pértigas, micros inalámbricos, toda la impedimenta en tantas cajas que parecía el equipaje de Humboldt a su regreso de Siberia. “Y una herramienta clave, el Eduardoman”, añaden Oscar y Alberto a la par, en referencia a Laplaza, que sonrío al otro lado de la mesa, con los cascos puestos, acelerando el tiempo. “*El Escarabajo Verde* —me dicen— aborda los temas con una perspectiva múltiple (crónica viajera, relación hombre/naturaleza, perspectiva social, conflictos ecológicos, etc.), contada en este caso por Eduardo en primera persona de plural, su voz capta la reflexión que no coge la cámara”.

Le pregunto a Eduardo si tiene ya el guion, y sonrío cómplice: “El viaje te escribe el guion”. Este viaje ha escrito para Eduardo,

Oscar y Alberto una escaleta cargada de belleza y emociones. Les he visto disfrutar, y compartir conmigo su trabajo vocacional, y me han hecho sentir de nuevo el orgullo de este oficio nuestro que consiste en “Viajar para ver, ver para comprender y comprender para compartir”.

Gracias a ellos, *La2* de *TVE* emitirá en mayo dos programas monográficos del *Escarabajo* para celebrar sus veinte años en antena; y gracias a ellos, una nueva especie habita en el ecosistema de la Antártida: *El Escarabajo Verde*. Un canto a la Naturaleza, a la belleza y a la biodiversidad, también en televisión.

Un paisano en velero

Día 113, sábado 25 de febrero de 2017, san Papias, Isla de la Media Luna.



Regresábamos en zodiac, patroneada por los expertos del *Hespérides*, después de compartir el trabajo de campo en Isla Cuverville con el equipo de geólogos del programa CONGEO, que dirige Jerónimo López. La bahía Cuverville, soleada y espléndida, de belleza inaccesible para los mortales, nos había regalado ya tantas sorpresas que no cabía esperar una más: seis ballenas jorobadas jugando con nosotros durante varias horas, siguiendo (que no persiguiendo) los giros y evoluciones de la zodiac, acercándose tanto que con estirar el brazo casi podríamos acariciar el lomo de la ballena.

Regresábamos, como siempre, felices, cuando vimos que se acercaba por la proa un pequeño velero del tipo *¡Qué hacen aquí estos locos!* Es un modelo antártico frecuente: hace semanas convivimos con los aventureros del *Geluk* y hemos visto otra media

docena de embarcaciones diminutas, auténticas bañeras, desafiando al todo y a la nada.

El *Iorana*, que así se llama, y nuestra zodiac aminoraron motor para cruzar un breve saludo, lo típico, de dónde sois, de dónde salís y a dónde vais. Resultó que había un leonés: “¡Ah, tú eres el de Ponferrada —me dice—, sigo tu blog, encantadoooo!”.

Me quedé turulato y apenas me dio tiempo a preguntar más, Javier Lambán captó la instantánea y los saludos quedaron flotando sobre la mar, bailando con el viento y las ballenas. El *Iorana* siguió su rumbo y yo subí la escalerilla del *Hespérides* cavilando sobre lo pequeño que es el mundo. Incluso en la Antártida inmensa.

Antártida: un mensaje de otro planeta

Día 117, miércoles 1 de marzo de 2017, santa Eudocia, Isla Decepción.



Desde que zarpamos de Punta Arenas, viajan a bordo tres cineastas que han convertido el *Hespérides*, y todos los rincones por los que vamos navegando, en un auténtico plató. Son Mario Cuesta (escritor y guionista), Alberto Saiz (operador de cámara y fotógrafo) y Alejandro Navas (sonidista), los tres mosqueteros del proyecto «Antártida: un mensaje de otro planeta», una coproducción a varias bandas, levantada a pulso con ilusión y talento.

El proyecto es idea original de Mario Cuesta (autor de *Por encima de mi cadáver*, Ediciones del Viento, 2015), y nace desde una reflexión personal, después de una larga estancia en Damasco, que podría condensarse en esta pregunta: “Si los Estados, las grandes potencias, son capaces de ponerse de acuerdo y cooperar en la Antártida, y mantener ese territorio sin armas y sin fronteras,

¿por qué no en Siria? ¿Qué parte de realidad y qué parte de hipocresía hay en el Tratado Antártico?”.

La firma del Tratado Antártico, 1 de diciembre de 1959, fue el resultado de un compromiso político entre potencias agotadas por la II Guerra Mundial para cerrar el paso, mutuamente y a terceros, a la explotación del continente blanco: fue fruto de la necesidad más que de una convicción pacifista a priori; pero después de 58 años funcionando muy bien (si consideramos cualquier zona del mundo en conflicto), quizás ha adquirido carta de naturaleza ecológica y pacífica, y la sociedad actual no toleraría revertir la Antártida y repartirla en parcelas como una finca privada o una provincia colonial.

De este planteamiento, netamente político —en el correcto sentido de “lo público o colectivo”—, nace el guion de Mario Cuesta: “¿Podemos salvar la Antártida si antes no nos salvamos a nosotros mismos?”. Mario no se propone contar lo ya contado —la gesta, las aventuras, la vida de las ballenas—, sino mirar en otra dirección: “Conocemos muchas Antártidas, pero no la política. Y existe. Se han cumplido 25 años del Protocolo de Madrid ante la más completa indiferencia de España, como si formar parte de la Historia de la Antártida fuera cualquier cosa. Yo no dejo de preguntarme, ¿y qué opina un sirio de esta facilidad para lograr la paz? ¿Qué opina un ecologista de que se hiperproteja la Antártida mientras se vulnera sistemáticamente el fallido Protocolo de Kioto?”.

«Antártida: un mensaje de otro planeta» no es una mirada del mundo a la Antártida, sino desde la Antártida al mundo: “Tal vez en la Antártida se hallen algunas claves sobre las amenazas a las que se enfrenta el ser humano y sobre las soluciones que nos pueden conducir a una vida mejor”.

Este es el ambicioso proyecto multiplataforma —un documental para cine con la última generación de cámaras en 4K, aportadas por [NaturaHD Films](#), con sonido 5.1 al cuidado de [Playground Estudio](#), empresa con varias nominaciones en los Premios Grammy; un libro, una exposición, redes sociales— que están componiendo con rigor y mimo, frame a frame, Alberto Saiz (Premio Fundación Biodiversidad 2010; ahora recién llegado de Japón); Alejandro

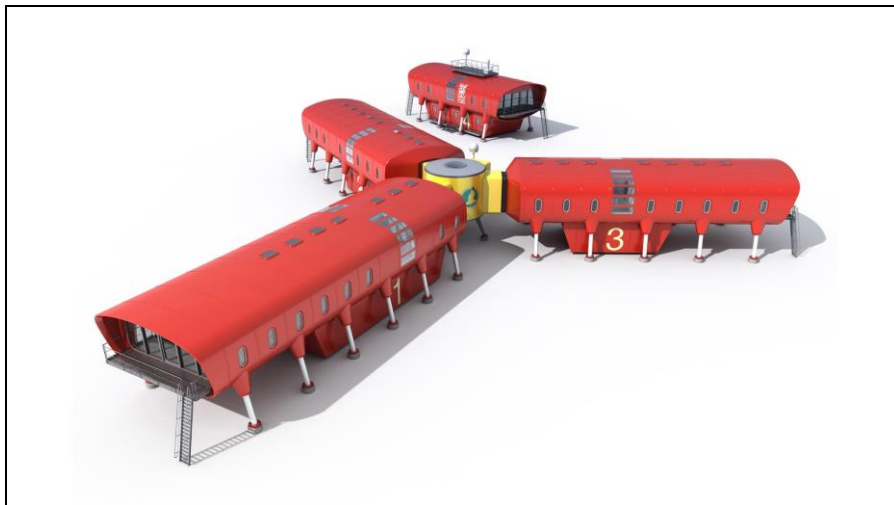
Navas (formado en Los Ángeles, capaz de hacernos escuchar el silencio antártico); y Mario Cuesta, un escritor sensible y comprometido.

Les haré una confidencia final: hace seis años que cambié de trabajo, después de 22 años como realizador y productor audiovisual, haciendo todas esas mismas tareas que ahora, como observador, veo tejer a Mario, Alberto y Alejandro; y creo que sé apreciar, en este oficio de contar historias con la cámara, cuando al talento y a la ilusión se suman la profesionalidad, la sensibilidad y el rigor.

Les he visto casi acariciar el lomo de una ballena, como se muestra en la galería fotográfica. Verlos trabajar es un gozo: no exagero cuando digo que han convertido el *Hespérides* en un plató, y a todos los investigadores y tripulantes en protagonistas de su film. Si les digo, además, que son tres excelentes compañeros de viaje, comprenderán que estoy impaciente por ver cuanto antes su documental «Antártida: un mensaje de otro planeta». Necesitamos ese mensaje.

España coloca en la órbita de la Antártida una nave espacial de vanguardia: la Base Juan Carlos I

DÍA 119, viernes 3 de marzo de 2017, san Basilisco, Isla Livingston.



Después de treinta años de actividades en la Antártida, hace tiempo que las bases científicas españolas necesitaban una remodelación a fondo. La Campaña 2016/17 marcará un punto de inflexión: la Base Gabriel de Castilla, en Isla Decepción, ha estrenado un nuevo almacén, instalado en tiempo récord por el equipo COBRA del Ejército de Tierra, que ya está operativo; y la Base Juan Carlos I, en Isla Livingston, tendrá este mismo mes finalizadas las obras de la nueva base, un espectacular arácnido de 36 patas, de diseño vanguardista que, según *Radio Macuto*, podría ser inaugurada el próximo verano austral por el rey Felipe VI.

¡Ojalá!, y ojalá la visita regia sirva para situar el programa antártico español en el lugar que le corresponde en el mapa político, económico y científico: a pesar de la miopía monclovita, hay pocas actuaciones estatales —quizás la modélica Organización de Transplantes y poco más— que sean tan claramente generadoras de energías positivas, de “buenas noticias” (de las que no anda sobrado nuestro desnortado Gobierno); o que goce, como la

Antártida, de un amplísimo respaldo y simpatía de la opinión pública. Marca España en estado puro, señor Rajoy.

En cuanto a la nueva base Juan Carlos I, no llega sin tiempo: casi diez años de gestación, con retrasos y penurias por el camino; pero ha merecido la pena esperar: en la próxima campaña 2017/18, España tendrá una base antártica de lujo, una de las mejores y más avanzadas instalaciones del Continente.

El psicodélico proyecto ha sido realizado por el estudio del británico Hugh Broughton, referencia mundial en arquitectura polar. El estudio Broughton finalizó el año pasado, para el prestigioso British Antarctic Survey, la Halley VI Antarctic Research Station, trabaja actualmente en la nueva base coreana, Jang Bongo, y acaba de ganar el concurso del Atmospheric Watch Observatory en Groenlandia. Por medio, el diseño de la Base Juan Carlos I, con aspecto de platillo volante o nave espacial.

Isla Livingston se encuentra a 13.000 km de España y mil de Tierra del Fuego, con el Drake por medio; la base de verano acoge desde hace casi tres décadas a un centenar de técnicos e investigadores, de las más variadas disciplinas: desde muestreos con pingüinos o bentos, hasta seguir el movimiento del glaciar Johnson, pasando por meteorología, submarinismo o geología. Una compleja intendencia de medios y laboratorios, imposible de atender desde los iglús desvencijados y los oxidados containers que este mes rendirán su último servicio a la Ciencia como hoteles VIPs.

La nueva base podrá alojar a partir de noviembre próximo 52 personas, en un módulo de vida confortable, con amplias cocinas, salas de esparcimiento, gimnasio, y adecuados despachos y laboratorios. Todo ello con el equipamiento necesario para garantizar su autosuficiencia en condiciones extremas: generación eléctrica, climatización, agua caliente, comunicaciones, tratamiento de aguas y gestión integral de residuos; y con unas espectaculares vistas a la bahía por la que, de vez en cuando, desfilan ballenas, fondea algún barco o pasa una fantástica procesión de icebergs.

El mérito de este hito, que hace Marca España a 13.000 km, es del Comité Polar Español, pero muy especialmente de su cerebro

gris, Miguel A. Ojeda, *Miki*, responsable de toda la campaña —y ahora Jefe de la Base, en la etapa final, tras dar el relevo a Jordi Felipe, a quien también toca felicitar—. Pero más aún toca la enhorabuena al equipo de técnicos y obreros de la UTE Antártida (formada por las empresas Arcadi Pla, de Girona, y Global Cleop, de Valencia), que han realizado un esfuerzo extraordinario, en condiciones difíciles: trabajar en la Antártida nunca es cómodo: el frío, la urgencia, no hay ferretería en la esquina donde comprar un repuesto o una herramienta, etc.

La propia obra es compleja: tres módulos de poliéster reforzado con fibra de vidrio, de color rojo, diseñados para lograr mínimo mantenimiento y máxima resistencia a la erosión, cumpliendo los requisitos energéticos y medioambientales del Tratado Antártico. Más que una nueva base polar, España ha colocado en la órbita de la Antártida una nave espacial, tripulada por el nuevo capitán Nemo, Miki Ojeda, que habría sido la envidia de Jules Verne: “¡Por la Ciencia, hasta Livingston y más allá!”.

Cuatro meses

DÍA 121, domingo 5 de marzo de 2017, santa Oliva, Isla Livingston.



Cuatro meses por las montañas de la locura, desde que partí del puerto de Vigo el 5 de noviembre pasado. Ya formo parte del mobiliario del *Hespérides*, he visto llegar y marchar a doscientos investigadores, técnicos, marineros, periodistas e invitados de otros países en tránsito. Me cabe el honor y el privilegio de ser el único que hará la campaña completa, del primer al último día, veinte semanas bebiendo la Antártida, sorbo a sorbo, sin desperdiciar una gota. Antártida nutriente y despiadada.

Se acerca el final del viaje: dentro de una semana, si el tiempo lo permite, estaremos cruzando el Paso Drake —será mi 8º Drake—, rumbo norte, hacia Ushuaia, donde el 16 de marzo finalizará la XXX Expedición Científica Española a la Antártida. Los científicos y científicas de más de veinte proyectos, y otras tantas especialidades, volverán a sus departamentos y laboratorios,

cargados de muestras congeladas a -20° , o clasificadas para un análisis que llevará meses, tal vez años. Solo quedará en Isla Livingston un grupo de trabajadores de la UTE Antártida, hasta el 30 de marzo, finalizando las obras de la nueva base. Se queda aquí también, impasible, toda la Antártida en su desgarradora inmensidad y soledad fría.

Me cuesta imaginar cómo será la internada: cuando llegué no había oscuridad, viví durante casi un mes días de 24 horas, sin noches; y un frío llevadero, de sierra ancaresa o pirenaica, no más. Ahora, los días son cortos, las noches cada vez más gélidas y desoladas, y el viento silba a rachas de 40 nudos, y corta todo lo que acaricia con su aliento. Por capricho, o para regalo de nuestros ojos, ha comenzado a nevar, Antártica hermosa y esquiva, ¿cómo serán, en tu noche polar, los vientos de 150 nudos y las temperaturas de -50° ?

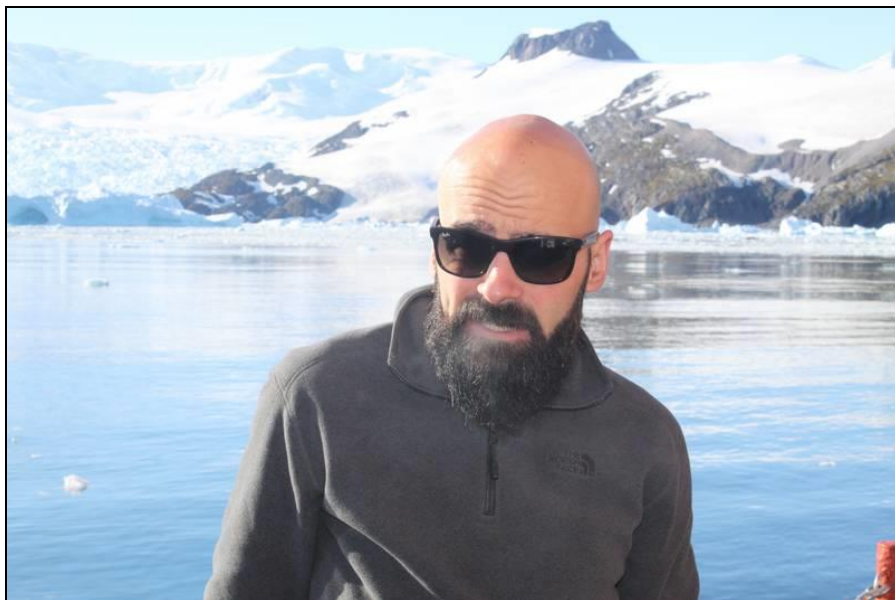
El *Hespérides* lleva días patrullando extensas áreas de Livingston y Decepción para cartografiar el fondo submarino: los hidrógrafos del IHM dibujan, sonda tras sonda, las cartas marinas de un mundo que sigue siendo *Terra Incógnita*. Frente a la pingüinera de Isla Decepción, donde ya casi no queda ninguno de los 20.000 polluelos criados este verano, el mar nos mece placentero (de placenta: maternal). Pero, cuando se irrita, el viento entra en tromba y nos agita como un sonajero en las manos de un bebé enfadado.

Pasamos en cuestión de minutos* de la tormenta más cruel, de la nieve y el viento, a la sutil caricia de atardeceres dorados, con ballenas cuya sola respiración, como un pequeño géiser sobre la lámina del mar, ensancha los pulmones. El compañero Manolo dice que, además de ballenas, en esos atardeceres de oro ha visto hermosas sirenas, gorditas, sin ombligo, de buen ver y mejor año, de piel suave al tacto y tacto tentador al sueño. No he querido desilusionarle diciéndole que son focas.

O quizás tenga razón Manolo y son sirenas de verdad: ¡quién soy yo para llevarle la contraria a un hidrógrafo de Cádiz!

Sandoval: el héroe de Base Primavera

Día 122, lunes 6 de marzo de 2017, san Agapio, Isla de la Media Luna.



Durante siglos, el trabajo más peligroso a bordo de un barco ha sido el de cocinero. En los pesqueros del Gran Sol, donde anduve faenando con los *maríñeiros* de Marín, hace ya algún tiempo, el cocinero Chas Chas estuvo a un pizco de ser arrojado al mar. Con la cocina no se juega. A falta de otras compensaciones del cuerpo y del espíritu, la mesa es lo más importante a bordo. El sexo bien, gracias.

Sin embargo, a esa necesidad básica se ha sumado otra en los últimos años: Internet. La red global es el alimento, la sonda a la que estamos enganchados unos cuantos, el cordón umbilical por el que recibimos la papilla diaria desde algún rincón del universo. Como adolescentes compulsivos —pero mucho más compulsivos que nuestros hijos e hijas, que se avergonzarían de vernos— hablamos, comemos, dormimos y cag... con el móvil en la mano. Wasap es la nueva religión universal, y Samsung su profeta.

A lo que voy: si Internet falla, la Peña se pone muy nerviosa. Por ello, primero en el *Sarmiento de Gamboa* y ahora en el *Hespérides*, viaja con nosotros un informático, especialista en telecomunicaciones, Antonio Sandoval Díaz, uno de los imprescindibles.

Antonio Sandoval —con quien he tenido el placer de compartir, con Toni Padín, alguna de las cervezas de calafate más placenteras e inolvidables de este viaje— se afana incansable para que cada servicio tenga su poquito de Internet, lo suficiente para funcionar. Nos repartimos entre muchos un par de Mb, una miseria dada la demanda cada día mayor, y creciendo.

Internet ocupa ahora en nuestras vidas, también en la Antártida, la posición que en la Edad Media ocupaba el sol: cuando sale, todos lo ven; cuando se pone, todos lo notan. Cuando Internet se pone en el *Hespérides*, o en las bases Gabriel de Castilla y Juan Carlos I, la oscuridad del wasap nos devora y todas las miradas se vuelven ansiosas hacia Sandoval, el informático que hace malabares, uno de los compañeros más queridos y entrañables, un pirado de la música y el cine más frikis, siempre bondadoso.

Su último milagro ha sido poner wasap, hace pocos días, a los expedicionarios argentinos que vivían a pan y agua internética, en la Base Primavera de Caleta Cierva, rincón mágico de la Península Antártica, al abrigo del Cabo Spring, quizás uno de los dos o tres lugares que elegiría como lo mejor de este viaje. Pues bien, los militares y científicos de Base Argentina estaban sin Internet: Antonio, como una ong andante, se las ingenió para recuperar un par de cacharros de allí, un viejo módem en desuso, mucho ingenio y trabajo, y consiguió una sólida conexión a la red mundial. Cuando los argentinos —hambrientos, después de meses desconectados del mundo: la doctora de la Base se conectó a bordo del *Hespérides* y en pocos minutos su móvil descargó más de 1600 mensajes— vieron que tenían Internet, sacaron a Toñito a hombros. Todo fueron besos y abrazos. Antonio Sandoval regresó al barco con la satisfacción del deber cumplido: quizás, si algún día regresa a Caleta Cierva, encuentre una placa o un monolito, “A Antonio Sandoval, nuestro héroe”.

El heroísmo cotidiano, anónimo y callado, de quien —como también los cocineros, día tras día— hace las cosas básicas e imprescindibles que nos hacen mejor y más gustosa la vida. Gracias, amigo Sandoval.

La Base Gabriel de Castilla culmina una espléndida campaña

Día 124, miércoles 8 de marzo de 2017, Bahía Foster, Isla Decepción.



Al atardecer, la mar se quedó en calma. A bordo del *Hespérides*, el alférez de navío David León bromeaba, con acento gaditano, con el improvisado patrón, el contramaestre Antonio Orcero: "¿Habéis visto con qué suavidad lleva la zodiac, que según va pasando sobre el mar, lo va planchando?".

Regresábamos, mitad tristes, mitad alegres, del cierre de la Base Gabriel de Castilla y todos los elementos se habían conjurado para consagrar una despedida serena, como los corazones de los soldados del Ejército de Tierra, con los ojos acuosos, a punto de saltar las lágrimas, excepto el sargento Paco que, desde que llegamos, no hacía más que llorar y abrazarnos, abrazarnos y llorar. Así son las despedidas en la Antártida: os lo cuento en la distancia, porque sé que lo estáis viviendo como si estuvierais aquí, os lo cuento a todos los compañeros y compañeras que habéis pasado por la Base en esta campaña y en las anteriores. Así son las despedidas en Isla Decepción, cuya silueta contemplo por el ojo de

buey, quizás por última vez en mi vida, mientras improviso estas líneas, también emocionado.

Los últimos días han sido muy fríos, con nieve y lluvia, con mucho trasiego de personas y mercancías para embarcar en el *Hespérides* a todos los científicos, con sus equipos, muestras y laboratorios rodantes; a la dotación de la Base, con su equipaje para cuatro meses; y además evacuar material, documentación, equipos de comunicación, residuos y basuras... Días fríos y mar incómoda; esta tarde, sin embargo, dejó de nevar y por entre las nubes el sol vino también a despedirnos; y la mar, siempre la mar amiga, temida y respetada, quiso acompañarnos y tendió entre el buque y la orilla una alfombra de plata por la que Orcero nos llevaba en la zodiac, y parecía que iba planchando. Algún lector dirá, ¡qué cosas se inventa el periodista!, pero los que estaban a bordo vieron como yo la estela plateada, y vimos también un león marino, juguetón y simpático, que se acercó a saludar: me pareció que también él estaba triste.

En tierra, un intenso silencio precedió a la breve ceremonia de arriar la bandera. El comandante Daniel Vélez —que ha dirigido una campaña ejemplar— pronunció la despedida, firmes las dos formaciones del Ejército y de la Armada, en posición de saludo a la bandera de España que ha estado ondeando en el mástil de Gabriel de Castilla desde diciembre, regalo del buque *Sarmiento de Gamboa*, que este año tuvo el honor de abrir las bases científicas y arrancar la campaña; y por cierto, lo hizo en tiempo récord, con solvencia y eficacia.

La bandera volverá ahora al *Sarmiento*, a navegar por esos mares de Dios, y el mástil de Isla Decepción aguantará solitario la larga invernada antártica: quizás vientos de 100 nudos y temperaturas de -50° . La base, con su flamante almacén nuevo, construido por los manitas del equipo COBRA, permanecerá dormida, como un dinosaurio rojigualdo, camuflado en el paisaje, sin miedo a los elementos, con el oído pegado a tierra, como un gigantesco sismógrafo, escuchando el latido del volcán. Del volcán Decepción, que este año ha respetado los trabajos de la XXX Expedición Científica Española a la Antártida, dejándose acariciar por nuestras pisadas, y ha soportado con paciencia a las

investigadoras y científicos hurgando en sus tripas y en su piel muestras de macroalgas, de bentos, de briozoos, caquitas de pingüinos, colémbolos y tardígrados. Nos quedó pendiente este año ir a darnos un baño en la caleta Fumarolas, donde el agua hirviente del volcán se mezcla con el agua helada de la bahía, pero en el viaje de vuelta no hubo manera de convencer al patrón Antonio de que desviase el rumbo. Tan entretenido estaba en dejar la lámina de plata limpia y recién planchada, como la Base y el resto de la Isla. La Isla Decepción, y la Base Gabriel de Castilla, que ya duermen bajo la nieve, esperando nuestro regreso el próximo verano austral, si el volcán no se enfada.

Isla de la Media Luna

DÍA 126, viernes 10 de marzo de 2017, san Macario, Lon 58° 52 S, Lat 62° 52 W.



El *Hespérides* navega rumbo norte, alegre y desenvuelto, a 12 mph, por las solitarias aguas del Paso Drake; se acerca, para mí y para todos, el final de la XXX Expedición Científica Española a la Antártida.

La vista tiende a nuevos horizontes: familia, amigos, proyectos en mente, agendas que se desperezan, salen de su letargo y abren las páginas en blanco, deseosas de una cita al llegar, una visita pendiente, una llamada o un compromiso, tras cinco meses de ausencia. La mente se proyecta hacia el futuro, pero la piel se resiste a seguirla en este nuevo suicidio de las ballenas, esta ceremonia de la obsolescencia antártica programada: su yogur caduca mañana, su viaje a la Antártida tiene fecha de caducidad.

Mientras la mente viaja anticipando vuelos y hoteles, la piel se niega a irse, y regresa, para quedarse definitivamente en la Isla de la Media Luna, donde ha sido feliz. La piel erizada de sensaciones ha conocido en Media Luna la paz. Huelga añadir “infinita”, porque todo en la Antártida es infinito: el aire, el hielo, la luz, el mar y el tiempo. Media Luna tiene forma de luna creciente, iluminando cada veintiocho días las cercanas islas Greenwich y Livingston, donde está la base Juan Carlos I.

Desembarqué en Media Luna con los hidrógrafos y geólogos, para retirar un mareógrafo y hacer mediciones del satélite europeo Galileo. Un día espectacular, encargado por los meteorólogos de AEMET en la lonja del tiempo antártico, donde escasean los días de oro. La mar plácida, temperatura primaveral, la isla sembrada de pingüinos, focas y leones marinos. Como el mareógrafo no estaba en su sitio, arrancado por el viento de 40 nudos que trajo la última e intensa nevada, recorrimos la playa de punta a punta hasta encontrarlo. El placer de pasear por una playa de la Antártida, sobre cantos redondos y ovalados, pulidos por la Naturaleza: millones de años rodando por los fondos de algún glaciar. La sabia Naturaleza conoce la fórmula matemática de los huevos de piedra, cuyo perfecto diseño intentan copiar los humanos.

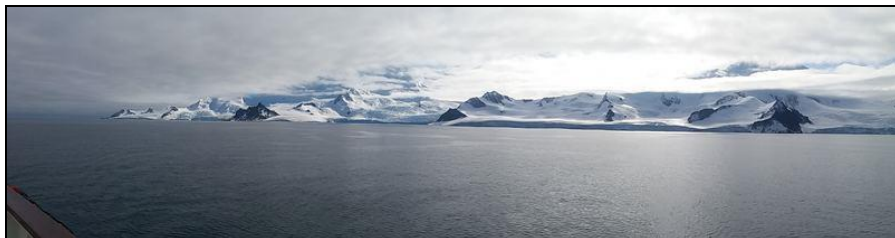
Luego, he admirado durante un buen rato, sentado junto a la orilla, frente a una cadena de montañas y glaciares, la danza sincronizada de focas y leones marinos. Tan torpones en tierra, tan ágiles y gráciles en la mar. Una foquita exhibicionista, desnuda de cuerpo entero bajo su abrigo de foca, vino hacia mí nadando, y tras varios movimientos de natación sincronizada, de un salto subió a una roca y posó sin pudor para mi cámara. Se tumbó al sol con la piel brillante, como aceitosa, recién bañada entre los icebergs y bras que deambulan por la bahía y nos contemplamos uno a la otra, largo rato. Tuvimos no sé qué conversación, a solas, nos sentíamos dueños de toda la isla: Robinson y Viernes en Media Luna.

Le conté que se me agotaba el tiempo de felicidad en Media Luna Creciente: le di mi wasap, me dio su Facebook, saltó por el aire y desapareció bajo unos trozos de hielo flotante.

Cuando di la vuelta, cien cámaras nos enfocaban, a mis espaldas, cien turistas con anoraks rojos, todos iguales, habían invadido la playa, procedentes de un crucero fondeado en la bahía. Una plaza, 15.000\$ de placer invertebrado. Me pareció que estaban profanando la Antártida, y esta isla hacia cuyos cuernos de plata vuelan ahora los poros de mi piel, mientras me alejo, como el Cid por la estepa castellana: sangre, sudor y sed, el Hespérides cabalga.

Chao, Livingston

DÍA 127, sábado 11 de marzo de 2017, san Gorgonio, Lon 62° 43 S, Lat 59° 58 W.



No me gustan las despedidas. Ahora que comenzaba a sentirme en el *Hespérides* como si estuviera en casa —esta mañana, transgrediendo todo el protocolo de seguridad, he salido a cubierta en zapatillas de cuadros, a tomar el primer café en la proa y llenar los pulmones de aire puro, el saludable aire de la mar. Momento *Titanic*.

No me gustan las despedidas, menos estando tan a gusto como a bordo me hacen sentir, literalmente “en casa”, los marinos de la Armada con los que comparto singladuras, todas nuevas y distintas: grises, azules, doradas, perla, plata, esmeralda, el mar juega con nosotros y nos acaricia.

Esta semana tocó despedirnos de Livingston, la isla donde España asentó su primera base científica en 1988, como recuerda la placa fijada en el primer módulo de vida. Desde entonces, un largo recorrido de casi tres décadas hasta llegar a la nueva base, una nave espacial de vanguardia, aterrizada en la órbita de la Antártida, que se inaugurará el próximo año.

Livingston, la segunda isla en extensión de las Shetland del Sur, después de la concurrida Rey Jorge, también acoge el Campamento Internacional Byers y protege, en un breve estrecho, la fantástica Isla de la Media Luna, en la que Stevenson y Verne podrían haber situado todas sus historias de aventureros y piratas.

Livingston, Byers y Media Luna nos dijeron adiós con un atardecer gris borreguillo—perla—nubarrón, ese indefinido color que contiene todos los matices del gris, infinitos como los

pingüinos y las focas que salieron a despedirnos. Esta vez hubo menos ballenas: solo dos, quizás yubartas, en la lejanía, haciendo sonar la bocina de sus surtidores.

Tuve el presentimiento de que serán las últimas ballenas en este viaje y, ¡quién sabe!, tal vez para siempre: “Si para todo hay término y hay tasa, y última vez y nunca más y olvido, ¿quién nos dirá de quién, en esta casa, sin saberlo, nos hemos despedido?” [*Límites*, Borges]. No me gustan las despedidas: seguiremos hablando de los encuentros y reencuentros. Próximo puerto: Ushuaia.

Mileuristas antárticos



Se me acaba la beca. No creo que me renueven el contrato. Yo el próximo año me voy a Tasmania, me ofrecen una oportunidad y en mi universidad no hay sitio para mí. Estoy pensando en irme a Alemania. Mi sueldo no llega a los mil euros, ¿quieres que te enseñe la nómina?

No hace falta, prefiero no verlo. La precariedad también alcanza a las investigadoras y científicos que forman parte de la XXX Expedición Española a la Antártida. La precariedad laboral, gravísima en el campo de la Educación y la Ciencia, donde un salto atrás sacrifica el futuro de varias generaciones, se ha convertido en algo habitual, cuando es una absoluta anormalidad en una sociedad democrática avanzada. Cosa que no somos, ni sociedad democrática ni avanzada, con la Ciencia ninguneada, tirada por los suelos, bajo el pretexto de la crisis más hipócrita y mentirosa de la historia.

Duele ver a estos jóvenes, su conocimiento desperdiciado, buscando vías de escape porque el Gobierno de su país se encoge

de hombros. Duele ver la selva burocrática en la que naufragan los investigadores —¡cuánto tiempo estéril! —, hastiados de papeles inútiles y redundantes; o la torpeza infinita de una Administración para sacar un simple billete de avión, o los vericuetos de los proyectos de investigación para sobrevivir asfixiados.

Llevo semanas conviviendo, observando, disfrutando de esta nueva generación de científicos y científicas de primer nivel, con preparación sólida, vocacionales, eficientes, ninguneados por su país con becas misérrimas y contratos precarios; doctorandos que lo dan todo, alegres y contentos, entregados a su trabajo sin mirar el reloj ni contar el esfuerzo.

Se diría que han sido contratados por el mítico anuncio de Shackleton en el *Times*; “Se necesitan científicos para viaje peligroso, sueldo escaso, frío extremo. Largos meses de completa oscuridad, peligro constante, no se asegura estabilidad laboral al regreso”. Son la nueva especie, nacida en el ecosistema de la Antártida a causa del cambio climático—económico: los mileuristas antárticos.

Última bitácora: Donde el viento del fin del mundo susurra sambas...

Día 129, lunes 13 de marzo de 2017, santa Arabia, Puerto de Ushuaia.



“Hespérides, castillo de proa: estamos en el sitio. ¡Afirmar y reforzar!”, con esta orden del puente, tras una complicada maniobra de atraque —viento de 30 nudos y ráfagas de 50—, a las 8:00 horas, el buque de investigación oceanográfica Hespérides ha atracado en Ushuaia.

La ciudad del fin del mundo ha recibido intempestiva el regreso de la XXX Expedición Científica Española a la Antártida: mucha lluvia, frío y viento para una despedida, sin embargo, calurosa, abrazosa, entrañable. Se van los soldados del Ejército de Tierra, que durante meses lo han dado todo en la Base Gabriel de Castilla; suyo es el lema de esta campaña: “Si fuera fácil, vendrían otros”.

Se van las investigadoras y científicos de distintos programas: macroalgas, bentos, meteorología, sísmica, tardígrados, glaciología, magnetismo. Los veteranos IPs (investigadores principales) volverán a sus departamentos; los jóvenes mileuristas con contrato precario volverán a ser golondrinas.

Laberinto de mochilas, selfies, direcciones y recados de última hora se entrecruzan en la cámara de oficiales y científicos, nuestro hogar durante la última semana de navegación, desde las Islas Decepción y Livingston, cruzando un Drake apacible, contemplando como un lujo el Cabo de Hornos, disfrutando quizás por última vez de albatros, dameros y delfines en la singladura por el Canal Beagle, donde el Monte Darwin vigila los destinos de la Ciencia.

Laberinto emocional del adiós. Después de 129 días, aquí acaba mi navegación como cronista de esta inmensa campaña antártica. ¡Gracias a la vida, que me ha dado tanto!

Después de 129 días afortunados, esta noche brindaré por mi padre, Tomás, a quien he dedicado este viaje, que me aguarda con sus 91 espléndidos años para un abrazo emocionado; brindaré por todos los que me habéis acompañado en el proyecto Horizonte Antártida; brindaré por la Antártida infinita, por Humboldt y Darwin, por la Naturaleza y por la Ciencia.

Y brindaré por ti. Desde Ushuaia, donde empecé mi primera expedición a la Antártida en diciembre de 1986; donde el viento del fin del mundo, al oído me susurra sambas, beberé de tus labios la más dulce cerveza de calafate.

[Nota: Aquí concluye este *Cuaderno de bitácora*. El blog www.horizonteantartida.es y sus redes sociales continuarán activos mientras los vientos nos sean propicios. Gracias a todos por ayudarme a compartir esta Aventura de la Ciencia. El viaje continúa...].